

DIRTY WORKS

SOBRE EL FUEGO

Larry Brown



Traducción Javier Lucini

SOBRE EL FUEGO

LARRY BROWN

Traducción Javier Lucini

DIRTY WORKS
— Est. 2014 —

LARRY BROWN nació en 1951 en Yocona, Mississippi, cerca de Oxford, en pleno condado de Yoknapatawpha, territorio de los indios chickasaw, bajo la sombra cansina e insorteable de William Faulkner. Antes de entrar a formar parte del cuerpo de bomberos, sirvió un par de años en los marines y se ganó la vida como pintor, limpiador de alfombras, leñador y carpintero. En 1990 decidió dedicarse por entero a la literatura. Para entonces ya había escrito alrededor de cien relatos, cinco novelas y una obra de teatro que, en su mayor parte, acabaron en el cubo de la basura. Su obra, galardonada con numerosos premios, es un fiel reflejo del Sur profundo. Un crisol de vidas solitarias caracterizadas por el alcoholismo, la pobreza y la desesperación. Falleció a causa de un ataque al corazón en noviembre de 2004. Bebía, pescaba y odiaba las ciudades. Nunca consiguió un bestseller. No obstante, Harry Crews lo tuvo claro desde el principio (nosotros también): «Escriba lo que escriba, lo leeré».

Título original:

On Fire

Algonquin Books of Chapel Hill, 1994

Primera edición Dirty Works: Noviembre 2019

© Larry Brown, 1993

© 2019 de la traducción: Javier Lucini

© de esta edición: Dirty Works S.L.

Asturias, 33 – 08012 Barcelona

www.dirtyworkseitorial.com

Traducción: Javier Lucini (en la línea de riego estuvieron en todo momento Tomás Cobos y Alana Portero, bajo la atenta supervisión de David Portero, miembro del Parque nº8 del Cuerpo de Bomberos del Ayuntamiento de Madrid, Vallecas. Equipazo).

Diseño de cubierta: Nacho Reig

Ilustración: © Antonio Jesús Moreno «El Ciento»

Maquetación y correcciones: Marga Suárez

ISBN: 978-84-19288-19-6

Producción del ePub: booqlab

Este libro es para Sam: amigo fiel, leal compañero

PRÓLOGO
Ron Rash

Yo no conocía bien a Larry Brown. Coincidimos solo en un par de ocasiones, la primera en un festival de escritores, en Georgia, donde estuvimos varias horas, mano a mano, invitándonos a cervezas. No me acuerdo mucho de lo que hablamos —la cerveza pudo tener algo que ver en esta amnesia—, aunque sí recuerdo haber conversado de pesca y música. Sé que le dije que su obra había sido crucial para dar con mi voz y mis historias, una influencia que jamás ha menguado. Pero hay algo que recuerdo como si hubiese ocurrido ayer: Larry (y arriesgo este exceso de familiaridad por encima de la pretenciosidad académica) me contó que acababa de retirarse del Cuerpo de Bomberos. Cuando comenzó a hablar de la primera vez que oyó una alarma de incendios y fue consciente de que ya no iba a salir en estampida junto a aquellos hombres que habían llegado a convertirse en sus hermanos, detecté en su voz una evidente melancolía.

La reimpresión de *Sobre el fuego* es motivo de celebración. Aunque el libro no estuviese técnicamente agotado, era bastante difícil de encontrar. Yo cometí la imprudencia de prestar el ejemplar que tenía y ahora lo único que me queda son unas galeradas que encontré hace unos años en una librería de segunda mano. La reimpresión aportará nuevos lectores, pero a quienes admiramos el libro hace años, su renovada disponibilidad nos brindará la posibilidad de releerlo y de plantearnos la pregunta que siempre se hace el lector cuando vuelve a leer un libro después de mucho tiempo: ¿es tan bueno como lo recordaba?

Para mí, *Sobre el fuego* es aún mejor, en parte porque ahora sé más acerca del oficio de escritor que hace veinte años. Lo que más me impresiona es la unión perfecta que hay entre tema, tono y voz. Su anterior obra, *Joe*, había revelado a un Larry capaz de escribir con la elocuencia poética que cabría esperar de un autor nacido en el mismo condado de William Faulkner, pero para escribir *Sobre el fuego* sospecho que lo que Larry aprendió de Ernest Hemingway, un escritor al que admiraba, fue más importante. Como nos cuenta casi al inicio del libro:

«No puedes estar pensando en el sufrimiento de una persona y llevar a cabo tu trabajo del modo más eficiente; si en tu mente la implicación emocional pesa más que el mejor modo de extraer la puerta estrujada del coche que le está comprimiendo el cuerpo, flaco favor le estarás haciendo, y puede que lo mejor sea que te apartes y dejes a otro ocuparse de la herramienta».

A pocos lectores les sorprenderá este comentario, porque en este aspecto un bombero no dista mucho de un cirujano, un paramédico o un agente de policía, pero la particular brillantez de *Sobre el fuego* reside en el modo en que el tono, la voz y el contenido permiten al lector comprender y «experimentar» al mismo tiempo ese desapego, como en el siguiente pasaje:

«El camión está encajado con el morro hacia abajo junto a un conducto de drenaje bastante elevado, las ruedas traseras casi posadas en el asfalto. La mayor parte de la carga se ha desplazado hacia la cabina aplastando el asiento contra el volante, fragmentando el cristal y atascando las puertas. Son varas de pino, de no más de treinta centímetros de diámetro y una longitud aproximada de metro y medio, iban camino del depósito de

madera para pasta de papel, donde las medirían para su posterior venta».

Nos vemos analizando el vehículo siniestrado como un problema puramente técnico: metal, cristal y madera, obstáculos que hay que eliminar. El resto de la escena de dos páginas se centra en la consecución, paso a paso, de tal objetivo. Solo al final se nos hace partícipes de que el conductor está muerto, de que murió a causa de la gravedad de sus heridas. Al igual que en la obra de Hemingway, lo que no se expresa es tan importante como lo expresado. En este ejemplo, lo que hay entre el asiento y el volante resulta mucho más escalofriante cuando se deja a la imaginación del lector.

En las memorias de un bombero uno no puede evitar esperar escenas de tal truculencia, pero en este caso se hayan entrelazadas con capítulos en los que Larry amplía su enfoque para incluir descripciones de los largos interludios en los que no suena la alarma. Tales capítulos son fieles al ritmo cotidiano de la vida de un bombero, y nos permiten ver a Larry en compañía de sus amigos y su familia en momentos más relajados. Pero es precisamente en estos capítulos donde *Sobre el fuego* pasa a ser tanto el retrato de un hombre comprometido hasta el fondo con su arte, como la descripción del día a día de un bombero. La destreza con la que Larry hace la complicada transición de bombero a escritor —su creciente separación de los hombres con quienes compartió profesión durante dos décadas— es lo que más me impresionó cuando leí el libro por primera vez, y continúa siéndolo. La inevitabilidad de esa ruptura definitiva no lo hace menos conmovedor, y es ahí, más que en cualquier otro momento de *Sobre el fuego*, donde se hace más patente la voz que oí en la barra de aquel bar de Georgia.

No me sorprendería que algún otro factor haya reforzado el tono melancólico del final. En el momento en que Larry terminó *Sobre el fuego*, ya había ingresado a jornada completa en el mundo literario. Los escritores tienden a ser una pandilla bastante egocéntrica, poco fiable e irascible. Hay algunos con los que no me gustaría verme atrapado en el interior de una casa en llamas. Si se derrumba parte del techo y una viga me deja inmovilizado contra el suelo, o si me comienza a arder el chaquetón por la espalda, se alegrarán de salir pitando sin pensar ni por un segundo en socorrerme. Hasta puede que alguno me quite el respirador para asegurarse de que no logre salir con vida, con la esperanza de que mi fallecimiento elimine la competencia para futuras reseñas y ventas de ejemplares. Pero Larry Brown no. No, Larry no dudaría en sacarme de allí. Apostaría mi vida por ello, igual que lo harían los hombres con los que salía a enfrentarse al peligro cada vez que sonaba la alarma en el parque.

Hacia el final de *Sobre el fuego*, Larry relata una anécdota que oyó en cierta ocasión sobre el aspecto andrajoso de William Faulkner, algo que, como apunta la mujer que le refiere la historia, te hacía pensar que aquel hombre no tenía nada. «Pero sí que lo tenía», afirma Larry. Tenía algo que Larry también poseía, y no se trata de una mera cuestión estilística. Faulkner dijo una vez que el único tema del que merecía la pena escribir era «el corazón humano en conflicto consigo mismo». Esa verdad resulta evidente en *Sobre el fuego*, al igual que en toda la obra de Larry, desde su primer libro, *Dar la cara*, hasta las escenas de su novela inconclusa, *A Miracle of Catfish*. En los asuntos del corazón, él siempre nos conduce hasta el núcleo abrasador y nos trae de vuelta, en ocasiones algo escaldados y chamuscados, pero de vuelta al mundo respirable, vivos y alterados para siempre.

Ron Rash

Noviembre 2017

SOBRE EL FUEGO
Larry Brown

NOTA DEL AUTOR

Entré en el Cuerpo de Bomberos de Oxford, Mississippi, con veintidós años. Fue un gran paso adelante después de haber estado conduciendo camiones y montacargas, corría el año 1973 y no podía imaginarme haciendo otra cosa que no fuese pasarme los siguientes treinta años apagando incendios.

Pero un hombre nunca sabe lo que va a ser de su vida. Ni siquiera se nos promete que vayamos a sobrevivir a la infancia, que no nos veremos forzados a ir a la guerra o que no acabaremos muertos en un coche en cualquier carretera.

Lo de escribir fue una bola con efecto que no vi venir. No creo que se pueda decir nada más inverosímil y que suene más idiota que: «Voy a ser escritor. Voy a aprender a escribir un libro». Pero yo se lo dije un día a un buen amigo mío hará cosa de doce años, estábamos en un prado junto a un estanque al que solíamos ir a pescar, y no se rio. Debió parecerle difícil de creer que yo pudiera conseguir algo así, pero no se rio. Se limitó a escucharme con seriedad y a asentir con la cabeza.

Yo me suponía que lo de escribir sería como aprender a construir una casa, como apilar ladrillos o incluso como apagar un incendio. Tenía esa idea apremiante y creía en ella a pies juntillas. Si escribía mucho y ponía toda la carne en el asador, acabaría aprendiendo. Mi única obligación era alimentar a mi familia mientras trataba de aprender esa otra cosa que se me había metido entre ceja y ceja, lo que suponía seguir trabajando en el Cuerpo de Bomberos, aparte de en todas las demás cosas que tenía que hacer para sacar un dinerillo extra, como cargar ladrillos, mezclar mortero, dar martillazos y cortar madera para la fábrica de pasta de papel con la motosierra. Pero estaba más que dispuesto a hacer todo eso a cambio de poder disponer de la mayor cantidad posible de tardes y fines de semana para escribir. Desde 1980 me dediqué a escribir sin parar, emborroneé cientos de páginas, mandé por correo un montón de manuscritos, llegué a publicar un relato cada dos años y, luego, por fin, en 1988, salió a la venta mi primer libro de cuentos. Desde entonces han visto la luz dos novelas y otro libro de relatos.

Dejé el Cuerpo de Bomberos hará unos tres años y han debido pasar ya cuatro desde que me puse a escribir *Sobre el fuego*. Un libro autobiográfico como este es algo nuevo para mí. Hasta ahora todo han sido relatos, poemas y novelas. Al final se trata de historias, no importa lo largas que sean o la forma que acaben adoptando. Y cualquier libro en proceso es un poco como un amigo que viene y se queda a vivir contigo durante una temporada, se instala en tu casa y en tu mente. Está ahí cuando comes y cuando duermes, cuando te despiertas y cuando sales a cortar el césped, cuando atiendes a los niños y cuando sacas la basura. En el momento en que se está formando en tu cabeza y sobre la página en blanco, y me refiero a la acumulación efectiva del

trabajo en sí misma, día tras día y hora tras hora, el libro posee una vida propia y convive contigo durante todo ese período de tiempo.

También fue así con *Sobre el fuego*. Aunque en esta ocasión con algunas diferencias. Me he pasado años imaginándome cosas para incorporarlas a mi narrativa, a todos los relatos y novelas que he escrito. Sin embargo, en este caso, cada suceso había ocurrido de verdad o estaba ocurriendo mientras lo escribía y trabajaba en el Cuerpo de Bomberos. Por lo general, se trataba de una simple cuestión de recordar situaciones, y eso no me resultaba difícil porque muchas de las cosas que sucedieron a lo largo de aquellos dieciséis años dejaron una huella indeleble en mi memoria. Uno no se olvida tan fácilmente de la muerte y el dolor, ni del miedo. Todos los sucesos estaban ahí, pero tuve que darles un sentido.

Este libro es un intento de explorar lo que sentí durante los años que estuve trabajando en el Cuerpo de Bomberos y de expresar cómo fue vivir aquellos años, la forma en que tuvieron que engranarse dos carreras tan distintas y dejarse espacio mutuamente hasta que, al fin, pude abandonar una de ellas. Hay un montón de material que se ha quedado en el tintero y que podía haber incorporado, pero en todos mis escritos he tratado siempre de meter solo lo que la historia precisaba y dejar el resto fuera. Aquí he intentado hacer lo mismo.

Larry Brown
26 de mayo de 1993
Yocona, Mississippi

Me gusta lo que hago con mis manos y con la manguera. Me gustan los nudos que sé hacer, el ballestrinque para subir equipo hasta una ventana alta, el potente nudo de bolina, que es el único al que le puedes confiar tu vida, el único que sirve para descender en *rappel* de un edificio. Lo amarras a una chimenea, o a alguna pieza resistente de hierro, y luego pasas la cuerda por la presilla de acero de tu cinturón de seguridad antes de descolgarte por el borde, inclinarte hacia atrás y confiarle tu vida, porque es infalible. Avanzas de espaldas por la fachada, sin ningún temor, sin pensar en ningún momento en lo que pasaría si se deshiciese, porque tal cosa no va a suceder. Tienes que creer en el nudo de bolina antes de creer que puedes hacer *rappel*.

Me gusta cómo se instalan las luces a un lado de la carretera en un accidente, me gusta la fuerza increíble con que se abren los separadores hidráulicos Hurst, me gusta cómo estrujan los pilares del techo del vehículo, me gusta cómo los puedes forzar por debajo de las bisagras de la puerta para reventar los pernos, dejar que la puerta caiga y asomarte para ver las piernas del accidentado y determinar en qué posición se encuentran.

Me gusta conducir hacia cualquier siniestro, me gusta encender la sirena, ir a toda velocidad, pero con cuidado, por las calles de la ciudad. Me gusta el olor del humo y la sensación de miedo que se apodera de ti al ver que el incendio ya ha llegado al tejado y está lanzando sus lametazos al cielo, porque sabes que estás a punto de ponerte a prueba una vez más, los músculos, el cerebro, el corazón.

Me gustan las botas destrozadas, las punteras despellejadas y quemadas, los guantes arrugados, con vetas de hollín y chamuscados, el chaquetón sucio y los pantalones del uniforme deshilachados.

Me gusta tirarme al suelo y ver el humo por encima de mi cabeza, avanzar a rastras hasta el fuego, la manguera dura como un ladrillo, la goma gastada en el extremo del pulverizador. Me gustan las mangueras de dos pulgadas y media de diámetro y los grandes surtidores de cromo que ningún hombre puede sostener por sí solo, las hachas rojas, las palancas y los picos que usamos para derribar los techos en busca de chisperos, esos pequeños cabrones taimados y escurridizos que no dudarán en reactivarse y arder cuando ya estemos de vuelta en el parque, durmiendo a pierna suelta en nuestras camas, y me gusta también situarme junto al panel de la bomba y ajustar la válvula de escape y oír cómo se abre cuando se cierra una línea, y me gusta saber que estoy perfectamente capacitado para manejar esa pieza de equipo que cuesta doscientos mil dólares, tal y como me han enseñado, para que nadie acabe con el culo achicharrado por mi culpa. Me gusta ir al Ireland's con mis compañeros cuando acaba el turno, nuestro bar, y me gustan las películas que nos tragamos en el parque y las comidas que nos preparamos y las dianas a las que disparamos con los arcos al caer la tarde, lavar los coches y los camiones en las cocheras y sentarnos en las sillas que sacamos frente a la fachada por la noche y gritarle a los conocidos que pasan por la calle. Estos hombres son como una familia para mí, y con lo único que se me ocurre relacionarlos es con los Marines, donde todo el mundo, negro, blanco, pardo o tostado, lleva el mismo uniforme y detenta el mismo propósito, una suerte de hermandad. Esto es lo mismo.

Soy un hombre adulto pero no peso más de sesenta kilos, y eso cuando voy calado hasta los huesos. Soy prácticamente el hombre más pequeño del departamento, lo que suele ser una desventaja cuando se requieren proezas de fuerza. Pongamos que estás derribando una puerta con un hacha junto a un tipo enorme que mide más de uno noventa y pesa cerca de ciento quince kilos. Lo único que puedes hacer es seguir dándole leña, intentar terminar el trabajo.

Nuestro Cuerpo de Bomberos cuenta con treinta y nueve hombres, tres parques, cuatro autobombas, un camión de escala giratoria que también puede bombear bastante si hace falta, una unidad de rescate, una furgoneta, tres camionetas, dos coches y cinco kilómetros de mangaje. También disponemos de escaleras, hachas, herramientas para forzar entradas, equipo de *rappel*, cuerdas, correas de seguridad, aparatos de respiración autónoma, surtidores, generadores, una herramienta hidráulica Hurst (los «Separadores de la Vida»), linternas, picos, sierras, cizallas, extintores y no muchas, sino muchísimas herramientas más.

Toda esta equipación es carísima y puede hacerte bastante daño, rebanarte los dedos, cortarte, magullarte o rasparte de una manera que luego resultará muy dolorosa. Digo «luego» por la adrenalina. Cuando tu hijo desembraga el coche y empieza a descender por la colina, tú echas a correr, lo alcanzas y logras detenerlo agarrándolo del parachoques solo gracias a la adrenalina. A un hombre se le vuelca un tractor encima y su hijo lo levanta a pulso. Eso, también, es obra de la adrenalina, la glándula se desata para proporcionarte más fuerza de la que sueles poder desplegar. La adrenalina empieza a bombear cuando salimos disparados hacia los camiones. Al activar el enorme motor de arranque, cuando empieza a revolucionarse y a toser como un dinosaurio recién sacado del sueño, la adrenalina ya está fluyendo a toda máquina. Hace que no sientas el dolor, en realidad no hace que lo ignores, simplemente hace que no lo sientas en ese momento. Yo lo he experimentado en carne propia y he visto cómo le ha sucedido a otros hombres en incendios y accidentes; está ahí para protegerte, para fortalecerte y que no salgas malherido. La adrenalina permite que la gente haga lo que tiene que hacer, lo que quizá no serían capaces de hacer sin su ayuda aunque no les quedase más remedio.

Desastre potencial: quizá sea por eso por lo que no puedo pegar ojo. Hay dos cosas que me aterran por encima de todo: una filtración en una cisterna de gasolina o en un contenedor de propano líquido, estacionario o sobre ruedas, volcado en una zanja o en otro sitio parecido. La ignición, sea cual sea su origen, un cigarrillo, el tubo de escape caliente o el colector de un coche que pasa por la carretera, será lo que te mate, a ti y a toda tu dotación, tus bonitos camiones rojos se irán a hacer puñetas, lo mismo que cualquiera que no corra o no pueda correr. Pero también me aterra el nitrato de amonio, el Malatión, los aviones que se estrellan en el aeropuerto y un montón de cosas más. Accidentes de camino a donde sea. Explosiones de gases de humo con efecto reverso, combustiones espontáneas. También que no echen nada decente en HBO cuando estoy de servicio. Preferimos S y V (sexo y violencia), pero nos conformamos con un buen documental de naturaleza del Discovery Channel si no hay otra cosa. No podemos estar todo el rato de subidón de adrenalina.

Cosas que hay en esta sala: Radio. Micrófono. Escáner. Codificador. Teléfono de avisos. Mesa de centralita. Silla. Revistas *Playboy*. Mapas. Una foto aérea de un metro y medio cuadrado de la Universidad de Mississippi. Televisor. Reproductor de vídeo. Camisas de uniforme colgadas de la pared. Microondas. Estufa. Nevera. Fregadero. Cafetera. Una campana

de cristal para tartas con manchas de glaseado rosa. Un palo de un metro y veinte centímetros con un dedo torcido de plástico atornillado en un extremo, con las inquietantes palabras el dedo escritas con tinta verde. Equipo de limpiabotas. Una mesa y unas cuantas butacas. Fotografías nuestras en acción. Dos banderas plegadas, la de Estados Unidos y la de Mississippi. Corrector líquido. Naipes. Cientos de números de teléfono. Partes de salida. Un sistema de megafonía. Un matamoscas. Un reloj digital que ahora mismo parpadea las 5:51. Unos cuantos tomates. Una cebolla. Un melón. Llaves. Una cinta de vídeo de *Top Gun*. Periódicos de ayer. Periódicos de antes de ayer. Circulares de Tito Jefe. Tazas de café. Los calcetines sucios de alguien. Una piedra de afilar. Bolígrafos. Tiras cómicas de bomberos.

Ahora estoy medio adormilado, con cincuenta y cinco minutos por delante antes de que termine mi turno. Mis compañeros han estado gimiendo y gruñendo en el dormitorio con los nervios previos al despertar. Soy lo peor de lo peor en lo que se refiere a hablar en sueños. Se puede, y de hecho la gente lo hace, mantener conversaciones conmigo cuando me quedo frito. Tengo fama de hablar sobre John Wayne o de ponerme a vociferar no sé qué locuras, y de despertarme con mis propios gritos. Pienso que debo tener algún trastorno del sueño, pero no creo que necesite ir al médico. Creo que solo me pasa cuando estoy aquí, en el parque. En casa, en mi cama, con Mary Annie, duermo bien. No tengo un teléfono de avisos en mi dormitorio.

Creo que todas estas cosas están conectadas, la adrenalina, el sueño, Mary Annie, el miedo, EL DEDO y ese puñado de tipos apiñados en sus camas y roncando en la oscuridad.

Acabo de salir a recoger el periódico, justo cuando llegan los basureros. Les saludo con la mano, me devuelven el saludo. Su jornada laboral acaba de empezar. La mía acabará dentro de cuarenta y cinco minutos si al teléfono de avisos no le da por ponerse a sonar. Espero que no lo haga. Sería de lo más feliz quedándome aquí leyendo, escribiendo, viendo películas y comiendo. Lo mismo hasta me echaría a dormir un rato. Sería genial.

Miedo. La delgada línea que recorres donde lo que tienes que hacer te conduce a hacerlo en contra de lo que tu sentido común te dice que no tendrías que hacer ni de broma. Un bombero no puede ser un cobarde. Puede ser un montón de cosas, un capullo, un ladrón, un embustero, pero cobarde ni hablar, y puede que tampoco un pederasta, aunque me apuesto un millón de dólares con quien sea a que en alguna parte habrá un bombero pederasta. No hay cabida para un hombre que no pueda con su propio peso, que no sea capaz de cargar su propia manguera. Se le hará el vacío y nadie lo querrá en su turno. He visto hombres reacios a meterse en un edificio en llamas. Alguien así no se ganará tu simpatía, sobre todo si tienes pensado zambullirte en el fuego y resulta que ese tío es el único con el que puedes contar para sacarte. Gracias a Dios en mi equipo no hay nadie que me haga sentir intranquilo. Y así es como tendría que ser. Casi todos los días, nuestra mayor preocupación es qué vamos a comer y qué vamos a ver en HBO. Y así es también como tendría que ser. Nuestro lema es: Un bombero bien descansado es un buen bombero.

El desastre potencial se evitó hace un rato, alrededor de las dos y media. Yo estaba ahí dentro intentando conciliar el sueño, aunque, en realidad, lo que hacía era revolcarme en la oscuridad, cuando sonó el teléfono de avisos. Había una fuga de gas en la avenida Jackson y, al parecer, ya se había escapado una buena cantidad, por lo que, salvo por el camión de escala giratoria y la unidad de rescate, salimos con todo lo que teníamos.

Los dormilones de mis compañeros lo tenían todo bajo control cuando llegué con la

furgoneta y me puse en 10-23. Esto significa que estás en la escena del siniestro, inmerso en la misión. Nuestro equipo estaba conectándose a una boca de incendios y ya habían desenrollado una manguera de pulgada y media a lo largo de la calle y colocado el surtidor en modo niebla para dispersar el gas. El procedimiento ordinario. Al parecer, un atontado o una atontada había salido del Forrester's con una cerveza de más entre pecho y espalda, había reventado la cañería maestra de gas al dar marcha atrás y se había escabullido sin decírselo a nadie. Mala jugada. Resultó que un agente de policía estaba patrullando a una manzana de allí y lo olió.

Si nunca has escuchado de cerca el chillido que emite una tubería de tres cuartos de pulgada al expulsar todo el gas de golpe, lo más probable es que te sorprenda lo estridente que puede llegar a ser. Mientras la rocían con un torrente de niebla, alguien tiene que acercarse hasta la tubería para intentar taponarla por dentro y detener la fuga. Johnny ya lo estaba haciendo cuando llegué. Me puse a su lado y lo alumbré con la linterna. El agua se me colaba por el chaquetón y me empapó la camisa y los cigarrillos. Antes usábamos unas cosas que los muchachos llamaban tapaculos, unos tapones cónicos de goma dura que se encajaban en la tubería con ayuda de un martillo. Ahora tenemos unos tapones de goma expansibles con un mango largo que insertas hasta el fondo y luego giras con una tuerca de mariposa hasta que la tubería queda completamente sellada. Lo que menos quieres es encajar uno de esos tapones y que no quede bien ajustado. Porque saldrá disparado como una bala y te sacará un ojo. Todo esto sucede mientras estás agachado, preguntándote si el gas se habrá extendido lo suficiente como para hallar una fuente de ignición. Es de lo más enervante, pero tienes que cumplir con tu deber.

Salió bien. Sellamos la fuga, llamamos a la compañía de gas y al final no se prendió nada. Lo único es que olía como un pedo de dos mil toneladas. Volvimos a enrollar la manguera y regresamos al parque. Al llegar me fui derecho a la cama y me pasé un buen rato revolcándome en la oscuridad hasta que, al final, decidí que, dado que no podía dormir, lo mejor sería levantarme y ponerme a escribir. Además, los ronquidos me estaban volviendo loco.

Un sábado por la tarde estaba preparando unas costillas y bebiéndome una cervecita, disfrutando de la sencillez de la vida, sin apuros. Las costillas se estaban sancochando en un poco de agua, poniéndose tiernas, cuando empezara a anochecer las pasaría al fuego, en la parrilla, con unos buenos brochazos de salsa barbacoa: un pequeño festín en familia. Lo mismo también nos pondríamos una película, ya veríamos. Es una de las cosas que nos tomamos muy en serio por aquí: lo de cocinar algo en el jardín, en la parrilla, luego ponernos una buena película mientras zampamos y, al acabar, tirarnos por el salón, como quien dice, para terminar de verla y, a continuación, ¿quién sabe?, ponernos otra. Por lo general, me tomo varias cervezas bien fresquitas en el proceso. A las costillas les quedaban todavía su buen par de horas y había cerveza de sobra. Perfecto.

El teléfono sonó y mis planes se trastornaron. Era el operador del Parque nº1, se había desatado un incendio en la Facultad de Derecho de Ole Miss y se precisaban todos los efectivos. Era lo que denominamos un Código Rojo.

Interrumpí la cocción de las costillas, pero me llevé una cerveza. Pensé que si el incendio no era muy grave, una cerveza me sentaría como Dios en el camino de vuelta. Me puse al volante de mi pequeña camioneta a una velocidad a la que no suelo ir, a más de cien por hora. Vivo a unos quince kilómetros de Oxford, así que no tardé en llegar.

Uno nunca sabe con qué va a encontrarse, la única certeza es que si es grave vas a acabar

sucio, exhausto y, lo más probable, tosiendo o vomitando, puede incluso que hasta quemado, con las orejas ligeramente chamuscadas. Conocía el edificio, pero solo había estado una vez en la primera planta y otra en la biblioteca, que estaba en la segunda. El incendio al que íbamos a enfrentarnos aquella noche estaba en la quinta planta, la última.

Me detuve junto al Parque nº1 y fui a por mi equipación después de dejar la camioneta en las cocheras, donde había un montón de botas de cuero desperdigadas por el suelo, tal y como las habían dejado mis compañeros al quitárselas para salir en estampida. Los pantalones del uniforme estaban en el estante inferior, plegados y ya metidos en las botas de goma, de tal forma que lo único que tenías que hacer era meter los pies, tirar hacia arriba, abrochártelos, coger el chaquetón y el casco, subirte al camión y salir rodando por la puerta. No quedaba ni una sola pieza de equipo en la base, nuestro gran camión bomba diésel, la furgoneta y el camión de escala giratoria con capacidad de acceso a una décima planta. El operador salió un momento de la centralita para decirme que teníamos entre manos un incendio de los «de verdad», pero que aún no sabían la gravedad. Crucé la ciudad a toda pastilla sin preocuparme de multas, porque ya sabía donde iban a estar todos los policías.

Al entrar en el solar del aparcamiento, estaban poniendo en marcha el camión escala. Se dejaba ver un poco de humo en la parte superior del edificio. Vi a nuestros chicos en acción, de rodillas, colocándose los autorespiradores. Me puse el chaquetón, cogí los guantes con una mano y el casco con la otra, y corrí a informar al capataz de que ya había llegado y estaba listo para cumplir con mi cometido. A nuestro alrededor no dejaban de llegar los compañeros que estaban fuera de servicio. Habían llamado a todos.

Era una estructura de cinco plantas con una fachada de hormigón con ventanas de dos metros o dos metros y medio de largo por algo más de metro y medio de alto. Ninguna diseñada para abrirse, no tenían bisagras ni tiradores, y eran de cristal templado, con un grosor de entre seis y trece milímetros. Salvo por la primera y la última planta, el edificio no contaba con vías de evacuación. No tenía sistema de riego, pues se consideraba un edificio ignífugo, pero sí disponía de bocas de agua contra incendios, con sus insulsas mangueras.

Me enteré de que la alarma del interior del edificio había estado sonando un buen rato, pero que la gente la había ignorado olímpicamente. Habían seguido tan campantes, cada cual a lo suyo. Me dijeron que me pusiera el autorespirador y subiera con mis compañeros por la caja de la escalera hasta la última planta, para luego ir descendiendo y dar con el foco del incendio. Me puse el aparato, localicé a mis compañeros y nos pusimos en marcha. Íbamos todos con linternas.

El aparato pesa entre quince y veinte kilos. Te proporciona alrededor de veinte minutos de aire si estás tendido boca arriba, respirando por la máscara; eso siempre que no estés haciendo un esfuerzo. Cuando solo te quedan cinco minutos de aire, empieza a sonar fuerte e insistente una campanita instalada en la bombona, activada por la presión decreciente del aire. La experiencia te enseña a no ponerte la máscara hasta que estás a punto de entrar en la atmósfera dañina. Funcionan igual que las de un equipo de buceo, pero la máscara y la boquilla conforman una sola pieza, por lo que la máscara te cubre toda la cara. Se les denomina ERA, equipo de respiración autónoma. Puedes penetrar en una atmósfera tóxica y actuar a temperaturas altísimas si el resto de tu cuerpo lo soporta. Su principal propósito es evitar que el bombero respire humo.

Ya nos faltaba aire cuando llegamos a la última planta. En cuanto entramos en la sala nos vimos envueltos en una densa humareda negra. Era lo bastante grave para ponerse las máscaras. La inspección inicial solo reveló humo y visibilidad casi nula. La cosa era bastante peor de lo

que parecía desde fuera, sin duda. Me empecé a preocupar al ver que era imposible distinguir los haces de las linternas de mis compañeros en cuanto se alejaban más de un metro. Reuní a todos y les dije que volviésemos a salir. No quería que nadie se separase y se perdiese en el humo. Aún no nos había dado tiempo a subir las cuerdas de seguridad ni nada parecido. Seguía siendo muy pronto. No se habían tomado decisiones tácticas. Volvimos a bajar a por bombonas nuevas y a por más hombres. Para entonces, ya era muy consciente de que iba a tardar bastante en volver a mis cervezas y mis costillas.

Informé de lo que nos habíamos encontrado arriba: condiciones adversas, humo denso, visibilidad nula, ni rastro de llamas por el momento. La escalera del camión ya estaba operativa y habían ido llegando más hombres que no estaban de guardia. La mayoría de los de mi turno ya se encontraban allí, incluyendo a mi jefe, que se puso a cargo de la escalera. Mis dos compañeros de servicio acababan de llegar y se estaban equipando para subir. Me hice con otra bombona, me subí a la plataforma de la escalera y me elevaron hasta el tejado. La cornisa que se proyectaba desde la quinta planta era bastante ancha, puede que de unos tres metros y medio. El capitán del turno de guardia salió a la cornisa y el resto nos dirigimos al tejado. Mi jefe nos dejó y volvió a bajar a por más hombres y equipo. Seguiría haciendo viajes, arriba y abajo, cinco plantas, transportando gente y material durante las siguientes horas.

Había que ventilar el fuego, esto es, provocar alguna clase de abertura en el edificio que permitiese reducir la acumulación de calor y humo y mejorase las condiciones de visibilidad, de tal forma que pudiésemos localizar el fuego y atacar. Pasó mucho tiempo antes de que tal cosa ocurriese.

Iniciamos una nueva búsqueda en la quinta planta. Daba la impresión de que nos encontrábamos en un vestíbulo, un gran rectángulo con numerosas puertas de despachos. Lo que no sabíamos era que el fuego estaba en el mismísimo centro del edificio, en una zona común que solo tenía dos accesos. Perdimos una enorme cantidad de tiempo buscando el fuego en los despachos periféricos, fiándonos de las sensaciones y el tacto en un espacio absolutamente negro a nuestros ojos, un espacio en el que el calor resultaba cada vez más insoportable. Nos enfrentábamos a un incendio de los de verdad, la cosa empeoraba por segundos y aún no lo habíamos localizado, aunque seguíamos buscando con la mayor diligencia posible. Las campanas empezaron a sonar en los tanques y me di cuenta de que cabía la posibilidad de que algunos nos desorientásemos en medio del humo, que nos quedásemos sin aire, que nos tuviésemos que quitar las máscaras y que no consiguiésemos regresar a salvo al aire fresco. Salimos para hacer recuento y, acto seguido, volvimos al tejado.

Nos habían hecho llegar una sierra circular con motor de gasolina por si decidíamos hacer un agujero, pero el tejado estaba hecho de grava sobre tela asfáltica y hormigón. Había que pensar en otra cosa, y rápido. El humo tenía que encontrar urgentemente una vía de escape, antes de que el incendio fuese a más en el interior del edificio, antes de que se intensificase el calor. Las ventanas fueron lo único que se nos ocurrió.

Había subido más gente, con mangueras, surtidores, sogas y más equipos de respiración autónoma. Me acerqué a la escalera e informé al jefe de las condiciones, le dije que se trataba sin duda de un incendio de los de verdad y que estaba yendo a peor, que íbamos a tener que romper algunas ventanas de la quinta planta. Me escuchó, asintió y bajó en busca de las herramientas.

No sé lo que pasó entonces. Adrenalina. El siguiente suceso importante fue la llegada de dos hombres con un hacha y una barreta. Me subí a la plataforma de la escalera y descendí con ellos

a la cornisa de la quinta planta, por la que avanzamos hasta la ventana de la esquina, un panel enorme de cristal oscuro con toda la pinta de ser carísimo. Abajo se habían convocado cientos de mirones. Luces rojas y azules parpadeaban por todas partes. La escalera iba a todo meter y habían tendido las mangueras desde las autobombas al edificio, para que pudiésemos impulsar la presión del agua desde las bocas de agua contra incendios del interior. Respiré hondo y balanceé la pesada barreta con todas mis fuerzas para reventar la ventana. Rebotó.

Apoyé bien los pies, me apreté la correa del casco, giré la punta de la herramienta hacia el cristal y puse todo mi empeño en hacerlo añicos. Rebotó.

No soy muy de béisbol, nunca lo he sido. Pero a la tercera proyecté la barreta desde muy atrás agarrándola firmemente con ambas manos como si fuese un bate de béisbol, impacté todo su peso contra el centro de la ventana y por fin cedió en grandes trozos dentados. Nos vimos inmediatamente envueltos en el fragor de una densa humareda negra, que se abalanzó sobre nosotros con tal virulencia que tuvimos que apartarnos y tratar de abrirnos paso por la siguiente ventana. La gente, abajo, chillaba.

Al final, acabamos rompiendo nueve ventanas de ese lado de la fachada, una detrás de otra, avanzando por la cornisa, estrellando la barreta, desprendiendo los bordes afilados de los marcos. Habían destacado más hombres a la cornisa y establecimos las vías de entrada y salida: accedimos por una ventana del centro de la fachada a la silla de escritorio de un decano de la Facultad de Derecho tapizada con muy buen gusto, y por encima de su mesa y sus papeles hasta dejarnos caer al suelo para intentar dar con el fuego. Creo que derribamos varias cosas. Se estableció un puesto de mando avanzado en la cornisa, el capitán iba transmitiendo por *walkie-talkie* las necesidades de hombres y equipamiento al jefe adjunto, que dirigía las operaciones en tierra desde el aparcamiento.

Esa incursión al interior del edificio la hice sin máscara, porque el humo se estaba levantando un poco, aunque la temperatura parecía haber aumentado. Supe que era porque el fuego estaba recibiendo un nuevo suministro de oxígeno, pero eso es algo con lo que hay que lidiar cuando se ventila. Si puedes continuar ahí dentro, ponerse la máscara es tontería.

Nuestras bombas estaban alimentando las bocas del interior del edificio, habíamos extraído la pequeña manguera de su soporte y la habíamos extendido. Pensamos que teníamos el fuego justo delante y nos disponíamos a abrirnos paso a rastras hasta dar con él para combatirlo. Pero no pudimos accionar la válvula. Lo intentamos una y otra vez, incluso la amortillamos con llaves inglesas, pero no hubo manera de abrirlas. Mandamos a un compañero al exterior en busca de una llave Stilson y por fin logramos que cediera, pero la manguera salió disparada del enganche a causa de la tremenda presión que estaban insuflando por la tubería nuestros operadores desde la bomba.

Nos llevó un buen rato apagarla, sacar la manguera reventada y poner la nuestra con nuestros surtidores. Cuando lo logramos, nos pusimos bombonas nuevas y cruzamos en grupo el pasillo, pegados al suelo. Ya lo teníamos localizado, estaba allí atrás, en aquella sala.

A pesar de ir tan agachados, el aire nos quemaba las orejas. Íbamos a gatas y resbalando en el agua, hasta que entramos por la puerta al lugar donde el fuego se estaba alimentando y creciendo. No creo que se pueda estar en un sitio más especial, en compañía de otros hombres en mitad de un edificio en llamas donde lo único que oyes, a duras penas, es lo que hablas con ellos, mientras el resplandor del fuego ilumina sus máscaras, todos jadeantes, tirando de la manguera e intentando empuñarse y concentrarse al máximo para llevar a cabo la tarea. Hay ocasiones

en que uno rebasa el punto de extenuación en apenas unos minutos.

Lo único que acertábamos a distinguir era una luz roja infernal frente a nosotros, en algún lugar inconcreto. Pero podíamos oír la maldita cosa. Todo a nuestro alrededor estaba carbonizado, el agua por la que nos arrastrábamos estaba negra y ardía, y el único olor discernible era el del humo. Mis compañeros sostenían el surtidor y yo iba con la mano sobre el hombro del que tenía delante mientras avanzábamos, poco a poco, rociándolo todo. Resbalamos sobre las baldosas hasta llegar a la moqueta, entonces pudimos acercarnos al fuego, a aquel calor horrible que atravesaba nuestros chaquetones y los guantes, y que podíamos sentir en las rodillas, hincadas sobre el agua ardiente. Comenzó a sonar la campana de una bombona y yo dije a gritos que saliese de allí quien quiera que fuese el que se estaba quedando sin aire. Alguien se marchó y vino otro de la fila a reemplazarle. Seguimos avanzando, animándonos a gritos.

Todo se reduce a ir a su encuentro. Hacer algo en tu vida que sea honorable, sin cobardía, y poder vivir en paz contigo mismo, para un bombero se trata del fuego. Tienes que enfrentarte a él y vencerlo para probarte a ti mismo que das la talla. No puedes darle la espalda, por mucho que desees estar al fresco, por mucho que te apetezca respirar aire puro. Tienes que hacer piña con los hombres que te acompañan.

Le dimos una buena tunda a aquel fuego. Contraatacó, se puso a brincar y a esquivar el agua, pero mantuvimos el surtidor abierto en modo bruma y lo fuimos girando en sentido contrario a las agujas del reloj, teniendo en cuenta la rotación y la curvatura de la tierra. El agua se dispersó en gotas minúsculas gracias al surtidor turbo. Las gotitas se convertían en vapor a causa del calor que desprendían las llamas, y el vapor es lo que al final extingue el incendio.

Dimos marcha atrás para tomar aire y llegó más gente para hacerse cargo de los pequeños repuntes y proceder al rescate y la revisión.

En el despacho del decano de la Facultad de Derecho vi a mis compañeros con las arrugas de la cara llenas de hollín, colegas de cervecero exhaustos, con los chaquetones abiertos, sobre las esquirlas de cristal que cubrían el suelo, y un cigarrillo en la mano. Parloteo y confusión. Me encendí mi propio pitillo, volví a pasar por la bonita mesa de aquel hombre, salí a la cornisa y les dije que lo habíamos reducido.

No es hasta mucho más tarde cuando se asienta el verdadero agotamiento. Mandaron que nos subieran unos Gatorades fríos, nos los hicieron llegar mientras tenía lugar la revisión, mientras seguían subiendo más hombres, hombres frescos, mientras transportaban tanques vacíos de aire de aquí para allá para ir rellenándolos en el compresor del Parque nº1, mientras los hombres se afanaban en el parque llenando los tanques, mientras el operador de la bomba examinaba la temperatura de los calibradores y del motor, mientras los que estaban al mando supervisaban todo desde el exterior y hablaban por *walkie-talkie*, mientras el operador de la centralita atendía la emisora, mientras el jefe trasladaba la plataforma de la escalera de arriba a abajo, una y otra vez.

Me senté en el suelo, me fumé mi cigarrillo y bebí un poco de Gatorade. Nos mirábamos los unos a los otros y nos limitábamos a sacudir la cabeza.

Más tarde nos dijeron que, cuando rompimos la primera ventana, dio la impresión de que salía un tornado negro del interior del edificio, y que un hombre del departamento de administración de infraestructuras de la universidad comenzó a darse tirones del pelo cuando empezamos a reventar las ventanas, porque costaban cerca de mil quinientos dólares cada una.

Bueno, sí. Pero gracias a eso logramos expulsar el humo. Su edificio ignífugo no se incendió.

Y todos seguíamos vivos cuando acabó.

Ahhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh. Fuera de servicio. Qué maravilla. Estoy en pleno proceso de construcción de una terraza techada de tres metros y medio por siete, con ladrillos hechos a mano. Estoy disponiendo los ladrillos en forma de espiga, como en la acera que hay enfrente de la casa de William Faulkner. Llevo con esto cerca de cuatro semanas. Pensé neciamente que no me llevaría más de cinco o seis, y ahora veo que no me va a llevar menos de dieciséis o dieciocho. La veda de las tórtolas se abrirá antes de que me dé tiempo a acabarla.

Sería difícil explicar lo feliz que me siento cuando no estoy de servicio. Los días que libro soy tan feliz que podría tenderme bajo la marquesina del garaje y ponerme a patallar y a soltar alaridos. Pero no lo hago. Dispongo de un cuarto, al otro lado del garaje, y cuando libro me encierro ahí dentro, que es como estar en un mundo aparte, y me pongo a escribir. En ese habitáculo que construí para mi uso exclusivo, puedo deshacerme de esa otra parte de mí y hacer lo que tengo que hacer. O bien puedo hacerle una peineta a la máquina de escribir y ponerme a construir una maldita terraza.

Tengo hijos. Billy Ray, de catorce. Shane, de diez. LeAnne, de siete. Delinah habría cumplido ahora doce. También hubo un aborto, hace ya tiempo. Mary Annie metió el diminuto feto en un bote limpio de margarina y se lo llevó al hospital.

Tampoco es que hayamos sufrido más desgracias que otra gente que conozco.

Al final conseguimos nuestra propia casa. La construimos hace ya tiempo, porque no podíamos seguir viviendo en casa de la madre de Mary Annie. Todo se reducía a mi escritura, allí, al otro lado del camino de entrada, no había manera de escribir. Hace años, cuando su padre, Preston, o Cresta, como lo llamaba todo el mundo, murió, todos opinaron que lo correcto sería que nos mudásemos a vivir con su madre para cuidar de ella y de la abuela Pat; yo escuché a toda esa gente e incluso llegué a creerme que sería lo mejor porque, por aquel entonces, yo era joven e ingenuo y no tenía ni la más remota idea de que lo que en realidad necesita un hombre es formar su propia vida independiente, con su mujer, que ese suele ser el plan, y tuvieron que pasar muchos años y no pocas angustias para que nos diésemos cuenta de que mudarnos a vivir con su madre no había sido, ni por asomo, lo correcto.

Una vez me largué y me quedé cuatro días en casa de un amigo para el que solía trabajar en mis días libres plantando retoños de pinos. Salí una noche a beber y Mary Annie había preparado una cena a la que no me presenté. Más tarde, cuando por fin volví, me calenté el plato y me dirigí al salón; se dijeron cosas. Yo le había asegurado que llegaría a casa a cenar. Ella estaba cabreada porque, en lugar de eso, me había ido a beber. Me pasé de listo y ella apretó su pequeño puño y me dio de lleno en la mandíbula con un gancho de derecha de lo más decente. Aunque no me dolió tanto. Me han golpeado soldados y marineros mucho más fuertes; pero, por supuesto, se me cayó el plato al suelo, comida por todas partes, salsa, todo el percal. Le dije que iba a recoger mis cosas y a meterlas en una maleta, y eso hice. Hubo un breve y descabellado forcejeo con un rifle calibre 22. Me apoderé de todas las balas. Shane era un bebé gordo de cabecita oscura que había nacido enfadado con el mundo y se pasaba toda la noche llorando. Por aquel entonces, nuestras vidas distaban mucho de ser un camino de rosas.

Cuatro días fue todo lo que pude vivir sin ellos. Volví a la quinta noche, me colé por la

ventana y desde entonces jamás hemos vuelto a separarnos.

Acabo de estar con mi primo, dando vueltas por ahí en coche, bebiendo cerveza y «haciendo cosas feas», como decía mi madre, en el ocaso. Si ignoras lo que es el ocaso puedes averiguarlo leyendo cualquier libro de James Street. Es un escritor de Mississippi que lleva muerto un montón de tiempo, pero sabía muy bien lo que se siente cuando el sol se pone y aún te queda una hora de luz antes del anochecer. Es el mejor momento para salir a dar vueltas por ahí en coche y escuchar algo de música. Y para atropellar serpientes. En verano, intentamos hacerlo varias veces a la semana. Un hombre necesita un colega con el que poder irse de vez en cuando de parranda.

Si me da por ir a un bar, voy siempre al Ireland's. Es mi bar. En las noches animadas ves caídas de mujeres borrachas, peleas y amagos de peleas, jovencitas preciosas y mujeres de culos enormes, vaqueros, obreros de la construcción y bomberos. Es posible que haya pasado más tiempo del que debería en los taburetes del Ireland's. Vivo aquí mismo, en el condado, en la tierra del Gran Cielo. Mi casa está a orillas del lecho de un río y las nubes evocan setas o malvaviscos a última hora de la tarde y se ciernen enormes y blancas para captar tu atención. Contamos con nuestro propio estanque lleno de siluros, y los alimentamos. Billy Ray se encarga de eso.

En sus primeras Navidades, le compramos un carrito rojo. La primera vez que lo llevé, fui demasiado rápido (aún no podía ni andar a gatas), se volteó hacia atrás y cayó de cabeza. Pensé que lo había matado. También estuve casi a punto de matar a Shane. Una noche andaba metiendo leña en casa y se me coló entre las piernas, me agarró y se me puso a parlotear, lo típico. No tenía más de dieciocho meses. Cada leño pesaría alrededor de siete kilos. Y se me cayó uno en su cabeza. No sé cómo no lo mató. Tienes esos bebés, esos pequeños milagros, y entonces un día vas y haces algo estúpido que casi los mata. Piensas: Dios mío, pequeñín, necesitas a alguien mejor que yo para que cuide de ti.

El prado está lleno de vacas. Resulta de lo más placentero sentarse ahí fuera, en la terraza parcialmente acabada, a verlas pastar en la hierba. Es muy motivador. Cuando logras alcanzar esa paz y esa tranquilidad en tu interior, todo es posible. Vamos a pescar al río. Vivimos en armonía con la naturaleza y nos complace estar aquí. Pienso que he emprendido una vida bastante hermosa en este lugar. Paso veinticuatro horas con mis compañeros bomberos, acto seguido vengo a casa y paso cuarenta y ocho horas con mi familia, luego media vuelta y a empezar. Mi vida transcurre en ciclos. No sé qué sería de mí si no fuera así.

Me he saltado un día de servicio, no hay nada mejor cuando puedes hacerlo. Si pudiera me saltaría todos los días de servicio, casi seguro. Me quedaría por aquí tirado, me pasaría todo el tiempo escribiendo y trabajando en mi terraza, si pudiera. Me gustaría tenerla acabada antes de otoño. Solo quitar la tierra a paladas me llevó dos semanas. LeAnne salió un día y me dijo que, ya que estaba, por qué no cavaba un poco más hondo y hacía una piscina. Un día algún chaval le mirará el culo embutido en unos vaqueros y vendrá a buscarla para salir y yo lo arrojaré al suelo de la cocina y le meteré una paliza que no olvidará en su vida.

He estado limpiando mi cuarto de escribir y me las he visto negras con los insectos. Por aquí tenemos una cantidad de arañas que ni te creerías. En los últimos días he asesinado a miles de esas pequeñas hijas de puta sin eclosionar. Esto es como el Paraíso de las Arañas. También es el

Paraíso de los Ratones. Creo que es por haber construido la casa en mitad de la pradera. El primer año fue el Paraíso de las Garrapatas, hasta que me hice con un poco de insecticida Dursban y exterminé a millones. Se arrastraban por las ventanas, trepaban desde la moqueta, se aferraban a los muebles. Llegamos a pensar en quemar la casa para deshacernos de ellas. Hizo que nos sintiésemos gente inferior, aunque sabíamos que no era culpa nuestra. Cuando venían visitas no dejábamos de deslizar los ojos por todas partes, tratando de localizar si había alguna avanzando. No queríamos que succionasen a nuestros invitados.

Hace tiempo me peleé con un ratón. Una noche, ya tarde, estaba sentado en el salón, escuchando el estéreo, y vi a un ratón salir corriendo desde el armario al cuarto de baño. Sabía que lo tenía acorralado. Ahí dentro solo tenía una vía de escape. Fui a por la fregona, entré en el cuarto de baño, cerré la puerta y, tal y como esperaba, allí estaba, acorralado, tratando de decidir hacia qué lado correr. Se cobijó debajo del tocador, le di unas cuantas punzadas con la fregona y se lanzó a ocultarse bajo la pila de toallas del rincón. Le metí una buena azotaina a la pila de toallas y el ratón salió a toda pastilla e intentó escalar la pared de la esquina. ¡Y entonces el muy cabroncete se volvió y me plantó cara! Se puso a saltar por los aires, chillando. Yo le lanzaba fregonazos, pero fallaba una y otra vez. Comenzó a entrarme un poco de pánico. Golpeé la alfombrilla a sus espaldas cuando se dirigió al fondo sin dejar de dar saltos y brincos, los dos exaltados, él por conservar su vida, yo por limpiar la casa de bichos. Estaba más que decidido a atraparlo. Se ocultó astutamente detrás de la tapa del inodoro, me metí en la bañera y empecé a azuzarlo con la fregona como si no hubiera mañana, lo aticé a base de bien, se volvió loco y salió disparado de su escondite. Fui tras él hasta la puerta y se volvió a ocultar en la pila de toallas. La sacudí, la sacudí y la volví a sacudir, hasta que al final salió escopetado en busca de un nuevo escondite. Yo pinchaba y clavaba, me puse verdaderamente histérico. Empecé a jadear y me subió la tensión arterial. Huyó de aquel rincón hasta otro y trató de escabullirse al descubierto. Intenté batarlo ¡y volvió a atacarme! Tuve que retroceder y esta vez me subí al tocador. Traté de cargármelo desde allí, pero volvió a precipitarse hacia el fondo del cuarto. Le concedí un poco de tiempo. Reinaba la calma. Ambos estábamos a la espera. Yo sabía que él sabía que estaba a punto de ser aniquilado. No me gustaba nada, pero no podía dejar que se fuese de rositas. Se reproduciría y vendrían muchos más a correr desmadrados por toda la casa. Me puse a husmear por el rincón. Se había vuelto a ocultar detrás de la tapa del inodoro, solo asomaba su naricilla, atento a mis movimientos, a la escucha. Volví a la bañera y empecé a aporrearle. Salió corriendo una vez más hacia la puerta. Tenía unos ojillos negros muy brillantes. El resto de la casa dormía y no tenía ni idea de lo que estaba viviendo en mi intento de asesinar a un ratón. Se zambulló de nuevo en la pila de toallas, volví a sacudirla de lo lindo durante un buen rato y, cuando por fin salió, arrastré aquel bulto del rincón para que no pudiera volver a esconderse en el mismo sitio. Estaba planeando mi estrategia, ya me entendéis. No dejar al enemigo ningún lugar donde guarecerse. Fregado y destrucción. Regresó al rincón por enésima vez y lo flagelé infructuosamente cuando pasó a mi lado y volvió a cobijarse detrás de la tapa del inodoro. Me estaba empezando a cansar de su empecinamiento en no darse por vencido. Entendí que no iba a dejarse matar sin más, que iba a luchar hasta el último momento por su vida. Volví a meterme en la bañera. Me sentía bastante ridículo. Endemoniadamente ridículo. De haber tenido una pistola de aire comprimido le habría disparado, como solía hacer mi padre en la cocina cuando yo era pequeño. Sabía que se estaba revolviendo contra mí por pura desesperación, como cuando un oso

planta cara a los perros en la maleza. Hurgué y le pinché un poco más, lo hice huir. Intentó colarse en los armarios, pero eran nuevos y de cierre hermético, así que no pudo hacerlo. Al final, logré meterle un buen fregonazo, salió disparado hacia atrás y cayó al suelo entre sacudidas. Entonces me lancé a por él, dispuesto a hacerle papilla. Siguió tratando de levantarse y huir. Yo no podía entender cómo algo tan pequeño podía tener tanto coraje, y me sentí un poco cobarde. Luchó bastante bien para no ser más que un ratón. Yo ya estaba teniendo serias dificultades para respirar. No me lo podía creer. Casi llegué a pensar que me iba a dar un ataque al corazón. Por un ratoncillo. Cuando dejó de moverse, dejé de golpearlo.

Lo saqué con el recogedor para que los perros o los gatos se lo comieran. Antes le examiné las pelotas. Eran bastante grandes. A saber cuántos ratoncillos había engendrado en mi casa. Ya había visto crías de ratón, unas cosas diminutas, desnudas, lloriqueantes y rosadas, que mi suegra encontró una vez residiendo en su arcón de cedro. Las arrojé al otro lado de la cerca. Supongo que lo pasarían mal.

A este lo lancé bajo la marquesina del garaje y me quedé mirándolo, ahí muerto, con todo su apego a la vida. Me costó superarlo. Me hizo sentir mal durante días.

Era una apacible tarde de verano, a eso de las tres o las cuatro, la fila de coches detenidos junto a la que llevábamos pasando desde hacía más de tres kilómetros producía un sonido constante que arremetía contra las ventanillas del camión de bomberos, y el accidente estaba allí abajo, por fin a la vista, a un kilómetro y medio, a los pies de la pronunciada colina por la que descendíamos a más de cien por hora, sin frenos.

Tito Bunky y yo ya nos habíamos hecho a la idea de que nos íbamos a matar. Yo estaba casi seguro y lo único que me preguntaba era cuántas de las personas que habían acudido en los coches de la Patrulla de Carreteras y las ambulancias estacionadas al pie de la colina donde había tenido lugar el accidente iban a morir también cuando nos los llevásemos por delante. El camión ya pesaba de por sí bastantes toneladas y, además, llevaba unos setecientos cincuenta galones de agua, a tres kilos y medio por galón, aproximadamente, y yo era del todo consciente de que las zapatas de freno se habían «desvanecido» de los tambores a causa del uso continuado y, aunque pisaba el pedal con toda mi alma, el camión no desaceleraba ni un poquito. Allí abajo había multitud de luces rojas y azules parpadeantes y un montón de coches detenidos que se extendían por el otro lado hasta perderse de vista. Había un camión volcado en mitad de la carretera y le dije a Tito que no íbamos a lograrlo. Ahora, al recordarlo, supongo que, más que a él, tendría que haberme dirigido a Jesús.

Como dije hace un momento, era una maravillosa tarde de verano, pero yo jamás he creído en esa gilipollez del «buen día para morir» que soltaban tan alegremente los indios. No quería estrellarme contra aquella dotación de vehículos de emergencia. Pisaba el pedal, pero no me respondía. Cambiaba de marcha y el sonido de los coches detenidos a nuestro lado seguía precipitándose por las ventanillas. Ya habíamos recorrido cerca de treinta y cinco kilómetros, adelantando coches, acaparando la carretera, expulsando a los vehículos hacia los lados, y a mí se me había ido un poco la mano al acelerar, sin saber en qué punto exacto había tenido lugar el accidente, solo que había sido en la Autopista 30. Le dije a Tito que creía que la única opción que nos quedaba era tirar de las válvulas hidráulicas de frenado antes de llegar, siempre que nos quedase algo de caucho en las ruedas. Seguí cambiando de marchas, tratando de desacelerar, hundiendo el pie en el freno. Continuaba sin sentir la menor respuesta hasta que, de repente, el

milagro; porque resulta que el pedal tenía debajo algo que lo atascaba y, de pronto, al moverse, comenzamos a frenar, bajé de marcha y, al final, llegamos balanceándonos despreocupadamente al lugar del siniestro, donde aparcamos sin contarle a nadie lo cerca que habían estado de protagonizar un nuevo desastre.

Nunca sabes lo que te vas a encontrar. Te limitas a salir y a lidiar con lo que sea. El profesional eres tú y en eso consiste tu trabajo. Las respuestas están en tu cabeza y en tus manos. En este tipo de llamadas siempre hay una víctima a la que hay que rescatar, a veces una persona triturada y moribunda cuya vida depende de lo que decidas hacer y de cómo lo hagas. Aquel día nos enfrentábamos a un camión volquete que transportaba una carga de cal. Había dado un volantazo para esquivar a un coche que se le venía encima y había volcado. Varias toneladas de cal cubrían la carretera. El remolque estaba de costado, pero el chasis se había retorcido y la cabina estaba patas arriba, con el techo descansando sobre la línea central de la autopista. El conductor había salido disparado por el parabrisas. Su mujer, o su chica, o lo que quiera que fuese, seguía dentro de la cabina, bajo todo aquel hierro y acero.

La mayoría de las víctimas de accidentes se encuentran en estado de *shock* cuando llegas. Caminan aturridos haciendo eses o están tendidos a un lado de la carretera, cubiertos con una manta siempre que haya alguien por allí que sepa cómo actuar en tales casos y se le haya ocurrido hacerlo. Este hombre, un negro de mediana edad, estaba conmocionado, en pie y dando vueltas. Pude ver a la mujer a través del enorme agujero del parabrisas. Llevaba una camisa roja y pantalones vaqueros. Había un montón de gente observando por los alrededores. Siempre es igual. Me eché bocabajo sobre los cristales rotos y el gasóleo y me arrastré bajo el camión hasta ella. Temía lo que podía encontrarme.

Era una chica joven, probablemente no llegaría a los treinta. Yacía postrada de espaldas contra el techo y su principal problema era que se había quedado atrapada bajo el salpicadero por el sitio por el que, sin duda, una dama jamás debería verse atrapada; estaba completamente inmovilizada, con una pierna a cada lado del canto agudo del salpicadero. También tenía la nariz rota. Aparte de eso y de estar aterrorizada, parecía encontrarse bien.

Hablé con ella y le dije que íbamos a sacarla de allí. Le cogí la mano. Ella me la apretó con la fuerza que nace del miedo. Le dije que tenía que tantearla, que tenía que comprobar si tenía algún hueso roto, que por favor no le diera mayor importancia, que era bombero, que estaba capacitado para hacerlo, que formaba parte de mi trabajo y que mi obligación era comprobar si tenía alguna lesión. Ella me retorció la mano y me dijo que lo entendía. Dijo: No me deje sola. Yo le dije: No lo haré.

¿Cómo me habría sentido de haber estado en su lugar? Con un camión volcado encima después de haber vivido una experiencia tan horrible. Ella estuvo genial. Le examiné las piernas y los brazos. No parecía tener nada roto. Le pregunté si sentía algún dolor interno. Me respondió que lo único que le dolía era la nariz. Y lo otro, dijo. No dejé de sostenerle la mano. Le dije que la ayuda estaba en camino, aunque era mentira. A veces uno tiene que mentir para que dejen de pensar que se van a morir. Yo sabía que no habíamos traído ni una puñetera cosa que pudiera quitarle aquel camión de encima. Así que, al principio, nos quedamos allí tendidos, hablando. Me contó lo que había pasado, cómo había sucedido, lo rápido que había sido. Hacía mucho calor y los dos estábamos sudando. Yo veía las caras de las enfermeras y de los auxiliares de las ambulancias observándonos por las ventanillas rotas.

Lo que necesitábamos era una grúa, pero la autobomba nº1 no tenía. Le dije que iba a tener

que dejarla sola un momento, que volvería enseguida. Salí a rastras y me incorporé. El tráfico estaba bloqueado a lo largo de varios kilómetros, en ambos sentidos. Le hice una seña a Tito para que se acercara y le dije que la chica se había quedado atrapada a la altura de su femineidad y que íbamos a tener que alzar el camión, o algo parecido, para liberarla. Le pregunté qué quería hacer. Él era el jefe de turno, yo no más que un lugarteniente. Contábamos con un pequeño dispositivo hidráulico de extracción y me dijo que lo mejor sería sacarlo del camión y probar.

Eso hice, lo instalé bajo la cabina volcada, pero lo único que logré fue reventar una junta. Era muchísimo más peso del que podía mover aquel pequeño pistón hidráulico. La mujer no dejó de mirarme con aquellos ojos inmensos mientras estaba tendido a su lado, afanándome con el mando de acción del cilindro hasta que hizo reventar la junta. Me encendí un pitillo y la chica me pidió uno. Antes quiso saber si sería peligroso fumar allí abajo. Le dije que el gasóleo tenía un punto bajo de inflamación. Me quedé a su lado, y cada cual se fumó el suyo.

Le dije: Mira, voy a intentar moverte. Le dije que no creía que tuviese la cadera rota. Ella me dijo que tampoco lo creía. Le dije que iba a intentar liberarla del salpicadero. Le dije que si empezaba a dolerle, no dudase en decírmelo. Me dijo que así lo haría.

Lo intenté una vez y lo volví a intentar, enganché las manos en las trabillas de sus vaqueros y tiré y tiré, pero no hubo forma de moverla. Estaba muy atascada, y muy avergonzada, se le escapó la risa, puede que a causa de la conmoción, puede que a causa de verse junto a un chico blanco que se había tumbado junto a ella debajo de un camión espachurrado para intentar desengancharle la entrepierna. Decidimos de mutuo acuerdo que aquello no iba a servir de nada. Cuando volví a salir pensé que, a esas alturas, el tráfico ya estaría bloqueado hasta la frontera del condado de Union.

A veces ocurren milagros. Ya habíamos vivido uno nada más llegar, así que no me esperaba que pudiese suceder otro. Pero resultó que un convoy de la Guardia Nacional se había quedado embotellado en algún punto de la carretera, y uno de sus camiones disponía de grúa. La Patrulla de Carreteras les abrió paso y pudieron tomar posiciones junto al camión accidentado. Volví a deslizarme junto a la chica y le conté lo que iba a suceder a continuación, le dije que iban a rodear la cabina del camión con un cable de acero, iban a ajustarlo y la iban a alzar lentamente, entonces yo me aferraría a su cuerpo y tiraría de ella en cuanto la presión comenzara a ceder. Creo que aquello le dio miedo. Creo que pensó que la cabina se alzaría unos centímetros, que se soltaría y que le caería de nuevo encima, aplastándola. Me abstuve de decirle que mucho me temía que tal posibilidad no era en absoluto descartable. Llegó el cable, lo deslicé en torno al cuerpo del camión y saqué el gancho para que lo pudiesen apretar. No nos dijimos ni una sola palabra. El cable rechinó. El camión se movió. Ella me apretó la mano. El metal comenzó a gemir. El salpicadero se fue alzando poco a poco y yo volví a agarrarla de las presillas del pantalón, tiré y, de pronto, un montón de manos tendidas me ayudaron a sacarla a rastras a la carretera.

Nos quedamos un rato por allí. Los sanitarios la atendieron y fue capaz de ponerse en pie por sí sola. Estaba llorando, pero de alegría, feliz de seguir viva, y se me acercó. Aquella joven que había sobrevivido, que no había muerto, me rodeó con sus brazos y me abrazó con todas sus fuerzas. Incluso creo recordar ahora que me dio un beso en la mejilla. Recuerdo que se quedó frente a mí durante unos segundos, justo antes de meterse en la ambulancia, con las manos posadas en mis hombros, mirándome. Luego se la llevaron.

Tito se me acercó y me dijo: Bien hecho, Brown.

Sam, mi perro, a veces comete errores. Una vez se lanzó al río desde un puente, porque ni se le ocurrió pensar que pudiese haber veinte metros de caída al otro lado de la barandilla. Desde donde yo estaba, veinte metros más abajo, en la orilla, me pareció de lo más idiota, verle chapotear así en el aire, moviendo los ojos de un lado a otro mientras caía sumido en un total desconcierto. Fue un auténtico golpe de suerte que no se matase al impactar contra la orilla. Aquel día el río estaba bajo y no tendría más de tres metros de ancho, pero Sam tuvo la fortuna de caer justo en medio, luego vino nadando hasta mí, vomitó un par de veces y, al momento, ya estaba como si nada.

Es pequeño, de un negro lustroso, mestizo de corgi galés y feist pardo y negro. Se supone que es un perro para cazar ardillas. Es virgen y las orejas erguidas y puntiagudas le dan una apariencia de inteligencia que puede resultar engañosa. Le aterrorizan los rayos y los truenos, si hay tormenta se te sube a las rodillas y se pone a gimotear, pero es capaz de enfrentarse a serpientes y a ratas hasta acabar con ellas.

Hace tiempo tuve una perra a la que le vino el celo y por más que quise que Sam la dejara preñada para tener unos cuantos como él, fue incapaz. Pensó que la cosa estaba en la parte externa de su pata trasera izquierda, y se encorvó sobre ella hasta que estuvo a punto de dislocársela. La hizo huir en estampida. Aún no he podido encontrarla, pero tampoco he visto buitres trazando círculos en el cielo.

Nos divertimos mucho con él, y una de las cosas que más nos gusta es hacerle rabiarse abrazando a Pooch, el otro perro, un beagle blanco, y pasar de él; en menos de lo que canta un gallo, Sam se pone a ejecutar unos brincos increíbles de más de un metro de altura para morderle las pelotas al beagle, sin dejar de gimotear. Resulta de lo más instructivo verlo, y uno no puede evitar plantearse unas cuantas cuestiones acerca de las emociones perrunas. Es pura envidia, aunque jamás se te ocurriría pensar que un perro pueda llegar a experimentar tal sentimiento. Esto da lugar a nuevos interrogantes, como: ¿conocerán el desamor? ¿Y la soledad? ¿Y el desasosiego? Yo creo que sí. Creo que conocen el miedo, la codicia y el amor, la impaciencia y la incertidumbre.

Estas son algunas de mis azarasas reflexiones acerca de los perros.

Me retiré en enero. Ahora estamos en septiembre. La veda de las tórtolas lleva varias semanas abierta. En Mississippi puedes sacarte el permiso de conducir a los quince, así que Billy Ray ya puede salir a cazar cuando quiera en mi pequeña camioneta marrón. Shane tiene once y quiere que lo lleve a disparar. No le quedaban cartuchos, así que me acerqué a la ciudad y le compré unos cuantos en la casa de empeños, pero acabé pagando ciento cincuenta dólares más por una guitarra eléctrica Fender de segunda mano antes de conseguir salir de la tienda. Esa tarde fuimos al campo de soja que hay al otro lado del arroyo, enfrente de casa, casi lo consideramos nuestro jardín trasero, y nos sentamos alineados con la verde vegetación, pero solo echaron a volar cuatro tórtolas y fallamos los cuatro tiros. Ya no se me da tan bien como antes.

Las cosas han cambiado un poco. A Pooch, nuestro pequeño beagle blanco, lo mataron. Alguien lo atropelló en la autopista. Así que ahora hago que Billy Ray encierre a Sam en el lavadero, con el congelador y todas mis herramientas, cada vez que sale disparado en el *quad* hacia el lecho del río. No queremos que le pase nada. Seguimos teniendo grandes esperanzas de conseguir unos cachorros suyos, si se nos ocurre cómo. Entre otras cosas, tiene las patas

demasiado cortas y eso supone un problema a la hora de la monta, por así decirlo, aunque por mi parte pienso que es antinatural que un perro no sepa dónde tiene que meterla. Y no sé si los veterinarios son capaces de inseminar artificialmente a una perra. Me consta que pueden hacerlo con caballos y vacas, pero ignoro cómo le extraerían el semen, a no ser que puedan provocarle sueños húmedos. Sé a ciencia cierta que el otro día Sam tuvo uno de esos sueños en la cama de Billy Ray, más o menos a mitad de tarde. Mary Annie —yo no lo vi en persona— dijo que estaba dormido, que se pasó un rato sacudiéndose y gimoteando y que, acto seguido, eyaculó. Ella pensó que era la cosa más tierna que había visto en su vida. A mí me hubiese gustado que hubiese descargado en algo que nos hubiese venido bien a todos.

Cuando no medía más de quince centímetros, me lo llevé una vez al Ireland's. No le dije a nadie que me lo llevaba a la ciudad y Mary Annie (MA en lo sucesivo) se volvió loca buscándolo por todas partes. Lo llevaba metido por dentro de la camisa abotonada y solo asomaba su cabecita negra; me dediqué a acercarme sigilosamente a las chicas por detrás con una cerveza en la mano, y a rozar sus brazos desnudos con su fría naricilla, para que se les pusiera la piel de gallina. Desde entonces ha sido como un hijo más.

Supongo que podría volver atrás y rememorar algunos viejos incendios, las cosas emocionantes que sucedieron. Porque sucedieron, como también sucedieron un montón de cosas aburridas. Un bombero ha de enfrentarse tanto al tedio como al peligro. Ocurren toda clase de cosas, cosas que ni os imaginaríais, cosas como señoras del club de la ciudad que, de repente, deciden que en los parques de bomberos hay que plantar flores y arbustos y, acto seguido, llaman a Tito Jefe o al alcalde, y el resultado es que los bomberos tienen que salir y ponerse a plantar flores y arbustos por todas partes cuando podrían estar apoltronados en los sillones de la sala común viendo algo de S y V en HBO o en Cinemax. Otra de las cosas malas del Cuerpo de Bomberos es que tienes que ver cadáveres, gente carbonizada, gente que ha muerto por inhalación de humo, gente que ha tenido un accidente en la carretera y que ya está muerta o que se está muriendo, atrapada en el coche que estás intentando desmontar con el separador hidráulico Hurst mientras alrededor hay otras cincuenta personas que te miran y te asesoran. Eso nunca lo llevé bien. Nunca fui capaz de cerrar los ojos y dormirme después de algo así, ni siquiera después de llevar años en el servicio.

Uno de los motivos por los que me gustaba ser bombero era que siempre tenía la sensación de estar ayudando a la gente. No me refiero a ayudar a bajar a un gato de un árbol ni nada parecido. Me refiero a extinguir el incendio de la casa de alguien que iba a acabar perdiendo todas sus posesiones, todas sus fotografías, cosas irremplazables. Un incendio en una casa es algo horrible de ver. Resulta increíble lo que hace el calor con las cosas. Puedes enfrentarte a un incendio que se ha desatado en la parte posterior de una vivienda y ver cómo funde un teléfono que está en la parte delantera. El fuego hace cosas muy extrañas. Un incendio puede matarte sin ni siquiera llegar a rozarte. Puede elevar la temperatura del aire del interior de un edificio hasta alcanzar un nivel en el que basta con inspirar una sola vez para que resulte fatal. La mayor parte de la gente que muere en los incendios no muere quemada, muere por inhalación de humo, que te aniquila el sistema respiratorio. Por eso el Cuerpo de Bomberos insiste una y otra vez con lo de la instalación de detectores de humo. Esos pequeños artefactos no cuestan más de diez dólares y son, sin duda, una de las invenciones más maravillosas del ser humano. Se encargan de despertarte del más profundo de los sueños para que tú y tu familia y tu perro o tu gato o tu lo que sea podáis salir de la casa a tiempo de sobrevivir y llamar a los bomberos. Si esto os suena a

anuncio de un servicio público, pues muy bien, que lo sea. Si no tienes uno de esos dispositivos, deja ahora mismo de leer y sal a comprar uno. Es el regalo de Navidad perfecto. Además, ya digo, están tirados de precio. Un regalo de amor para un ser querido al que ames de verdad. Fin del anuncio.

Puede que lo peor que haya visto sean los dos bebés que murieron abrasados con su abuela hasta quedar reducidos a nada, unos bultos negros carbonizados que tuvimos que recoger con palas de entre los escombros humeantes, o el tipo que seguía vivo a pesar de que un camión le había seccionado por la mitad. Me hinché de muerte, y eso que trabajaba en un departamento pequeño de una pequeña ciudad del estado de Mississippi. Puede sonar frío, pero los que ya se habían ido nunca me perturbaron tanto como los que seguían vivos, los que estaban conmocionados y sumidos en un dolor inmenso, a los que había que asegurar que no, que por supuesto no iban a morir, que iban a vivir, siempre y cuando pudieran tomárselo con calma y relajarse un poco. No puedes estar pensando en el sufrimiento de una persona y llevar a cabo tu trabajo del modo más eficiente; si en tu mente la implicación emocional pesa más que el mejor modo de extraer la puerta estrujada del coche que le está comprimiendo el cuerpo, flaco favor le estarás haciendo, y puede que lo mejor sea que te apartes y dejes a otro ocuparse de la herramienta.

Quitarle el coche de encima a la víctima, no al revés. Tienes que hacer frente a lo que sea. Un coche volcado sobre dos personas, una muerta y la otra viva. Una colisión frontal, dos muertos, dos vivos, uno de cada en cada vehículo. Un coche volteado contra un árbol, el conductor entre el techo y el árbol. Un coche en llamas con los ocupantes vivos atrapados en su interior.

Atender un aviso ha sido comparado con el momento en que los soldados entran en combate. Nunca he sentido nada que se parezca ni remotamente a la sensación de ir al volante de mi enorme autobomba por las calles de Oxford a las tres o las cuatro de la madrugada, mientras todos duermen, con las calles desiertas salvo por algún ocasional coche patrulla, con solo la luz amarilla parpadeante de precaución en los semáforos de los cruces, conduciendo ese enorme camión rojo que a todos los críos les gustaría poder conducir cuando sean mayores y solo unos pocos llegarán a hacerlo, como yo, y saber que todo el mundo está dormido mientras nosotros estamos en pie, al cuidado de nuestra ciudad natal, velando por sus vidas, listos para protegerles y socorrerles siempre que nos necesiten. Sé que suena de lo más ñoño. Me la suda.

Es una noche de verano de finales de los ochenta y estamos sobre un puente a las afueras de la ciudad. Los dos hombres que tenemos frente a nosotros en el coche decapitado también han estado a punto de ser decapitados, y yo me resisto a acercarme para verles muertos y ensangrentados. Algunos de los más jóvenes no sienten lo mismo, pero yo ya he tenido más que suficiente de esto. Me fío de lo que dicen los agentes de policía y regreso a la furgoneta para ponerme a la radio y cancelar la unidad de rescate que ya viene aullando hacia nosotros.

Más adelante, tomaré este incidente, lo incluiré en una novela corta y haré como que me lo he inventado, pero aquí están los dos, uno de ellos boquea, morirá pronto, de camino al hospital en la ambulancia, el que iba al volante ya está muerto. Se estrelló contra un camión articulado que estaba cruzando la carretera —él iba a unos ciento cincuenta kilómetros por hora—, se deslizó por debajo, salió por el otro lado y recorrió aún otros treinta metros. Los policías han sacado la cinta métrica y están midiendo la única marca de derrape que hay, lo que significa que

solo funcionó una zapata de freno. Hemos estacionado las autobombas en medio de la carretera sin apagar las luces y probablemente estábamos comiendo o viendo algo en la tele justo antes de que nos llamasen para presenciar esto.

Llega la ambulancia. No tenemos nada que hacer, salvo esperar para despejar la carretera de cristales rotos y demás restos cuando la grúa remolque el coche. Los paramédicos transportarán al muerto y al moribundo. Los agentes necesitan tizas pero no tienen, así que vuelvo a la furgoneta y me acerco en un momento a la estación central a por ellas. No puedo dejar de pensar en el tipo con la cabeza cercenada. En mi curro, uno nunca sabe dónde puede acabar. Un día alguien quiere que bajes un gato de un árbol y al día siguiente puede que un niño se esté achicharrando dentro de una casa. La noche que fuimos a C. B. Webb, un complejo de viviendas de la ciudad en el que se estaban incendiando tres apartamentos con el fuego ya saliendo por el tejado, la gente que se había reunido en el jardín nos dijo al llegar que había unos niños atrapados. Nos abrimos paso por aterradoras habitaciones en llamas, sofocando la embestida del fuego por todas partes, subimos por una escalera negra hasta la última planta, en la que solo había colchones quemados y paredes chamuscadas, ni rastro de cuerpos. Luego nos enteramos de que un tipo había saltado desde la última planta, había caído sobre un tendedero, tuvo la buena suerte de romperse solo una pierna y, de alguna manera, se las ingenió para huir corriendo. Había salido por una ventana reventada por el calor y la gente que estaba abajo le dijo que si no saltaba moriría. Y al final resultó ser un buen consejo. Jamás habría sobrevivido a lo que estaba sucediendo allí arriba.

Nunca he puesto mi vida en riesgo. El día de aquellos dos críos y su abuela carbonizados yo me encontraba en el colegio con mi jefe dando una clase sobre extintores y tuvo que ser otro el que se puso al volante de mi autobomba hasta el incendio. Recibimos la llamada en mitad de la clase, así que fui al lugar del siniestro con Tito Jefe y enseguida vimos que el fuego estaba devorando la casa. Yo estaba formando a un novato y nadie le había dicho ni siquiera que se pusiera los guantes. Se quedó allí, en el jardín, hizo todo lo que pudo y se le llenaron las manos de ampollas al manejar la manguera de pulgada y media. Al momento, la casa se derrumbó y nos dijeron que había gente dentro.

Para entonces ya era muy de noche, en pleno invierno. Las ruinas humeaban. Los policías intentaban mantener apartados a los vociferantes miembros de la familia. El humo se desplazó entre los escombros y retrocedimos todos, temiendo lo que había que hacer. La puerta de atrás, por algún motivo, estaba clausurada con clavos. Para haber salvado aquella casa tendríamos que haber llegado antes, mucho antes de que la cosa se pusiera tan fea. Lo mismo es que no tenían teléfono para llamarnos. Lo mismo estaban echando una cabezadita. A veces no puedes salvarlos. Punto. Lo humedecemos todo hasta sofocar las llamas mientras mujeres que lloraban y aullaban de dolor trataban de liberarse de los policías que las retenían. Entramos a la parte de atrás de la casa sin decir una sola palabra. La policía nos había preparado las bolsas para los cuerpos. En la calle daba la impresión de que había cerca de cien personas, gritando y asumiéndolo de la manera más terrible. El humo se movía entre las vigas carbonizadas, los montones de ceniza y las brasas encendidas, y tuvimos que rebuscar bastante hasta dar con lo que buscábamos. Era difícil distinguir las cosas, con todo tan quemado, todo tan igualado por la destrucción. Solo un bombero o una víctima de un incendio puede contarte lo horrible que puede llegar a ser el fuego.

El silencio se hizo entre nosotros mientras nuestros hombres sacaban los cadáveres. Los

niños eran tan pequeñitos. Pensé en los míos. Ni una sola palabra. Puede que fuese febrero o marzo. Las mujeres seguían gritando en la calle. No pude evitar preguntarme en qué acabaría mi vida. Aquella gente había sufrido una muerte espantosa. Culpé a la pobreza y a la ignorancia y a no haber estado en el parque cuando llegó la llamada, aunque la clase que el jefe y yo estábamos impartiendo en el colegio podría evitar cosas como esta.

Las luces de todos los vehículos de emergencia emitieron un último parpadeo en la calle y hasta los policías quisieron poner tierra de por medio. Me consta que lo habían pasado mal. La gente les da por culo y ellos tienen que dar por culo a los borrachuzos. Y de vez en cuando tienen que echar un vistazo a algo así con nosotros.

A los pocos días, el hombre que resultó ser el padre de los niños carbonizados vino al parque para que le diésemos una copia del parte de incidencias que le exigía la compañía de seguros. Estábamos en mitad de una partida de póker en la mesa grande de la cocina. El hombre entró estrujando su gorra en las manos, harapiendo. Las apuestas siguieron su curso, nuestros muchachos ni siquiera lo miraron de reojo, no sabían quién era. Sus voces fueron subiendo de tono mientras el hombre seguía ahí plantado, pacientemente, esperando a que el jefe encontrase el parte en el archivador. Parecía muy humilde tras todo lo que le había sucedido. Probablemente enterraron a sus hijos a toda prisa. La partida de póker no se interrumpió en ningún momento y el hombre siguió allí de pie con la gorra en las manos hasta que, por fin, misericordiosamente, Tito Jefe encontró el parte y se llevó al hombre a la fotocopidora Xerox para hacerle una copia. Yo no pedí a los muchachos que dejaran de jugar. A veces se daba una rara insensibilidad en nuestro trabajo. No podíamos permitir que se nos acercase demasiado, porque no queríamos que nos afectara. No hablábamos mucho de los casos malos. Cuando sucedían, lidiábamos con ellos. Luego volvíamos y comíamos o nos poníamos una película o salíamos a atender otra llamada o lavábamos los camiones y lustrábamos el cromo. Cumplíamos con nuestros turnos y luego nos íbamos a casa y salíamos a cazar o a pescar o hacíamos el amor con nuestras esposas o jugábamos con nuestros hijos. Albergábamos la esperanza de que las cosas malas que veíamos nunca nos pasaran factura. Esperábamos no morir en el humo, las llamas y el acero retorcido, como la gente a la que no podíamos salvar.

No estoy para nada convencido de que Sam vaya a ser capaz de tener descendencia. Tengo mis serias dudas con nuestro amiguito. La otra noche estuvo a punto de desgarrarle el camisón a MA. Ella se había puesto a darle empujones a Billy Ray, que estaba en el suelo jugando, y Billy Ray comenzó a gritar que le estaba haciendo daño, y Sam se puso a gruñir y casi se volvió loco para protegerlo y le hizo dos agujeros en el camisón y le arrancó una manga entera. A mí me entró tal ataque de risa que no pude ni levantarme del suelo.

Le tomamos el pelo todo el rato para ver por dónde nos sale. Como con lo de morderle las pelotas a Pooch. Creo que puede haber una conexión, un perro que desconoce el método para hacer cachorros y que trata de morderle las pelotas a otro perro. Nunca he visto a otro perro hacer nada parecido. Pero tampoco he visto nunca a un perro que no sepa cómo se hacen los cachorros.

De verdad que no lo entiendo. La parte de encorvarse la tiene controlada, no hay más que ver cómo se pone cuando le vacilamos un poco. Lo que pasa es que no sabe por dónde hay que meterla. Ni se te pasa por la cabeza que un perro de cuatro años pueda ser virgen. Te imaginas que algo habrá apañado en algún momento. Supongo que es culpa nuestra, por haberle

proporcionado una vida tan cómoda y protegida. Nunca ha formado parte de una jauría. Su jauría somos nosotros. Todo apunta a que voy a tener que dedicarle un tiempo a pensar en esto para tratar de hallar el modo de que pille cacho. Siento que lo estoy privando. Estoy seguro de que habrá por ahí una perrita preciosa dispuesta a entregársele. Lo mismo una beagle de ojos bonitos. Una zorrita despreocupada. Podríamos prepararles una cena a la luz de las velas bajo la marquesina del garaje, comprar comida buena de la marca Alpo, tender una manta cómoda en el rincón, al lado del cortacésped.

Pero coño, dudo que nos deje mirar.

El año es 1975. Llevo siendo bombero menos de dos años, y voy a toda velocidad en un Ford LTD rojo y blanco de 1974 por el Delta del Mississippi para encender un Árbol de Navidad esta noche de verano. Me acompañan otros seis bomberos fuera de servicio, son las diez de la mañana y estamos bebiendo cerveza. De hecho, algunos ya vamos un poco entonados. Paramos a comprar más cerveza en Batesville y nos lo estamos pasando de miedo, camino de la aventura.

Dejamos atrás las colinas y enfilamos la planicie del Delta, donde los árboles escasean y hay miles de hectáreas de campos de algodón. El calor ondula sobre el terreno, pero tenemos el aire acondicionado a toda tralla. Siento que me estoy mareando un poco y me consta que va a ser un día muy largo.

Lo malo de beber cerveza cuando vas de camino a una escuela de bomberos es que, al final, no te va a quedar más remedio que empezar a hacer paradas técnicas. Lo mejor es aguantar al máximo, porque una vez que empiezas, se acabó. En nada estarás parando para mear cada dos por tres.

La primera parada que hicimos fue detrás de un granero de algodón en un largo trecho desierto de carretera en el que apenas había viviendas. Los de la Patrulla de Carreteras desaprobarían nuestra conducta si les diese por presentarse, así que tratamos de ocultarnos detrás del pequeño cobertizo. Todavía nos queda un largo trecho hasta Greenwood, pero hay un montón de tiendas para comprar cerveza por el camino. Cuántas, aún no lo sabemos, pero lo averiguaremos. Esperamos llegar a Greenwood a eso de la una, puede que a las dos. Se suponía que teníamos que llegar en torno a las doce. Pero en un viaje como este no es que tengamos mucha responsabilidad sobre nuestros actos. El maletero va hasta arriba con nuestros equipos de protección, los chaquetones, las botas, los cascos y los guantes. Yo nunca he estado en el encendido de un Árbol de Navidad y estoy un poco nervioso. Nos dijeron que la temperatura llega a alcanzar los ochocientos quince grados.

Nos detenemos en otras dos tiendas para comprar cerveza. Pasamos junto a la penitenciaría Parchman, vemos los altos muros y las alambradas de púas, y sacudimos la cabeza, alegrándonos de no estar ahí dentro.

Notamos que el precio de la cerveza sube a medida que nos adentramos en el Delta. Es ya casi el doble de lo que pagamos en Oxford, pero no nos quejamos. Ya no podemos parar. Pero no nos queda más remedio que hacerlo cada veinte minutos porque algunos tenemos las vejigas menos resistentes que otros y, cuando el dolor se vuelve insoportable, nos da igual dónde estemos. Brincamos detrás de un árbol o saltamos zanjas mientras los otros esperan sentados en el coche con las ventanillas bajadas carcajeándose, chillando y lanzando al aire las latas vacías. Somos un accidente en busca de un lugar donde producirse.

Llegamos a Greenwood con una hora de retraso, bastante alegres, encontramos el aula y

entramos, y todos se giran para mirar a los rezagados. Menean la cabeza. Saben que somos los cabrones descerebrados de Oxford. La clase ya hace un buen rato que empezó. El hombre está explicando las propiedades del gas licuado de petróleo, GLP, y no es para tomárselo a risa. Tres bomberos de Vicksburg murieron hace poco en una explosión de GLP, quedaron calcinados e irreconocibles, a lo que había que añadir un camión de bomberos destruido. Vemos unas diapositivas de lo que quedó de sus equipos de protección. Nos dicen que no queremos ver las diapositivas de cómo quedaron los hombres que los llevaban puestos. Nos sentamos al fondo de la sala y no tomamos notas porque a ninguno se nos ha ocurrido traer cuaderno o lápiz. La clase continúa, parece que no va a acabar nunca y estamos hambrientos y, lo que es peor, sedientos.

Nos dicen que volvamos justo antes de que anochezca y nos dejan sueltos en Greenwood. Decidimos ir a comer algo.

El sitio para comer resulta ser un bar que sirve hamburguesas y poco más. Entramos, pedimos cerveza y comida y nos quedamos ahí casi toda la tarde. Nos figuramos que ya no tiene sentido ponerse sobrio, así que pasamos del tema.

Cuando empieza a oscurecer nos encontramos en un aparcamiento con un camión de bomberos nuevo de color verde lima, puede que un Seagrave o un Mack, y hay alrededor de otros cien bomberos procedentes de ciudades de todo el estado de Mississippi. La Academia Estatal de Bomberos es la que imparte este curso. Hay un enorme camión cisterna de GLP aparcado a un lado y en el centro del solar del aparcamiento se alza una enorme estructura de tubos metálicos cuya forma se asemeja a la de un árbol de Navidad, con una base de unos cinco o seis metros de ancho. Habían tendido un conducto desde el camión del gas hasta el árbol y el tanque del Cuerpo de Bomberos de Greenwood había cargado las mangueras. Iban a colocar un trapo ardiendo en uno de los brazos del árbol, luego abrirían el gas del camión, surgiría una bola de fuego de unos seis metros de altura que se iría intensificando, y nosotros tendríamos que subirnos a ese armatoste con nuestras mangueras y nuestros uniformes de protección para apagarla y mantener el fuego a raya.

Un grupo de bomberos se levanta para ponerse al frente de las mangueras, pero nosotros nos adelantamos y les decimos que queremos ser los primeros. Al hacernos cargo de las mangueras somos nosotros mismos, los bomberos de Oxford, los que tenemos que elegir al hombre destinado a arrastrarse para cerrar la válvula, y resulta que ese hombre soy yo.

Toda la ciudad ha acudido a ver el espectáculo. El tanque está a toda máquina, la adrenalina entra en acción de golpe, las mangueras están tan duras que parecen de hierro. Dos grupos de tres hombres forman a cada lado, yo me quedo atrás con el grupo de la izquierda, el último de la fila. Algunos instructores de la academia se unen a nosotros. Ahora se acabaron las bromas y las risas. Una mínima cagada y alguien puede acabar sufriendo graves quemaduras. Todo el mundo está preparado. Un bombero con todo el equipo de protección puesto se aproxima a la estructura tubular, el Árbol, y coloca el trapo que ha sido previamente empapado en queroseno. Lo prende con un mechero y se aparta corriendo. El trapo comienza a arder, un pequeño punto de luz en la noche, y el hombre del camión del gas abre la válvula. Todos los tubos han sido agujereados y el gas se precipita por los agujeros en pequeñas llamas azules que, durante un momento, bailotean en diminutos puntos. El del camión incrementa el volumen y todas las llamas se unen en una sola, que empieza a rugir y a cambiar de color. El fuego azul y blanco sale como agua a presión y oculta del todo las tuberías. Se alza sobre nuestras cabezas y el horrible calor llega hasta nosotros, situados a quince metros de la estructura. Los dos grupos abrimos los surtidores de las

mangueras en modo niebla y comenzamos a avanzar. Los instructores nos dicen que mantengamos la cabeza agachada, que nos aseguremos de tener las máscaras bajadas. Nos hemos subido los cuellos y los hemos cerrado herméticamente, nos hemos embutido las mangas de los chaquetones en los manguitos de los guantes.

Los dos grupos avanzamos muy juntos, engranando los dos chorros de niebla para que haya una barrera ininterrumpida de agua fría entre nosotros y el fuego. Nos aproximamos y las llamas arremeten por encima de los chorros de niebla. Los instructores señalan: Aguantad ahí, aguantad. Seguimos avanzando hasta situarnos a poco más de medio metro de la bola viva de fuego. Ahora brilla de un modo increíble, las llamas se reflejan en las máscaras de mis compañeros. Todos confiamos en los demás. Tenemos que tener la seguridad de que nadie saldrá corriendo. El instructor nos ordena quedarnos ahí, firmes, hasta que ve que tenemos el fuego a raya, entonces es cuando me da la señal. Yo me dejo caer de rodillas y avanzo, me arrastro entre sus botas extendidas. El aparcamiento resplandece ahora más que a la luz del día. Hay una válvula justo delante de las botas del instructor y yo, tendido sobre el brillante asfalto negro y húmedo, extendiendo la mano enguantada con el fuego letal sobre mi cabeza, sintiendo el terrible calor en la nuca. Giro la válvula a toda prisa hasta que queda cerrada y el fuego se reduce, desciende, se apaga. Me levanto, regreso a mi posición al final de la manguera y retrocedemos, mojados, humeantes, con gotas de agua entorpeciendo nuestra visión en las máscaras. En aquella ocasión lo hicimos bien. En otros Árboles de Navidad a los que acudiremos en el futuro, en otras ciudades, no nos saldrá tan bien; e incluso habrá una ocasión en que llegaré a ver a mi oficial de instrucción acabar con quemaduras graves debido al miedo de un extraño y ganarse una cicatriz en el antebrazo del tamaño de una codera que lucirá para siempre, pero aquella vez, la primera, lo hicimos de lujo.

Acabado el espectáculo, nos fuimos en busca de un bar.

Seguimos estando en Greenwood y seguimos metidos en el mismo bar y hay una banda de California tocando. Tienen un montón de instrumentos de viento y una chica muy guapa de vocalista y estamos bailando con nuestros uniformes aún puestos con todas las mujeres del bar. Se nos han ido uniendo bomberos de otras delegaciones y llega un momento en que somos tantos que hemos invadido completamente el bar con nuestro alegre desenfreno y nuestras bromas ruidosas.

Hay una mujer con unos pechos espectaculares, de no creerse, que ha atraído las miradas de todos los hombres del local. Baila tan bien que pienso que tiene que ser bailarina profesional. Me lanzo a bailar con ella, pero no hacemos muy buena pareja. No sé ni lo que hago, me limito a revolcarme y a sacudir el cuerpo por la pista de baile, poniéndome en evidencia. Sus pechos son del tamaño de mi cabeza, pero no es una mujer grande. Seguro que es una gogó. Enseguida comienza a lanzarme de un lado a otro y a tirar de mí como si fuese una muñeca de trapo. Es mucho más fuerte que yo y estoy avergonzado. Al final me lanza a una silla y, madre mía, cómo se descojonan los muchachos. Me está entrando el bajón. No me encuentro muy bien y aún nos queda un largo camino de vuelta a casa.

Es mucho más tarde y estamos mucho más borrachos, conducimos de vuelta a casa a través del Delta, las luces del exterior de los centros penitenciarios están encendidas y resultan brumosas y aterradoras, y nuestro conductor sube el volumen del sistema de megafonía, que está conectado con la emisora del Cuerpo de Bomberos, y anuncia por los altavoces que esta vez no

mearemos, 10-4¹, una y otra vez, muy alto, de hecho lo bastante alto para despertar a los muertos, y yo espero que nadie venga a por nosotros, que no acabemos encerrados en la penitenciaría por alteración del orden público.

Volvemos a entrar en el norte de Mississippi y ya no estamos tan animados, a algunos les ha entrado la pájara, otros se han quedado dormidos. Cuando por fin llegamos a Oxford, el parque de bomberos está oscuro y silencioso, los hombres que están de servicio duermen. Me subo a mi coche y me voy a casa, no a mi casa en el tráiler, sino a la casa de Preston, mi suegro, donde se ha ido a dormir MA porque está embarazada de Billy Ray y yo he salido de viaje. Me deslizo en la cama junto a ella y me pregunta adormecida cómo ha ido todo. Yo le digo que muy bien pensando en mi intento de bailar con la gogó, y me abrazo a la abultada pelota de su barriga, donde duerme y crece Billy Ray, y me pregunto por él, por lo que es y por lo que llegará a ser.

He estado sentado ahí fuera, en el bosque, intentando disparar a un ciervo. Llevo cerca de diez años sin dispararle a uno. Soy un cazador lamentable. No hay más que verme, caza al aguardo, en la que se supone que te tienes que quedar tan inmóvil como el árbol contra el que te sientas, sin mover un solo músculo, como una estatua esculpida en mármol, y ahí me tenéis, abriendo el termo y sirviéndome un poco más de café, fumándome un pitillo, echándome las cenizas por encima. Seguro que los ciervos se tranquilizan en cuanto me huelen y descubren que soy yo.

El otro día Billy Ray iba a dispararle a uno. El ciervo salió corriendo y asomó la cabeza por detrás de un árbol, le dio al puto árbol. Es lo que pasa cuando uno no ha tenido un buen instructor.

A mí antes la caza me volvía loco. Llegué a vivir en una tienda de campaña durante tres semanas. No me cansaba de bosque. Pero ya no soy así. Algo me pasó. Quizá es que me atiborré de niño. Todavía me gusta caminar por el bosque, pero ya no me vuelve tan loco matar. De todas formas, lo de matar nunca fue lo mío. Sobre todo era lo de estar ahí fuera, en medio de tanta belleza. Para mí hay pocas cosas más hermosas que un viejo bosque de frondosas. Por aquí ya no quedan muchos. Los han talado todos. Faulkner tenía razón. Dijo que la tierra acabaría cobrándose su venganza. Ojalá no me hubiese tocado vivirlo. Yo vi cómo eran aquellos bosques. Caminé por ellos, junto a sus arroyos, entre las gigantescas hayas infestadas de madrigueras de ardillas. Así era antes toda esta región del país, la que aún no estaba cultivada. Bosques inmensos. Ahora todo el estado es pino. Y los bichos los devoran.

Está mal odiar algo con tanta vehemencia y no poder hacer otra cosa que reciclar papel.

En realidad, esta mañana salí de caza por Shane. Hoy es el día de Acción de Gracias. Todo el mundo se ha quedado frito en el salón, han comido demasiado pavo. Desperté a los niños temprano, mucho antes del amanecer, y nos dirigimos a la montaña Thacker. No me preocupa que Billy Ray vaya solo. Tiene quince años y está más que acostumbrado a manejar armas de fuego. Shane solo tiene once y no mucha experiencia, pero se moría de ganas por ir, y como ese es mi deber me lo llevé a un buen puesto de vigilancia de ciervos construido sobre un árbol, lo ayudé a subir, luego me subí yo y le pasé el arma antes de descender y dejarlo ahí. Me dirigí con el *quad* a otro punto situado a unos diez minutos y me senté en el suelo a beber café y a fumar, sin la menor intención de ponerme a cazar en serio.

De repente, a eso de las nueve, comenzó a llover. Me puse en pie enseguida y me metí en el Honda para ir a por Shane, pero mucho antes de llegar ya estaba empapado. Pensaba en la

caminata que iba a tener que hacer de nuevo por el bosque hasta el puesto de vigilancia, pero él ya había descargado su arma, se había bajado del árbol y se había echado a andar por el sendero para venir a mi encuentro, chorreante y sonriente con su aparato dental. El otro día, mis dos chavales se montaron en el *quad* con uno de mis compañeros del Cuerpo de Bomberos, los tres a la vez, y rajaron el guardabarros trasero, el de la derecha, así que la rueda nos inundó de barro, a nosotros y a las armas. Regresamos a casa. Después de limpiar las armas hice un poco de café, me cubrí la piel con ropa seca y limpia, cogí el periódico y me estiré en el sofá, calentito, mientras MA se afanaba en la cocina, contenta como un castor en el agua de que estuviésemos todos juntos en casa el día de Acción de Gracias, con el fútbol en la tele, el nido al completo. Lo de anidar se le da de miedo.

Aunque hubo un tiempo en que pensó que yo era un listillo. Fue porque mucho antes de conocerla, mi primo y yo fuimos a trabajar en el coche de mi madre y tomamos aquella curva cerrada bajo la lluvia, conducía yo e iba a toda velocidad, sin saber conducir muy bien; pero, ya se sabe, dieciocho años, nuestro primer curro de verdad, turno de noche en Chamber's, una fábrica de estufas..., el caso es que las ruedas patinaron y yo aullé: ¡Aguanta, por lo que más quieras!, y acabé en el regazo de mi primo. Giramos y fuimos a dar a la cuneta del otro lado de la carretera, en el sentido contrario al que íbamos, con el coche de mi madre ligeramente abollado y dos ruedas reventadas. Así que llamé a la grúa.

Antes de que llegara a sacarnos de allí, MA pasó con sus padres en una camioneta Chevrolet negra de 1953 casi impecable, y su padre se ofreció a empujarnos, pero yo ya había llamado a la grúa y estaba de camino. Me repitió varias veces su ofrecimiento y yo le dije que no, que muchísimas gracias. En cualquier caso, no podría seguir conduciendo con aquellos dos neumáticos reventados.

Ella por aquel entonces tenía quince años. Fue en 1969, un año antes de que entrase en los Marines. Cuando la volví a ver, tenía dieciocho y unas piernas de vértigo. Fue el día que me licenciaron, en 1972. Pero la tarde que me encontraron en aquella cuneta ella pensó que yo era un listillo. Dice que me pasé de listo con su padre. No es verdad. Mi madre no me había criado para que me hiciese el listillo con los adultos. MA ya no cree que lo sea, pero durante años, según parece, fue por ahí con la idea de que yo era un auténtico gilipollas.

El día es especialmente caluroso y nuestro atuendo está hecho de una lona negra que capta y acumula el calor del sol. Estamos recubiertos de negro, los cascos son negros, los guantes también, y la casa que tenemos delante está empezando a arder a lo bestia. Nos encontramos en el jardín descuidado con las mangueras cebadas y listas, con cigarrillos en los dedos y el tanque palpitante junto al bordillo. Las máscaras subidas. Estamos esperando a que el fuego alcance un estadio de implicación casi total, a que sea tan grave que realmente sirva de algo lo que podamos hacer cuando entremos a sofocarlo.

Son casas viejas, toda una calle de casas viejas, y la ciudad de Oxford ha hecho planes para incendiarlas y renovar todo este sector construyendo viviendas nuevas. Nosotros somos el instrumento mediante el cual se va a llevar a cabo dicho plan.

Rob está a mi lado con una manguera cargada, me dirige su sonrisita en medio del calor.

¿Preparado?, me dice.

Supongo, le digo yo.

Nos abotonamos el cuello, tiramos los cigarrillos y atravesamos el jardín arrastrando la

manguera. Ahora ya no puedes ser una nenaza. Toda la parte trasera de la casa está en llamas y el humo se derrama por las ventanas y las rendijas de los tablones. Bombea como humo a presión. No llevamos las bombonas. No se trata más que de un ejercicio de entrenamiento. Nos echaremos al suelo o avanzaremos de rodillas.

Cruzamos el porche podrido mientras el humo bloquea la luz del sol y su primer borde afilado nos arde en la nariz. Al bajarnos la máscara y entrar en la casa, el fuego se precipita por el techo. Fluye como agua, todos los tablones y las cabezas de los clavos que hay en la habitación se han consumido en un brillante fuego anaranjado. Nos ponemos de rodillas y el calor desciende a darnos la bienvenida en sus más íntimos confines. La casa empieza a rugir y nosotros abrimos el surtidor y rociamos el fuego que se despliega sobre nuestras cabezas, sofocamos las llamas y pasamos a la siguiente habitación. El humo nos hace llorar y fuera la gente grita. Esto va en serio, es lo más real que puede llegar a ser un entrenamiento, y nuestras botas de goma resbalan en el agua mientras hacemos que el incendio retroceda. La cocina está consumida por las llamas, grandes muros de fuego, pero el surtidor Elkhart Brass dispone de la suficiente potencia para controlarlo. Vamos de habitación en habitación, reduciéndolo, lidiando con él, hasta que la casa arde lenta y resentida, y se apaga. Salimos con las máscaras cubiertas de gotitas de agua, los hombres se ayudan entre sí, contentos de lo que estamos haciendo y contentos de poder hacerlo.

Nos alejamos por el jardín para dejar que el fuego se reavive. Otros equipos entrarán en acción después del nuestro y volverán a luchar una y otra vez contra el incendio hasta que todos hayamos tenido nuestro turno, momento en que dejaremos que la casa arda hasta sus cimientos, cree su propio viento, aülle, reviente y siga su curso con la madera. Más tarde, encontraremos ladrillos antiguos de la chimenea fabricados en Oxford con la palabra oxford moldeada en los lados.

Ahora estoy sentado en el jardín fumándome un cigarrillo, viendo cómo se reavivan las llamas.

Rob dice: Brown.

Miro a mi alrededor. Abre una manguera de mano de dos pulgadas y media y me quita el casco de la cabeza. Me veo inmerso en un muro de agua. Me revuelca por el jardín con el chorro. Me golpea en el trasero como si fuese un puño implacable. Me hace rodar por el suelo. Toda la compañía se levanta, se descojona y vitorea. Lo único que puedo hacer es rodar hecho una bola y esperar a que se cansen. Ese surtidor proyecta un caudal de 950 litros por minuto. Pero sé que cualquiera de ellos me salvará el culo sin pensárselo cuando las cosas se pongan feas.

Alguien, algún gilipollas que sale una noche a correr, se cuelan en el parque de bomberos y roba un *walkie-talkie* que cuesta ochocientos dólares. A los pocos días, con el escáner, alguien lo oye intentando comunicarse, pero nunca llegamos a pillarlo. Lo más probable es que se deshaga de ese Motorola que cuesta un pastizal. Lo más probable es que se piense que no es más que un transmisor de banda ciudadana o algo por el estilo. Corredores capullos y rateros sueltos por las calles de Oxford que se cuelan en la estación de bomberos mientras dormimos.

Alguien, algún gilipollas, afana un día un casco de capitán durante un incendio que estamos apagando y luego no se le ocurre otra cosa que pasarse en moto por delante de la estación con el casco puesto. Otro gilipollas integral. Wally se sube a la furgoneta y lo persigue, lo obliga a devolver el casco. El tipo sale limpio de su delito. El casco valdrá unos doscientos dólares.

Un mapache blanco se cuela una noche en nuestro contenedor y lo vemos llevarse parte de nuestra basura. No le decimos nada, lo dejamos ir.

Alguien, puede que otro gilipollas, puede que un amigo mío, limpia un montón de peces que acaba de pescar y tira todas las cabezas y las tripas al contenedor, y estamos en pleno verano y apesta como para hacerte potar hasta el hígado. Uno de los capitanes deja una nota en la pizarra: Si cocináis pescado en las instalaciones del parque, haced el favor de tener la decencia de meter las «sobras apestosas» en una bolsa de basura para que los demás no tengamos que olerlas.

* * *

Contrato a unos cuantos compañeros del parque de bomberos para construir una casa a principios de 1986. Empezamos en marzo y levantamos la estructura, el tejado, las ventanas y las puertas, en unas semanas. Una tarde fría, estamos poniendo la tela asfáltica en el tejado y, al acabar, Tex y yo decidimos ir a tomarnos unas cervezas y unos licores de menta. Nos metemos en mi pequeña camioneta, damos unas cuantas vueltas por ahí y nos enmoñamos un poco, hasta que llegamos a una curva en la que el aire está lleno de pelos blancos y hay un coche parado. Nos detenemos. En el coche hay dos chicas. Y en la carretera, delante, un ciervo; no está muerto, todavía patea. Las chicas están horrorizadas y les decimos que no se preocupen, que nosotros nos ocuparemos del ciervo. Se marchan y salimos de la camioneta. Tanto Tex como yo vamos con monos de trabajo isotérmicos. Un animal atropellado de estas dimensiones no es moco de pavo. Tex abre su navaja, apoya la cabeza del ciervo sobre su rodilla, le apuñala la garganta como si no hubiese mañana y el ciervo muere. Ya tenemos carne fresca. Estamos en la carretera iluminados por mis faros. Una gran mancha marrón empieza a crecerle a Tex en la pierna. Se hace cada vez más grande. ¿Te has cortado, Tex?, le pregunto. No, me dice. Se hace cada vez más grande. Yo creo que sí, Tex, le digo. Tex se quita el uniforme y se queda casi en pelotas delante de mis faros y, en efecto, se ha apuñalado a sí mismo en la pierna. Se ha perforado pero bien. Nos entra un ataque de risa y metemos el ciervo en la trasera de la camioneta y movemos el culo de vuelta al parque de bomberos.

Colgamos el ciervo en una escalera entre dos camiones. Los que están de servicio salen a las cocheras para reírse de nosotros. Los guardabosques suelen pasarse por el parque de bomberos a tomar café, hojear los periódicos y comer bagre frito, así que lo que estamos haciendo es un asunto poco menos que arriesgado. Lo desollamos, lo seccionamos en cuatro, lo metemos en la nevera y nos vamos al Ireland's. Aparco la camioneta justo enfrente del edificio, junto a la puerta. Tengo una flamante nevera portátil Igloo de cuarenta y ocho litros, recién comprada, con tres cajas de seis Budweisers. Me costó unos cuarenta dólares, la cerveza alrededor de doce.

Mientras Tex y yo estamos dentro con nuestros monos de trabajo ensangrentados, bebiendo cerveza e intentando bailar, alguien, algún gilipollas, me roba la nevera.

De la carne de aquel ciervo salen varias comilonas. Una noche nos hacemos unos filetes, otra un asado y una mañana lomos con bollos y salsa. Luego se nos escacharra la máquina de hielo, alguien la desenchufa por error y la carne de ciervo se descongela y se queda en la nevera alrededor de dos semanas, y un día cuando dos van a abrirla casi potan el alma en el muelle de

carga, porque nuestra deliciosa carne de ciervo ya no hay Dios que la huela.

La pierna de Tex se cura bien.

Hillbilly y yo salimos en su bote y lanzamos al agua sus palangres artesanales. Tenemos que meternos en los jardines de la gente y prometerles peces a cambio de sus gusanos catalpa. Solemos pasarnos bastante a menudo por la casa de una anciana. Es una mujer encantadora. Somos los únicos a los que permite apoderarse de sus gusanos catalpa. Trepo al árbol y tiro los gusanos sacudiendo las ramas, Hillbilly siempre sonríe debido a la abundancia de gusanos catalpa que tiene esa señora en su jardín. Es un cebo muy codiciado; a no ser que dispongas de tus propios árboles, dependes de la amabilidad de los vecinos, sobre todo cuando vas a desplegar trescientos anzuelos. Puede sonar simplista, lo sé, pero necesitamos trescientos gusanos para un solo cebo y lo más seguro es que vayamos a lanzar los palangres tres o cuatro veces en los próximos días. Con lo que necesitaremos mil doscientos gusanos. Esto es pesca seria.

Hillbilly me saca al lago y tiene que evaluar mi conocimiento de la vida del bosque. He de identificar cada pequeño poste y tocón donde hemos amarrado los palangres. Tengo que hundirlos o alzarlos para ocultarlos de la vista de la gente o cerciorarnos de dónde están, y luego tengo que desenganchar los peces y los cebos de cada anzuelo mientras él se queda sentado en la parte de atrás tocándose los huevos, porque él se encarga del motor y se bebe la cerveza que siempre llevo yo, y quiere instalar los palangres incluso cuando el lago está agitado por el viento y hay rayos y el agua se nos echa encima formando olas considerables, por lo que tengo miedo de acabar muriendo en el agua por mucho que él me obligue a ponerme el chaleco salvavidas.

Una tarde hay un pez en el palangre que no podemos subir. Sentimos sus tirones, pero no hay manera de alzarlo. Hillbilly dice: Mierda, y yo digo: ¡Mierda! Nos pasamos un buen rato forcejeando con él, tirando con el palangre entre los dedos, alzándolo poco a poco, sintiendo cómo lucha y, al final, conseguimos atraerlo a la superficie y resulta que lo que divide el agua a coletazos es una carpa que mide cerca de metro y medio. Hillbilly le arranca el anzuelo de la boca y nos sentamos en la parte de atrás estupefactos.

Estamos en paz y a buenas con el viento, el agua y el lago. Limpiamos los bagres en el lago con cuchillos de filetear y guardamos los filetes en el hielo picado de la nevera. Estamos la mar de contentos. El sol se está poniendo. Todos los anzuelos están cebados. El lago parece de cristal y la cerveza está fría. Ni siquiera se nos ocurre encender una fogata. Ahora mismo somos pescadores y el mundo es nuestro. Todos esos bagres están nadando bajo nuestros anzuelos y podremos regresar mañana por la mañana, sacar unos cuantos más y volver a cebar los palangres. Me tocará otra sesión de inspección de palangres antes de dar la pesca por concluida. Hillbilly se dedicará únicamente a manejar el motor y a decirme lo que tengo que hacer. Y no me queda otra que hacerlo porque él es el que sabe dónde están los puntos clave. Solo lleva unos cuarenta años pescando en este lago. Además, todos los años mata unos ciervos enormes. Es el mejor cazador y pescador que he conocido en mi vida. Por eso le tolero que ponga en duda mi conocimiento de la vida del bosque. Aparte, el bote es suyo.

Vamos a una vivienda de Oxford, en la calle Séptima Norte, el mismo barrio en el que hace unos años incendiábamos todas las casas decrepitas para allanar el camino hacia la mejora y el progreso. La FHA² ha construido viviendas baratas, casas pequeñas de ladrillo, jardines minúsculos; una mejora con respecto al pasado, en cierto modo. Esta casa está llena de un

montón de gente ebria o drogada, se ha desatado un incendio detrás del horno y es sábado por la noche. Hay una fuga en la tubería que alimenta el electrodoméstico, apartamos el horno de la pared y cerramos la válvula. El fuego se apaga. Parte del revestimiento de madera ha quedado chamuscado, pero el incendio no se ha extendido. Echamos un vistazo a nuestro alrededor. Hay agujeros en casi todas las paredes, placas de yeso y revestimiento de madera, indistintamente. Hay comida en mal estado en platos que se acumulan sobre la encimera. Puertas de armarios arrancadas. Salgo con una llave de perno para cerrar la válvula principal de la vivienda y se me acerca un borracho llamándome blanco no sé qué. Alzo la llave y se la muestro. Retrocede y me deja en paz, desaparece en la oscuridad del jardín. Cierro la válvula y vuelvo a entrar. La señora de la casa, pantalones de punto, jersey deformado y un asqueroso gorro de lana en la cabeza, está borracha y suelta toda clase de improperios. Que si quién es este hijo de puta, que si qué hijo de puta, que si qué hijo de su putísima madre. La alarma de incendios ha estado sonando todo el rato y no tiene pinta de que vaya a parar. Salgo al lavadero donde ella dice que está la caja de los fusibles, consigo entreabrir la puerta unos veinticinco centímetros antes de que se quede atascada, bloqueada por tablas de planchar y cajas de botellas vacías, basura, ropa, latas de cerveza, sillas de jardín, trastos y más trastos. Regreso al aparcamiento techado y al bajar la vista veo huellas ensangrentadas en el hormigón, son de los pies de un niño, rojas y perfectamente delineadas, los puntos de los dedos como huellas dactilares. La alarma de incendios sigue sonando. En algún lugar de esta casa o de este barrio hay un niño que se ha hecho un corte bastante feo en el pie y anda por ahí sangrando. Vuelvo a entrar en la vivienda. La alarma de incendios es una serie punzante y palpitante de breves chillidos que te lastiman los tímpanos. Un grupo de borrachos sigue en el salón discutiendo acaloradamente. Mis compañeros parecen alterados. Piensan que en cualquier momento pueden salir a la luz cuchillos, puede haber un tiroteo, y no les falta razón. Capitán Brown, salgamos de aquí echando hostias, me dicen. La alarma de incendios sigue a lo suyo. Salgo al pasillo donde está instalada y suelto los cables. Solo entonces se calla la muy hija de puta. Volvemos a cruzar el salón y hay un montón de jóvenes matones que nos dedican sus sonrisitas. La contrapuerta no tiene mosquitera ni cristal. Les decimos que llamen el lunes a la compañía del gas. No sé cómo se las arreglarán para cocinar hasta entonces. Atravesamos el jardín y la Unidad 10 nos aguarda palpitante junto al bordillo, los espejos laterales de la cabina vibran en sus monturas de goma. Me subo al asiento del conductor, desembrago y suelto el freno neumático. Mis compañeros saltan al asiento delantero y a los plegables que hay en la parte de atrás de la cabina. Nos alegramos de largarnos de allí, pero yo no puedo evitar preocuparme por el niño del pie sangrante.

Aparto la autobomba de la acera, piso a fondo el pedal, bajo de marcha y luego vuelvo a subir para ganar velocidad. Me quito el casco y es un placer sentir el viento en el pelo.

Más tarde, de vuelta en el parque, descubrimos que alguien se ha dejado una pieza del equipo en la casa pero, como es natural, nadie quiere ir a recuperarla. Como soy el capitán, me va a tocar a mí ir a por ella. Me subo a la furgoneta que a veces utilizo y les digo que regresaré enseguida. Si reciben algún aviso en mi ausencia, que alguien se ponga al volante de la autobomba, que ya me uniré yo luego con la furgoneta.

Los borrachos siguen en el jardín y dentro de la casa, continúan discutiendo. No les digo nada, simplemente me bajo de la furgoneta, entro en la casa, recojo la linterna recargable que nos habíamos dejado y vuelvo sobre mis pasos. Ni a la policía le gusta pasarse por allí las noches de los sábados, y eso que ellos van armados.

Una noche se incendia una casa en la calle Séptima Norte cuando no estoy de servicio, en mi día libre. Tito Bunky y Poot Man entran por la puerta principal de la vivienda y se encuentran con un cadáver en el suelo, con los ojos rojos, la mano inerte tendida hacia el pomo de la puerta y el aire proveedor de vida a escasos dos metros de su agonía.

Un hombre que vive en una casa agradable de un agradable vecindario de Oxford tiene el nada agradable hábito de emborracharse y quedarse dormido en la cama, fumando. En varias ocasiones, cada varios meses, incendia la casa. Acude el turno que esté de servicio, extingue el fuego y su compañía de seguros le reconstruye los desperfectos.

Hasta que una noche, al cabo de unos meses, estando Poot Man de servicio, reciben un aviso de la misma casa. Esta vez el tipo se achicharra en la cama. Muere, pese a todos los esfuerzos. Un mes más tarde, Poot Man dimite y nadie lo culpa. Hay días en los que todos llegamos al límite.

Gatos. Se meten en la bañera cada vez que una casa se incendia. No sé por qué eligen ese sitio para morir, entre la cortina de la ducha y los botes de champú. Los perros pequeños también lo hacen y no es una tarea agradable salir al jardín y decirle a los propietarios de la casa que sus mascotas no lo lograron. Little Clyde y Buddy están muertos en la bañera. Es bastante traumático para la gente involucrada, no me cabe la menor duda. No me quiero ni imaginar que le pasara algo así a Sam. Estoy seguro de que se pondría a ladrar y armaría la de Dios es Cristo, y luego se lanzaría de cabeza por la ventana, como Rin Tin Tin. Nunca he visto un animal más inteligente que Sam. He llegado a la conclusión de que los perros piensan. O al menos yo pienso que Sam piensa.

También intentaría hablar, pero no puede. Se pondría a vociferar un montón de cosas locas de perros que sonarían a intento de hablar. Por otro lado, está el asunto de que es un perro mimado, malcriado, está completamente corrompido. Y toda la culpa la tienen MA y los niños. Cada vez que Billy Ray se marcha, Sam se dirige a casa de la abuela (Esther Lee, la madre de MA) y consigue que le abra la puerta. Luego, cuando oye que Billy Ray vuelve, no importa la hora de la noche que sea, se dirige a la puerta del dormitorio de la abuela y se pone a rascarla, a patearla y a gemir hasta que a ella no le queda más remedio que levantarse de la cama y dejarlo salir. Acto seguido, no tardas en oírlo gimiendo, pateando y lloriqueando en nuestra puerta trasera, que es estilo francesa, con cristales, y es muy desagradable escucharlo. No estoy hablando de que haga frío y quiera entrar. Quiere entrar y punto. Y MA y los niños lo dejan entrar. Yo no. Pero ellos sí. En efecto, llama a la puerta, planta la cara en el cristal, bizquea, te mira con esa mirada lastimosa y se pone a gemir. Todos en esta casa se piensan que soy malvado porque no le permito entrar. Pero nada de eso. Joder, nunca he sido malo con él, lo quiero un montón. Lo que pasa es que detesto ver cómo la gente se deja manipular por un perro. Así que, por lo general, ellos siempre andan rogándome para que lo deje entrar y al final digo: De acuerdo, a tomar por culo, y dejo entrar a ese pequeño capullo consentido. Entonces se dirige directamente a la parte de atrás, a la habitación de los niños, y se mete en la cama con Billy Ray. Es bastante desagradable. MA entra en el cuarto de los niños por la mañana a despertar a Billy Ray y Billy Ray gruñe y Sam le hace los coros.

Hacen también cosas como darle de comer helado y galletas. Os juro que es como un crío. Ni

siquiera puede disfrutar uno de la comida por su culpa. Se alza sobre las patas traseras y se pone a mendigar lo que sea, cualquier cosa que estés comiendo. Te pone esos ojos tristes. Y acaba pareciéndote tan desamparado y tan hambriento que al final es imposible no sentirte un auténtico cabronazo si no le das algo de tu plato. Le vuelve loco un buen bistec, las gambas, el pollo. Y tampoco le hace ascos a una lasaña. Se come cualquier cosa que le des.

Hará ya unos seis meses, Billy Ray se hizo con un bluetick coonhound, cuando todavía no era más que un enorme cachorro bastante patoso, orejas, patas, todo muy grande; y durante un tiempo Sam pudo con él, lo derribaba y lo arrastraba por ahí, en plan abusón. Faroleaba mucho con aquel cachorro que pesaba más de dieciocho kilos. Daba la impresión de que iba a darle para el pelo y que el cachorro iba a achantarse. Solo que aquel perro de caza creció. Mucho. Hoy caza mapaches y lucha contra ellos al capturarlos. Mapaches salvajes. Que son como manos llenas de hojas de afeitar cuando pelean. El bluetick se llama Jack. Lo único que Sam puede hacerle ahora es intentar ir a por sus pelotas. Es a lo único que llega. Pero el día menos pensado el bluetick se va a mosquear, le va a plantar cara y le va a arrancar de un bocado su cabecita encrespada.

Salimos rodando por la puerta del parque de bomberos, las luces de advertencia giran, destellan en la acera, sobre los grandes robles que adornan la calle y la cerca de estacas metálicas que bordea la casa de enfrente. El tráfico se detiene para que pasemos, giramos a la izquierda y nos dirigimos al sur por North Lamar, Dwight no apaga la sirena, ganamos velocidad y volamos hacia el primer semáforo, que se encuentra a unos cuatrocientos metros calle arriba, mientras los coches se hacen a un lado o bien avanzo por el centro de la calzada y los voy sorteando atento a todo lo que me rodea: a la carretera, a la velocidad, a la gente que va con las ventanillas subidas y el aire acondicionado en marcha o el rock and roll puesto a todo trapo en sus reproductores, gente que lo mismo no me oiga cuando me acerque por detrás, gente que podría frenar de golpe. Nunca me salto un semáforo en rojo. Nadie con un mínimo de sentido común al volante de un camión de bomberos se saltaría un semáforo en rojo en el cruce de North Lamar con Jefferson, porque no se ve nada de lo que viene por Jefferson hasta que no te encuentras justo debajo del semáforo. La sirena nos taladra los oídos, pero Dwight sigue en sus trece y nos detenemos y miramos si viene alguien por Jefferson y entonces seguimos hasta la plaza, donde la calzada se divide y te puedes quedar atascado en cualquiera de los lados de la calle si a la gente le da por pisar el freno y no te queda más opción que abrirte tu propio camino, sorteando a quien sea. El sonido de la sirena rebota en los altos edificios de la plaza y se amplifica y, ahora que hemos llamado la atención de todo el mundo, giramos a la derecha y le piso a fondo por la avenida Jackson camino del chico que está luchando por su vida encharcado en su propia sangre en esta cálida noche de verano.

Pillamos el siguiente semáforo en verde y tocamos la bocina por si acaso, y es entonces cuando podemos ver las luces azules de los coches de policía y las rojas de las ambulancias; aminoramos la marcha, llegamos y estacionamos la autobomba en la calle, ponemos la cisterna en marcha y accionamos el freno de mano. Descuelgo el micrófono de la radio e informo de que estamos en 10-7, ocupados en una misión, y acto seguido informo de lo que tenemos ante nuestros ojos, un Ford Pinto blanco en el lado derecho de la calzada, en sentido contrario e incrustado en un poste telefónico al borde de la acera. Dwight ya se ha bajado y se está poniendo el chaquetón y los guantes. Harry llega detrás en el camión de rescate y aparca. Cuelgo el micrófono y salgo, me pongo los guantes, cojo mi casco del compartimento y me acerco a

echarle un vistazo al coche siniestrado. La puerta del acompañante está abierta y hay una enfermera en el asiento delantero con un joven que está tendido sobre los asientos deportivos, atascado contra la palanca de cambios, cubierto de sangre y con las piernas retorcidas hacia atrás sobre los restos aplastados de la puerta del conductor. La enfermera está introduciéndole un trozo de tubo quirúrgico por la garganta mientras le grita: ¡Respira, cariño, respira!

Harry está sacando la sierra circular del camión de rescate y yo regreso al panel de la bomba y tiro de la palanca que abre el pitón del *booster*, un manguerín engomado de una pulgada que está en el rollo que hay encima del panel de la bomba, acto seguido, acelero el motor y observo el manómetro hasta que la aguja se mantiene fija en trece bares, momento en que me aparto y lo dejo. Dwight tira hacia abajo del manguerín con una mano, lo arrastra hasta el coche y lo deja en el suelo. Harry viene con la sierra y yo vuelvo con la enfermera que está con el muchacho. Ella levanta la vista hacia mí y me dice que tenemos que hacer algo lo antes posible y yo le digo: Haremos todo lo que podamos, señora. El chico está intentando respirar y ella tiene casi tanta sangre encima como él. Lo más probable es que el muchacho tenga lesiones internas, algo roto en el pecho, y ella no deja de decir que se va a morir antes de que nos dé tiempo a sacarlo de ahí. De nuevo tenemos que enfrentarnos a lo de siempre, esa cosa humana y frágil llamada vida que se consume ante nuestros ojos.

Esto tiene lugar a principios de los ochenta, antes de que la ciudad decidiera que era preciso gastar siete mil quinientos dólares para adquirir un separador hidráulico Hurst, los «Separadores de la Vida», en la época en la que solo disponíamos de un cilindro de rescate que, como ya he mencionado antes, no vale una mierda en una situación como esta, en un choque de semejante magnitud. No es más que una herramienta hidráulica que se acciona manualmente, con diversos accesorios. Carece de potencia y de velocidad. No separa un coche como si se tratase de un caramelo masticable del modo en que lo hacen los separadores Hurst. No contamos más que con el cilindro de rescate y la sierra, así que me dirijo al otro lado del coche donde la puerta está plegada en forma de U contra el poste telefónico. Por un momento considero la opción de mover el coche, llamar a una grúa y que lo desprenda de un tirón del poste, pero luego le digo a Harry que tenemos que intentar cortar esa puerta. Se ha convocado un montón de gente a nuestro alrededor. Ojalá se largasen todos y nos dejaran hacer nuestro trabajo en paz, pero no están dispuestos a hacerlo. Ni de coña. Esto es demasiado bueno para perderselo. Se van a quedar ahí de pie para ver todas las cagadas que cometamos.

Harry pone en marcha la radial, acerca la cuchilla de carburo a la puerta y una lluvia de chispas naranjas empieza a revolotear en círculo. Tenemos la manguera preparada por si la gasolina se inflama y yo ya sé que esto no va a funcionar. Todo el peso del coche recae sobre la puerta y no vamos a poder extraerla sin cortar el poste. No parece posible sacar al chico de ahí dentro. No parece posible que el chico haya acabado tan destrozado. Todo apunta a que va a morir delante de nuestras narices, por mucho que todos nos desvivamos por impedirlo.

Les digo que sigan serrando y vuelvo al otro lado del coche donde la enfermera le está gritando al chico que no se muera y a mí que no sé qué, no la escucho, me da igual lo que me esté diciendo, estoy examinando el coche a ver si se me ocurre alguna otra forma de sacar al chico de ahí dentro lo más rápido posible. Me inclino por encima de la enfermera con la linterna y miro las piernas del muchacho. Están contra la puerta que tiene detrás y la sierra está en marcha al otro lado de la ventanilla iluminando el rostro de Harry y sus gafas protectoras. El chico respira un poco, el aliento se le obstruye en el pecho y vuelve a emitir ese sonido

estrangulado, por lo que la enfermera le vuelve a hundir esa cosa en la garganta. Está atascada con burbujas de aire y sangre y ella sigue diciendo que tenemos que hacer algo, y que tenemos que hacerlo ya. Está a punto de sacarme de mis casillas, ojalá supiera qué demonios hacer. Me meto en el coche, me arrastro por dentro, miro.

Vuelvo a salir y observo la posición del cuerpo. Y entonces lo veo. Va a tener que ser enderezándolo. Vamos a tener que sacarlo verticalmente, como si levitase. La enfermera me dice que hay que llamar a la unidad de rescate y yo le digo: Aquí nos tiene, señora, nosotros somos la unidad de rescate y es la única que va a venir. No le señalo mi parche de los Servicios de Emergencias, no le digo que asistí a la Academia de Bomberos del Estado para aprender toda esta mierda, no le digo que si la ciudad se dignase a abrir su billetera yo podría trincar este coche con la misma facilidad que si fuese el pavo de la cena de Navidad. En cambio, lo que hago es ir al otro lado del coche para decirle a mis compañeros que se olviden de la sierra y que procedamos a retirar el parabrisas.

Cubrimos a la enfermera y al paciente con una manta y luego cogemos dos hachas y comenzamos a abrirnos paso por el parabrisas, por los bordes, intentando que no nos salten a los ojos las astillas de cristal, sin olvidarnos de mantener las máscaras bajadas. Recorremos a hachazo limpio toda la parte superior del parabrisas y luego bajamos por ambos extremos; una vez hecho, tiramos del parabrisas por encima del capó, lo soltamos de la juntura y lo lanzamos al asfalto como si fuese una alfombra sucia. Acto seguido, me subo al capó y me estiro por el hueco hacia la palanca de cambios contra la que el muchacho está atascado, la que le aprisiona el cuerpo. Tiro de ella con todas mis fuerzas, pero no cede. Alguien retira la manta que cubre a la enfermera y al paciente y ella sigue afanándose, pero no parece que la cosa vaya a mejor. Tiro de la palanca y no hay manera. Digo: Dwight, ven aquí, ayúdame. Se tumba bocabajo y se arrastra a mi lado. Le digo que el chico está retenido contra la palanca de cambios, que tenemos que intentar doblarla y apartarla, y que yo solo no puedo. Le digo que ponga su mano sobre la mía. Dwight es mucho más fuerte que yo y la palanca empieza a ceder. Tiramos y la forzamos con todas nuestras fuerzas. Dwight casi me revienta la mano, pero la palanca cede y se dobla hasta que queda lo bastante apartada y deja de retenerlo. Alguien ha acercado la camilla rodante hasta el coche y entre todos alzamos al chico mientras alguien controla la tracción cervical por si tiene el cuello roto; deslizamos la tabla de inmovilización a su lado y lo amarramos antes de subirle a la camilla, la enfermera no se separa de él en ningún momento, no deja de meterle y sacarle esa cosa en la garganta, ahora el respirador de la ambulancia se haya tan solo a uno segundos, le ajustan los amarres, lo alzan, lo meten en la ambulancia, las puertas se cierran y la ambulancia se lanza berreando calle abajo, su solitario gemido se esparce sobre nosotros, que nos quedamos ahí plantados mirando cómo se aleja, escuchando cómo se desvanece el sonido de las sirenas camino del hospital que hay al sur de la ciudad.

Me vuelvo hacia Dwight y lo miro. Me alegra que sea tan fuerte. Me alegra que el chico no haya muerto. Entiendo por qué la enfermera perdió la paciencia con nosotros.

Recogemos nuestras cosas y nos vamos a casa. No hace falta que nadie nos dé las gracias. La ciudad nos lo agradece dos veces al mes.

Ahora nos hemos reunido en una pequeña iglesia que se alza en mitad del bosque, el jardín está hasta arriba de camiones de bomberos y coches embarrados, todos hemos venido por una carretera embarrada y estamos aquí para darle el último adiós a Dwight, que yace en su ataúd

delante del púlpito. Era un hombre fuerte, pero tenía la tensión por las nubes, y no era cuidadoso con su medicación, ocurrió hace dos días, cuando estaba cazando conejos con su tío y su primo, fue una apoplejía o un ataque al corazón, murió rápido en el bosque, antes de que pudieran asistirle. Nunca había estado en una iglesia de negros, y de los cientos de rostros que se han dado cita hoy aquí, las únicas caras blancas son las de los bomberos uniformados.

En la iglesia no caben todos los que han venido. La fachada está sin pintar. No me puedo creer que Dwight esté muerto, pero abren el ataúd y ahí está, con su bigote, sin las gafas que siempre se ponía, y su hijo de diecisiete años se inclina hacia él con ojos llorosos y le da un beso en la mejilla.

El predicador está plantado ante el púlpito, pero la ceremonia no va a comenzar hasta que todo el mundo haya tomado asiento. Están todos los bancos ocupados y sigue llegando gente. La procesión de asistentes al funeral parece extenderse varios kilómetros. Traen sillas, las colocan en los pasillos y la gente las va ocupando, puede que unas cuarenta o cincuenta personas más. Guardamos silencio, el calor nos hace sudar, las mujeres se abanican con pequeños abanicos de cartón pegados a unos palos de madera, algo que llevaba sin ver desde que era un crío, lo hacían las mujeres que asistían a mi iglesia. Deja de llegar gente y alguien cierra la puerta.

De la cortina que hay detrás del púlpito sale una fila de ancianas ataviadas con las túnicas del coro. Puede que sean una docena. No llevan himnarios en las manos y el órgano permanece muerto y silencioso en el rincón. Las mujeres toman asiento, reposan las manos en las rodillas y empiezan a cantar. Cantan como ángeles, cantos sobre el Cielo y Jesús y el amor a Dios; y el pelo se me quiere poner de punta en la nuca porque es algo sobrenatural y bellissimo y a mis oídos les resulta más grato que cualquier otro canto que haya escuchado en mi vida. El predicador se yergue en su hábito de terciopelo negro y se queda mirando con su rostro pétreo la pared del fondo de la iglesia. Nos sentimos embelesados y observo a la gente que me rodea, con su ropa elegante, algunos todavía con la ropa de faena, recién salidos de sus trabajos, todos aquí reunidos para disfrutar de esta música maravillosa.

Termina el canto. Y vuelve a empezar. No sé lo que dura. Vuelve a detenerse. Vuelve a empezar. Hasta que al final se para definitivamente.

El predicador es un hombre enorme. Se parece a Alex Haley, solo que más negro. Este hombre es negro como la medianoche. Comienza el sermón con una voz suave, nos habla de que todos tendremos algún día que despojarnos de la envoltura mortal, del mismo modo que Dwight, cuyo sufrimiento ha concluido; y que Dios nos tiene reservado un mundo mejor. Nos dice que se acuerda de Dwight en la iglesia cuando era un crío, de cómo lo vio aceptar a Jesús como su Salvador. Eleva la voz un poco y sus palabras empiezan a cobrar ritmo, comienza a moverse y nosotros comenzamos a movernos con él. Su voz se oye más fuerte y alguien dice: Amén. Alguien dice: Sí, Señor. Alza un poco más el tono y veo que la gente se mece. Esto va a ser algo digno de verse. Empiezan a gritar y a responderle, y nosotros guardamos silencio. Aquí están sucediendo dos cosas al mismo tiempo. Da la impresión de que se va a desmadrar. Enseguida el predicador se pone a gemir y su voz se vuelve estridente y poderosa y se queda como absorto en ella, todo el lugar se queda absorto en su voz, hasta yo me quedo absorto en su voz, y es lo único que puedo hacer para no ponerme yo mismo a gritar, porque ha conseguido conmoverme. El tipo es un gran predicador y tiene a toda esta gente en la palma de la mano, los está haciendo saltar y menearse y aullar: ¡Sí! ¡Amén! ¡Dilo, hermano! ¡Dulce Jesús! Cierro los ojos y me dejo inundar. Sigue y sigue y en la iglesia hace cada vez más calor y las pequeñas paredes reverberan con el

sonido de todas esas voces hasta que el predicador desacelera, como un reloj que pierde cuerda, y para entonces ya todo el mundo está llorando, yo incluido, se acabó Dwight.

Cargamos con el féretro por una colina resbaladiza, barro en los zapatos de las señoras, blancos y negros caminando juntos hacia el hoyo embarrado donde vamos a depositarlo. Nos situamos alrededor del hoyo mientras el predicador pronuncia sus últimas palabras y la mujer de Dwight llora con sus hijos. Todos llevamos una pequeña flor prendida en la solapa, nos la quitamos y la ponemos sobre la corona de flores que alguien ha dejado ahí. Descienden el féretro y lo depositan a dos metros bajo tierra. Al lado del hoyo hay un buen montón de barro vetado con cinco o seis palas incrustadas. Nadie nos lo pide, pero los bomberos cogemos las palas y empezamos a cubrir a Dwight con el barro. No es ni siquiera tierra. Cuesta desprenderlo de la hoja de la pala. A veces hay que sacudirla. Cae en grumos pegajosos, empapados, y golpean con estruendo su reluciente ataúd. Nos lleva un buen rato. Cambiamos posiciones, nos vamos pasando las palas, de vez en cuando nos tomamos un respiro. No es un lugar bonito para ser enterrado. La tierra es de mala calidad, alrededor no hay más que árboles cubiertos de maleza y hierbajos. Hace mucho calor. Seguimos paleando. Estoy fuera de servicio. Y puedes apostarte lo que quieras a que, en cuanto esté de vuelta en Oxford, lo primero que voy a hacer es quitarme la camisa del uniforme, ponerme una camiseta limpia, ir al Ireland's y meterme un buen copazo entre pecho y espalda.

Desde aquí puedo oír los chillidos de los coyotes. No lo hacen todas las noches, solo a veces, por lo general tarde, comienzan después de las once o así. Son un grupo bastante numeroso, mínimo una docena, y se ponen a aullar y a soltar sus ladriditos, por lo que todos los perros del vecindario se unen a la fiesta y en un momento se forma un barullo infernal, y no hay quien pegue ojo.

Hace dos años saqué seis cachorrillos de coyote de una vieja alcantarilla, a menos de cien metros de mi casa. Billy Ray pasó por allí y vio asomar el hocico de uno de los cachorros. Me lo dijo, fui a comprobarlo y vi exactamente lo mismo. Tardé dos días en sacarlos. Podía verlos con la linterna, todo ojos y cara y pelaje, al fondo, acurrucados en la oscuridad. La alcantarilla tendría unos seis metros de largo y estaba llena de tierra. Me llevó casi un día entero seccionarla con un hacha. Luego me fabriqué un lazo largo con un trozo de alambre y el mango de una azada, y los fui pescando uno a uno, armándome de paciencia, deslizándolo por encima de sus cabecitas y tirando con cuidado de ellos. No se quejaron en ningún momento. Ni gimoteos, ni gruñidos, ni rugidos. Un silencio absoluto. Cuando terminé me vi con seis cositas salvajes en la trasera de la camioneta, sus horribles colmillitos ya eran algo digno de verse. Capaces de matar y devorar a un perro doméstico sin el menor problema. A modo de aperitivo. Caza de perros. Hounds, pastores alemanes o caniches, es lo mismo. Siempre me he preguntado que pasaría si metieras a un pit bull y a un coyote salvaje en la misma jaula. No me sorprendería que el pit bull acabase mal. Lo salvaje es una categoría en sí misma. Lo salvaje posee una fuerza, una velocidad, una ferocidad que lo domesticado no tiene.

Los cachorrillos de coyote eran, a su modo, bastante agradables. No debían tener más de ocho semanas, pero aun así ya poseían el conocimiento innato de que lo mejor era permanecer en silencio mientras yo los iba sacando con el lazo. Y en ningún momento hicieron amago de mordirme. Al principio me puse guantes para manipularlos, pero luego no hizo falta. Me alegra

decir que no los maté, que al final se los fui dando a gente que quería domesticarlos. No lo lograron. Pero en nuestro prado hubo seis coyotes menos.

Sam se planta en el jardín y les ladra. Pero espero que sea lo bastante listo para no salir tras ellos. Lo matarían y lo devorarían en un abrir y cerrar de ojos. Y yo me pondría hecho un basilisco.

Me gusta contemplar los halcones. Me gusta ver cómo vuelan y resplandecen sobre los pastos, el modo en que despliegan sus alas y planean. Es probable que me gusten tanto por su condición de salvajes. Nada afecta a un halcón, ni el miedo, ni la compasión, ni el clima, ni el hombre. El hombre puede capturarlos, pero jamás podrá domesticarlos. Me encanta verlos posados en las copas de los árboles, con las alas replegadas, o galopando al viento hasta ganar suficiente velocidad para lanzarse a planear.

Por aquí la gente solía dispararles todo el rato, hasta que el gobierno decidió protegerlos. Ahora se han multiplicado y resulta fácil ver halcones operando en los campos y los pastos cercanos a mi casa. Denunciaría al primer lamentable hijo de puta que pillase disparando a un halcón. No estoy diciendo que te denunciaría si disparases a una cierva. Es distinto. Yo mismo he disparado a ciervas, accidentalmente, en dos ocasiones. Las dos veces estaban los machos al lado. Eso demuestra lo mal tirador que soy. Aunque la carne sea igual de buena.

Los bomberos entrenan a todas horas. No están siempre sentados en la sala común viendo S y V en HBO. Están ahí fuera con el calor, probando las mangueras, extendiéndolas a lo largo de la calle con los surtidores cerrados y sometiéndolas a una presión de veinte bares durante cinco minutos para asegurarse de que no revienten, ensayando situaciones de avance y retroceso, haciendo nudos, estudiando todos los aspectos relativos a la extinción de incendios que vienen en los manuales. Hacen simulacros, entrenan y planifican estrategias de actuación para distintos tipos de edificios, incendian inmuebles declarados en ruinas para estar preparados cuando llegue la hora de la verdad, porque tarde o temprano llegará. Hacen *rappel* desde estructuras elevadas, prenden fuegos en pozos llenos de combustible inflamable, petróleo, cetona, combustible de avión, para acto seguido extinguirlos. Hacen pesas y limpian su equipación, comprueban la presión de sus equipos de respiración autónoma, limpian las máscaras, se aseguran de que los reguladores funcionen. Tienen que estar lo mejor preparados que puedan, pero a veces ni eso basta. Llegará un momento en que tengan que enfrentarse a algo para lo que ni todo el entrenamiento del mundo te puede preparar, porque hay situaciones que no vienen en los libros, cosas sobre las que no hay nada escrito y a las que no se les puede enseñar a enfrentarse, cosas de las que hay que ocuparse sin miramientos en cuanto se topan con ellas, en plena noche, cuando la mayor parte de la ciudad duerme, o a la hora que sea.

Es tarde, pero vuelvo a estar tumbado y despierto en la cama del parque central, escuchando el soplido del aire acondicionado, los hombres que roncan a mi alrededor en la oscuridad, en la más completa oscuridad, y el débil sonido de los coches que pasan por la calle frente al parque. De pronto, un chillido que aumenta, un estruendo cada vez mayor, el chirrido de unos neumáticos que derrapan y un repentino crash seguido de silencio. Salgo disparado de la cama y corro a la oscura sala común, me asomo a la ventana y veo un coche incrustado en el gran roble que se alza en la acera de enfrente. Regreso corriendo y enciendo las luces, grito, me pongo los

pantalones y las botas, y algunos nos apresuramos a cruzar la calle con las linternas y abrimos la puerta del coche. Un joven cubierto de sangre ha atravesado el parabrisas con la cara y ha rebotado hacia atrás; es incapaz de hablar con coherencia, pero no solo por estar malherido, sino porque lleva un ciego de campeonato. Está tratando de explicarnos algo, que se trata de un error, que tampoco ha bebido tanto, y su cara es como una de esas películas de terror tan reales que no quieres ni mirar. Lo tendemos en la acera y esperamos a que llegue la ambulancia. Se cubre la cara ensangrentada con las manos ensangrentadas y se pone a llorar. Los coches desaceleran y paran, la gente empieza a salir para ver qué ha ocurrido, por qué estamos todos arrodillados así en medio de la calle.

La llamada se produce alrededor de la una de la madrugada. Los apartamentos Wayne Johnson se están incendiando. A despertar y de nuevo al lío, a toda máquina, pisándole a fondo. La temperatura se mantiene en torno a los quince grados bajo cero. Will y yo estamos trabajando fuera del Parque nº3 y estamos a un paso, solo a un par de manzanas, por lo que llegamos los primeros y en el jardín vemos a un hombre tumbado de espaldas delante del apartamento en llamas, el fuego brinca por las ventanas, los cristales ya han estallado, las llamas iluminan las sillas, las mesas y los armarios que se funden y arden en el interior. El hombre del suelo humea. Y no porque esté fumando. Es su cuerpo lo que humea.

Frenamos delante de los apartamentos y me demoro el tiempo justo para poner la bomba en marcha y echar el freno de mano, acto seguido me bajo y cargo la línea del *booster* para que Will pueda empezar a rociar el fuego. Ya oímos el aullido de las sirenas de los otros camiones que vienen en nuestra ayuda. Will saca la manguera del nuestro y la emprende con el fuego mientras yo corro a asistir al hombre que humea.

Le tomo el pulso y compruebo que respira, es obvio que no está quemado, así que regreso a la autobomba, me subo, cojo una manta de lana de detrás del asiento, vuelvo junto al hombre y lo envuelvo en ella. A continuación, regreso una vez más al camión y me comunico con la central para informarles de lo que está pasando, les pido que manden una ambulancia. Los demás camiones ya se divisan al final de la calle y vuelvo a teclear la emisora para pedirles que al llegar se conecten a una boca de incendios y nos tiendan una línea de abastecimiento. A estas alturas el fuego ya está atravesando el tejado. Lo que menos deseas es que un incendio atraviese el tejado. Por lo general, puedes dar por perdido un edificio cuando el fuego atraviesa el tejado. Los hombres de los otros parques bajan de sus camiones, tiran de sus mangueras y las conectan. En apenas unos segundos, el fuego se ha apoderado completamente del tejado. Ahora hay un inmenso y rugiente agujero amarillo. Abrimos los surtidores, plantamos las escaleras y subimos por ellas disparando agua sobre las llamas gigantescas, el agua lo inunda todo, nos cae encima y se nos congela en los chaquetones, los cascos y los guantes. Estamos congelados por detrás y quemados por delante. Nos ilumina la luz del incendio, las llamas brillantes danzan reflejadas en la resplandeciente pintura roja de los camiones en los que está escrito en grandes letras doradas: cuerpo de bomberos de oxford. Correteamos de un lado a otro como los elfos de Papá Noel, el incendio está fuera de control, los vecinos en pijama, bata y abrigo nos gritan que hagamos algo. Pero, vamos a ver, señoras y señores, a mí me parece que estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos. Lo mismo les gustaría subirse aquí con nosotros para ocuparse un rato de una manguera, así yo podría volver al camión a calentarme las manos y a echarme un pitillo. Pero este nos está dando una buena paliza. El tejado se quema del todo antes de que logremos pararlo.

Y para entonces estamos tan congelados que lo cierto es que nos la suda.

Resulta que el hombre humeante está como una cuba, y que provocó el incendio del apartamento por culpa de la borrachera y una mujer, y que el que lo sacó al exterior fue un vecino, también con un buen ciego. Perdemos el tiempo a quince grados bajo cero, empapados, durante cerca de tres horas, hasta mucho después de que se lleven al hombre humeante en el agradable calorcito de la ambulancia al agradable calorcito del hospital. Ni siquiera nos devuelven la manta.

Buena parte de las llamadas se producen en mitad de la noche. Sistemas de alarma de fábricas que se disparan. Coches que arden. Incendios que se desatan sin ser detectados porque todo el mundo está durmiendo. Gente que se emborracha, se mete en su coche y atropella a alguien en mitad de la noche. Gente que prende fogatas en contenedores de basura. En invierno, gente que intenta descongelar sus tuberías heladas con pequeños sopletes de propano comprados en la ferretería y que acaba incendiando la casa entera. Gente que pone monedas detrás de los fusibles en la caja de plomos y una noche los cables no pueden seguir soportándolo. Gente que deja que se agoten las baterías de los detectores de humo y no las cambian, o que se rocía la cabeza de laca debajo de un detector a Dios sabe qué horas y por qué motivo. Gente que sale y deja un pollo asándose a doscientos veinte grados en el horno. (Lo único que huele peor que un pollo quemado es un ser humano quemado). Camiones cisterna de gasolina que vuelcan. Coches que se salen de la carretera, se transforman en vehículos aéreos y se estrellan contra árboles. Chimeneas viejas que se agrietan dejando que el fuego se cuele entre el ladrillo y la madera. Tuberías de gas viejas con fugas debajo de las viviendas, el gas se acumula y va a la deriva hasta que da con una chispa y ¡boom! Gente, borracha o sobria, que fuma en la cama, se queda dormida y se despierta con las sábanas, el pijama y el dormitorio en llamas. Gente que incendia su coche o su casa para cobrar el seguro. Que vierte gasolina vieja en las alcantarillas de la ciudad sin saber que los gases pueden deslizarse por el sistema de ventilación de cualquier tienda, toparse con una chispa y hacer volar por los aires buena parte del sistema de alcantarillado. La gente hace cosas verdaderamente estúpidas, cosas que a un bombero le hacen sacudir la cabeza, como si pensarán que vas a estar encantado de trepar a un árbol de veinticinco metros para rescatar a su gato, porque no tienes nada mejor que hacer en ese momento.

Una noche estamos sentados en la sala común del parque de bomberos viendo la tele, comiendo algo, bebiendo café, charlando, echándonos unas risas. El teléfono de avisos suena y, de pronto, se hace un silencio mortal. Anderson, uno nuevo que no es de por aquí, coge el teléfono y responde, escucha, sonrío, luego se le escapan unas risitas, se carcajea, cuelga el teléfono y sigue viendo la tele.

Wall dice: ¿Y bien? A Anderson le vuelve a entrar la risa. No aparta la vista de la pantalla del televisor en ningún momento. Lo que sea que le acaban de decir por teléfono ha tenido que ser la monda.

Un gilipollas, dice sin dejar de reírse. El tío va y me suelta: Me llamo Irvin Stepp y vivo en la Carretera Lagarto y mi casa está en llamas.

Se descojona.

Carretera Lagarto, repite. Como si existiera un sitio con ese nombre.

Nos quedamos helados un segundo. Anderson vuelve a descojonarse. Acto seguido, los

demás nos levantamos de un brinco, nos ponemos la equipación y arrancamos los camiones porque conocemos perfectamente a Irvin Stepp y sabemos donde está su casa en Carretera Lagarto.

El camión está cargado de ramas para pasta de papel, algunas tiradas por la carretera y otras desperdigadas por la cuneta, unas cuantas han invadido la cabina donde está el hombre. Es por la tarde, verano, y no hay urgencia. El camión está encajado con el morro hacia abajo junto a un conducto de drenaje bastante elevado, las ruedas traseras casi posadas en el asfalto. La mayor parte de la carga se ha desplazado hacia la cabina aplastando el asiento contra el volante, fragmentando el cristal y atascando las puertas. Son varas de pino, de no más de treinta centímetros de diámetro y una longitud aproximada de metro y medio, iban camino del depósito de madera para pasta de papel, donde las medirían para su posterior venta.

Los de tráfico intentan que pasen algunos coches para que el embotellamiento no vaya a peor. Los accidentes y el tráfico detenido en carreteras de dos vías provocan nuevos riesgos, como el de vehículos que coronan una subida y se topan de repente con una fila de coches atascados. Pone muy nerviosos a los de tráfico, así que, siempre que sea posible, intentan que el tráfico fluya.

La ambulancia se ha hecho a un lado, los sanitarios aguardan con paciencia junto a la camilla rodante. Nosotros entramos y salimos de la cabina donde está el hombre, tratando de mover las cosas, tratando de liberarlo de parte del peso. Algunas ramas pesan más que otras y las desplazamos lo mejor que podemos. Yo estoy familiarizado con estos trozos de madera flagrante y recién cortada. Me traen a la memoria el bosque, la sombra, arboledas frescas, pájaros. A veces, en mis días libres, corto madera para pasta de papel con mi hermano, talamos los pinos altos, almorzamos en el bosque, serramos los árboles en secciones de metro y medio, cargamos los pedazos a mano en el camión de mi hermano, un camión de una tonelada, muy parecido a este.

Una vez que hemos apartado la madera, lo más fácil, lo más sencillo, teniendo en cuenta que la distancia entre el volante y el asiento es de apenas unos centímetros, es recurrir al cortapernos grande, el de metro veinte, y abrir las hojas del todo sobre el borde del volante para luego, entre dos hombres, juntar los mangos y atravesar el revestimiento de plástico hasta el anillo metálico que forma la base del volante, cortándolo por dos puntos. Con eso eliminamos la presión y el hombre se vence hacia delante sobre lo que queda de volante. Alguien va a recibir una llamada, lo mismo ya la ha recibido.

Tiramos del cuerpo, lo alzamos y procuramos que no roce metal dentado ni cristal mientras luchamos contra el duro declive de la cuneta, lo sacamos, el hueso roto acaba rechinando un poco, lo abrazamos y lo depositamos sobre la hierba corta que bordea el asfalto caliente.

El público que, como siempre, se ha reunido para curiosar, ahora guarda silencio, vigilante, respetuoso por una vez frente al rostro de la muerte.

Trato de no mirarlo, pero al final no puedo evitarlo. Lo cubrimos lo más rápido posible con una manta, porque no es decente dejarlo expuesto a la vista de todo el mundo.

El camión de dieciocho ruedas que le salió al encuentro está al ralentí en el lado izquierdo de la carretera, el conductor se estremece, llora, le entran náuseas por lo que ha causado, sabe mejor que ninguno de los presentes lo difícil que es detener un camión cargado en una pendiente cuesta abajo.

Los auxiliares se acercan con la camilla y la sitúan junto al bulto envuelto en blanco. Todos sudamos por el calor. Los mirones no pierden detalle, pero mis ojos no se cruzan con los suyos. Me agacho junto al cuerpo y lo arropo más estrechamente con la manta, luego entre cuatro o cinco lo abrazamos para levantarlo. Hacen falta tantos porque esta increíblemente destrozado y tenemos que tratar de preservar, en la medida de lo posible, su dignidad humana.

Los de tráfico siguen supervisando que los coches vayan circulando mientras lo subimos a la camilla. Todos los rostros se vuelven a mirar por las ventanillas cuando pasan lentamente a nuestro lado. Los policías han sudado la camisa. Quieren que nos demos prisa y poner punto final.

Las puertas traseras de la ambulancia están abiertas y hay un riel cromado atornillado al suelo de la ambulancia con un enganche al lado. Alzamos la camilla, la empujamos hasta que queda trabada en la vía, tiramos hacia el fondo y la soltamos.

Las puertas de atrás se cierran de golpe. Esta vez los dos auxiliares irán delante. Se suben, las puertas delanteras se cierran de golpe. Los rotativos están puestos, aunque no activarán la sirena de vuelta a la ciudad. La radio grazna y nos llega el crepitar de la transmisión al ponerse en marcha. Los policías se despiden con la mano de los sanitarios. La ambulancia sale.

Los coches continúan arrastrándose a paso de tortuga, pero no tardaremos en retirar los restos y el tráfico volverá a los noventa kilómetros por hora. Se acerca la grúa. Nos quitamos los guantes y uno de mis compañeros, que morirá en un accidente años después, abre el surtidor y bebe de la manguera. El tanque de agua del camión contiene TankSavr, un anticorrosivo.

Le digo que no se beba esa agua, que podría matarlo.

Se desata el infierno en la emisora desde el Parque nº2, una caravana incendiada en un cruce de tres vías, hora del almuerzo, la comida servida en la mesa, lluvia, carretera mojada, tened cuidado, sobre todo en las curvas. La caravana parece ya medio destruida cuando llegamos (siempre es así), pero nuestros motivados hombres reducen el fuego con las mangueras y enseguida podemos entrar, ningún muerto, ningún quemado, una familia que se queda sin techo, eso seguro, y un cachorrillo muerto en el suelo, una cosita marrón, muy triste, la mascota de alguien, me imagino. Rick y Rob recogen el animalillo empapado y muerto y lo sacan a la escasa luz del cielo, miramos sus ojos, vidriosos, evacuación intestinal, signos evidentes de muerte, de acuerdo, pero ahí tenemos nuestra furgoneta con las sierras eléctricas, las luces halógenas, las cuerdas, el equipo de *rappel* y el oxígeno, y Rick dice: Metámosle un chute.

Un par de personas se encienden un pitillo, menean la cabeza. Mierda, ese puto perro está muerto, Rick; pero Rob y él sacan la bombona de oxígeno, abren la válvula, deslizan el tubo por la boca del cachorrillo, se la dejan metida unos segundos y el vidriado comienza a desaparecer de sus ojos. Oye, mirad esto, decimos, y nos reunimos a su alrededor. Se le alzan y se le bajan las costillas una vez. Big Rick se sienta en el linóleo del suelo de la furgoneta, mece al cachorrillo en su regazo, lo acaricia un poco, sigue con el equipamiento de protección puesto y con la gorra del Cuerpo de Bomberos de Oxford, y el cachorrillo emite un sonido a medio camino entre un ladrido y un gáñido, escupe humo como si estuviese disfrutando de un Marlboro, acto seguido vuelve a tomar aliento. Así que muerto, ¿eh?, dice Rick, y comienza a formarse una pequeña multitud a nuestro alrededor. Rob sonríe sentado y masca su chicle. Iba a ir a pescar, pero se puso a llover y pasó esto. Al cabo de un momento, el cachorrillo comienza a soltar ladridos e intenta alzar la cabeza, se pone a aullar como el fantasma más viejo del mundo y nos

imaginamos que está reviviendo el incendio.

Has logrado volver al mundo, muchacho, le decimos.

Poot Man y yo estamos en la ventana del Parque de Bomberos nº3 una bonita mañana de domingo y vemos a un joven descamisado que viene andando desde el puente. El joven va dando brincos y agitando los brazos, soltando alaridos. Abro la ventana y, a medida que se va acercando, se pueden oír perfectamente las mil variantes de ¡Hijos de puta! que va lanzando contra esta feliz mañana primaveral de ir a misa. ¿Qué le pasa a ese capullo?, se pregunta Poot Man. Yo creo que no es más que un puto descerebrado, le digo. Vemos que se aproxima y que en el camino se agacha a recoger una botella de Coca-Cola. Un coche con dos niños se detiene en el semáforo en rojo que hay al lado del parque, justo enfrente del joven que ahora está armado con una botella de Coca-Cola.

Va a estrellarles la botella de Coca-Cola contra el parabrisas, digo. Pero no. Simplemente la lanza a sus pies contra el asfalto y se hace añicos. Salta y grita, sacude los brazos. No podemos ni imaginarnos qué es lo que le cabrea tanto. Espero que no venga a darnos la tabarra, dice Poot Man. Lo mismo tendríamos que apartarnos de la ventana, digo. Y entonces veo el coche patrulla que baja por la calle a toda velocidad, sin las luces. Mira eso, digo.

El joven loco ve a la policía más o menos al mismo tiempo que nosotros y se calma. El coche disminuye la marcha, pasa a su lado y se detiene a unos seis metros, se baja un agente que conozco, el agente Bob, empuñando lo que parece un Colt 45 chapado en níquel junto a la cadera, sin mostrarlo, medio agazapado. Le oigo decir: El culo al suelo. El joven se arrodilla cuando Bob se le acerca. Las manos a la cabeza, dice Bob. El joven obedece y parece un prisionero de guerra. Se pone a llorar, dice algo acerca de su hermano. Bob enfunda el arma y lo esposa. Ahora el joven se muestra extremadamente cooperador y educado. Bob lo mete en el asiento de atrás. No hay nada como un buen policía cuando uno lo necesita.

Me duele en lo más hondo tener que escribir ahora sobre la muerte de Sam. Murió mientras yo pasaba la noche en la Universidad de Notre Dame, a donde tuve que ir a hacer una lectura. Se vio involucrado en dos peleas con un chow chow negro a causa de una perra que estaba en celo. Quedó muy malherido en la primera pelea, no sobrevivió a la segunda.

Apenas unos días antes de marcharme a South Bend, me di cuenta de que andaba correteando detrás de una pequeña cocker spaniel de uno de mis vecinos. Me imaginé que estaría en celo como, en efecto, resultó ser. Un día pasé con el coche y Sam salió trotando a la carretera a recibirme. Le dije que no saliese de esa manera a la carretera y que no tardase mucho en volver a meter su culito en casa. Supe que era un perro feliz, porque así lo parecía, y también supe que a lo mejor, por fin, después de tanto tiempo, iba a conseguir mojar el churro con aquella cocker spaniel, así que me alegré por él.

Pero el sábado por la tarde los niños lo trajeron a casa bastante maltrecho. Tenía el cuello empapado por donde el chow chow lo había atacado, estaba encogido y apestaba. Se quedó ahí plantado, bajo la marquesina del garaje, hecho una pequeña bola miserable, tembloroso. Tenía muy mala pinta, pero en ningún momento pensé en llevarlo al veterinario. Ya se había metido antes en peleas y siempre se había curado solo sin problemas. Le dije a los niños que lo metieran en la caseta y que no lo dejaran salir. Olía demasiado mal para meterlo en casa.

Tenía que coger un vuelo temprano con destino a Memphis a la mañana siguiente y, como

siempre, me llevó Mary Annie al aeropuerto. No pudo acompañarme a la puerta de embarque por la amenaza terrorista y el endurecimiento de las medidas de seguridad durante la Guerra del Golfo, así que nos tuvimos que despedir en la terminal. Llegué a South Bend ya bien entrada la tarde, con solo cuarenta y cinco minutos para ducharme y vestirme antes de ir a cenar con una gente y luego hacer mi lectura. Después hubo una fiesta, como siempre, y ya era casi medianoche cuando regresé al hotel del campus. Un par de chavales de la universidad aparecieron justo cuando me disponía a entrar, querían seguir charlando un rato, así que los invité a echar un trago en mi habitación.

Tenía la cabeza más en casa que en cualquier otra cosa mientras hablaba con aquellos chicos. El sitio a donde me tocara ir no tenía más importancia para mí que la del dinero que iba a recibir. A veces sentía que no era más que una furcia cara. Estaba disponible, hacía mi bolo y pasaba por el aro, siempre que todo eso viniese acompañado de un cheque y unos billetes de avión. De lo contrario, me quedaba en casa.

Nunca llegué a ir a la universidad y me sentía como un extraño cuando me invitaban a una. Lo único que había hecho era encerrarme a escribir en una habitación durante diez años. No me sentía capacitado para soltarles consejos a escritores en ciernes, y criticar sus manuscritos me gustaba aún menos. Siempre había algo tan horroroso, tan malo, escrito por alguien sin la más remota idea de lo que se supone que tiene que contener un relato, que resultaba casi imposible encontrar algo bueno que decir sobre su trabajo. Esa era la parte que no me gustaba. Lo que sí me gustaba era plantarme ante cerca de doscientas personas, leerles uno de mis relatos y ver cómo reaccionaban. Aquella noche tenía uno nuevo, uno largo, uno en el que había estado trabajando casi un año, uno que me había llevado casi una hora leer, así que ya estaba harto de hablar.

Al final los estudiantes se fueron. Es probable que yo precipitara su marcha cuando empecé a servirles Coca-Cola en lugar de whisky con Coca-Cola, una sutil indirecta para advertirles de que ya era tarde y que estaba cansado. Probablemente ya les había dedicado más tiempo del que se esperaban. Les deseé buena suerte con su obra.

A la mañana siguiente, bajé al comedor y desayuné a lo grande, luego me demoré con el café y el tabaco. Me encanta el café y me encanta fumar, aunque soy perfectamente consciente de lo malo que es. Mi cuerpo envejece y puedo sentir que los estragos del tiempo son mucho más agudos ahora que hace veinte años. Dejar de fumar no me haría feliz, porque siempre va a haber algo que no voy a poder poseer. Pasa lo mismo con la bebida. He visto a mucha gente destrozada por el alcohol, y la sigo viendo, conozco los males que encierra, los he padecido en persona muchas veces.

Casi siempre que me he visto metido en problemas ha sido a causa del alcohol, ya fuese problemas con la ley, peleas de bar o lo que fuera, porque el whisky me vuela la cabeza, así que necesito mantenerme apartado de él, a no ser que haya alguien cerca que pueda sujetarme las riendas y ocuparse de mí, aunque no hay nada que disfrute más en el mundo que, ya bien entrada la tarde, en verano, meterme en mi camioneta y pasarme una o dos horas en la carretera, bebiéndome una cerveza, contemplando los campos y el cálido horizonte donde el sol acaba de ponerse, escuchando a Otis Redding, a ZZ Top o a Leonard Cohen, mirando el paisaje. Me gusta la tierra donde nací y nunca me canso de admirar el cambio de las estaciones y del clima, o los halcones que se posan en las copas de los árboles, los conejos que cruzan a saltos la carretera, los mapaches que se agrupan en primavera para aparearse, o más tarde, por la noche, los búhos que

vuelan bajo sobre las zanjas y que iluminas con los faros, en la carretera, con un ratón atrapado entre sus garras, búhos que te fulminan con una mirada de odio antes de reunir sus presas y abalanzarse de nuevo hacia la noche oscura y lluviosa con sus enormes alas batientes.

Me acabé el café, volví a mi habitación, llamé a la oficina de MA y me enteré de que ella y Shane habían tenido un accidente y los habían llevado al hospital. Todo se me vino abajo en un instante. Traté de mantener la calma, pero lo único que pude sacar en claro fue que habían tenido un accidente y que los habían llevado al hospital en una ambulancia. Se me quedó la mente en blanco. Era incapaz de recordar cualquiera de los números de teléfono que necesitaba. Intenté llamar a mi madre y no estaba. Intenté llamar a la madre de MA y tampoco estaba. Las dos habrían ido al hospital, claro. No podía acordarme ni de los números del parque de bomberos. El único que me venía a la cabeza era el de la librería Square Books, de Oxford, así que llamé a Richard Howorth, le dije dónde estaba y lo que había ocurrido, le di mi número, le pedí que se enterase de todo lo que pudiera y que me llamase con lo que fuera. Luego me senté junto al teléfono a esperar.

Fue un rato horrible, aquella espera. No me podía sacar de la cabeza que uno había muerto, puede que los dos. Todos los muertos que había visto en las carreteras, los cuerpos que había sacado de los coches. Sabía que no tenía que pensar en eso y me quedé ahí sentado, ansioso por que sonase el teléfono. Sonó. Era Richard, me dijo que había hablado con una enfermera del hospital reacia a darle información, siempre una mala señal. Me dio el teléfono del hospital y llamé, al final me pasaron con mi hermano, que estaba en la sala de espera, y me contó que MA y Shane se habían magullado un poco, que no estaban heridos de gravedad.

Ya casi era la hora de reunirme con mi clase, pero tenía otros planes. Bajé el equipaje y le conté lo que había pasado al grupo que me estaba esperando, les pedí que me llevasen al aeropuerto lo antes posible. Tenía un billete para las tres y quería cambiarlo por uno para un vuelo anterior.

Perdí uno de United por cinco minutos y no pude comprar uno de Northwest que ya estaba con sobreventa. Tuve que aguantarme con el billete que ya tenía y esperar al vuelo de las tres. Me pasé casi todo el tiempo en el bar bebiendo whisky y llamando por teléfono. Por fin pude comunicarme con MA y hablé con ella un rato. Tenía el pecho bastante amoratado y a Shane se le había soltado el cinturón de seguridad, se había golpeado con el parabrisas y le había salido un chichón enorme en la cabeza, pero no tenían cortes ni huesos rotos. Me prometió que estaban bien y luego me dijo que había algo que me tenía que contar. Fue entonces cuando me contó que Sam estaba muerto. Se había escapado de la caseta y se había vuelto a pelear con aquel chow chow.

Lo llevó al doctor Harlan, nuestro veterinario, que puso a Sam sobre una mesa, le afeitó el cuello y descubrió una docena de enormes cortes en la garganta; hizo todo lo que estuvo en sus manos. Me dijo que ella se pasó todo el rato dando vueltas por la sala mientras él hacía su trabajo, y que Sam no le quitaba los ojos de encima, me dijo que parecía estar rogándole con la mirada, como intentando decirle: Por favor, ayúdame. Y entonces murió.

Puede que fuera el whisky lo que me hizo ponerme a llorar en un lugar público, en un aeropuerto en South Bend, Indiana, con toda la gente mirando y la nieve cayendo. Puede que me sintiera tan lleno de alivio por que estuviesen bien que no pude sobrellevar la carga extra de perder a Sam. Sabía que me quedaban aún unas seis horas para llegar a casa y tenía que atravesar y vivir esas seis horas, porque no había manera de acortarlas.

Al final, las horas se largaron a alguna parte. Logré atravesarlas. Richard me recogió en el aeropuerto de Memphis y a las ocho y media de aquella noche entré en casa. Me perdí hasta el funeral. Billy Ray ya lo había enterrado bajo la sombra de un buen árbol, en la pradera. Entonces no quiso hablar de ello, tampoco lo hará ahora.

En el bosque hace frío. Me siento en lo alto de un árbol y el sol se alza con una lentitud increíble a mis espaldas, tengo los pies helados dentro de las botas y las manos rígidas por lo fría que está la escopeta.

Las ardillas jueguetean por el suelo, a mis pies. Suben y bajan de los árboles, un búho planea al acecho por encima y las ardillas se ocultan bajo las ramas hasta que el búho pasa de largo. Lo observo todo y tiritito en mi árbol. Quiero un sistema que lo haga más fácil, algo así como un localizador de ciervos que puedas llevar enganchado al cinturón y te avise cuando se acerque uno y puedas estar preparado sin tener que pasarte horas sentado, inmóvil y congelándote el trasero. Incluso he empezado a dudar de que queden ciervos en este bosque, pero la zona revuelta junto a la que he construido el puesto de avistamiento presenta huellas enormes de pezuñas y la tierra está húmeda donde uno de ellos ha parado a orinar, luego se ha dedicado a patear el suelo y ha hecho trizas un matorral con los cuernos.

Pero no va a volver para comprobar si alguna hembra en celo ha visitado sus marcas. Es enorme y viejo, y sabe muy bien cuándo se abre la temporada porque ha vivido el tiempo suficiente para ser consciente de que cuando el clima se enfría y se oyen los motores de las camionetas y los *quads* en el bosque, es que los hombres andan tras sus pasos, y ya ha dado con pequeños escondrijos donde ocultarse durante el día, pequeños grupos de arbustos donde a nadie se le ocurriría mirar, y solo saldrá cuando el sol se ponga y los hombres se hayan largado del bosque. Puede que ya le hayan disparado antes. Quizá lo abatieron y brincó hasta ponerse a salvo, se curó y aprendió. Ya ha estado aquí. Lo prueban las huellas y la orina, los arbustos destrozados donde se ha restregado para quitarse la borra aterciopelada que le pica en los cuernos, pero ya no, ahora aquí estoy yo solo.

Me bajo del árbol. Tengo los pies como muertos, ni los siento; hago una pequeña fogata en el suelo a cierta distancia del puesto de avistamiento después de dar con un nudo de pino del que desprendo virutas naranjas que meto bajo un hatillo de palos pequeños y grandes, prendo las virutas y me caliento las manos sobre las llamas, en cucullas, tiritando y esperando que salga el sol. Nunca se alza tan lento como cuando estás sentado en un árbol esperando que se digne a salir y te caliente.

Me bebo lo que me queda de café frío. Me fumo un cigarrillo. Y me vuelvo a poner las botas, los calcetines humean a causa del fuego, dejo la Marlin medio amartillada y me abro paso por el bosque. Puede que avance a cuatrocientos metros por hora, puede que menos. Me paro, escucho y miro. Caparazones de tortugas viejas en mitad del bosque, muertas y blanquecinas. Un montón de rastros de ciervo todavía húmedos y frescos. Me agacho y los palpo. Los inmensos robles y el terreno sobre el que se alzan han sido despejados por pezuñas de ciervo en busca de bellotas. En años anteriores he llegado a ver ardillas escurriéndose entre sus patas, todos se alimentaban a la vez, sin importunarse, es una suerte poder ser testigo de algo así. Lo más probable es que el ciervo me esté observando. Son ellos los que viven en el bosque, no yo. Yo no soy más que un intruso, vengo a intentar matarlos en su propio hogar.

La mañana se ha quedado fría. Camino despacio. Me paro a menudo, me quedo inmóvil,

miro y escucho. Atento a cualquier movimiento, hago lo mismo que hacen ellos. Cruzo un pequeño camino de tierra y me meto con cuidado entre los jóvenes pinos que lo bordean, mis pies se vuelven silenciosos sobre la pinocha húmeda. Veo otras zonas revueltas, más arbustos retorcidos y despedazados. Están aquí. Tienen vastas reservas de paciencia. Permanecerán inmóviles y me dejarán pasar. Avanzo de cara al viento.

El sol sale y hago un alto en una ladera empinada desde donde se divisa una gran hondonada de frondosas con un pequeño arroyo al fondo. Es muy fácil desalentarse. Planificarlo tanto. Levantarte dos horas antes de que amanezca, prepararte el desayuno mientras todos los demás duermen, Mary Annie y los dos chiquillos, Billy Ray, de cinco, y Shane, que acaba de nacer, despatarrados y dormidos en sus camas. Café en la cocina, desenfundar el cuchillo de caza y probar el filo sobre las sobras de los huevos para ver si hace falta afilarlo.

Avanzo por la espesura y veo que nada se mueve en la hondonada, hora de sentarse, de tomarse un respiro, de echarse un pitillo y descansar.

El suelo está húmedo y helado y se me moja el culo. Me siento a fumar con la escopeta en el regazo. A mis pies, en el arroyo, veo moverse unos cuernos amarillos, dejo caer el cigarrillo de mis dedos y lo miro. Está ahí plantado, tanteando el aire con su hocico. La mancha blanca del cuello, la cola relajada, en absoluto alarmado. Cuento las seis puntas de su cornamenta y, en cámara extralenta, alzo la escopeta desde las rodillas al hombro mientras él balancea los cuernos, quieto en el arroyo, en su mundo, sin saber que estoy aquí. No le miro a los ojos negros. Eso le alarmaría y saldría huyendo. Ya ha salido el sol y son las diez y media cuando pongo el punto de mira en su pecho. Acomodo el ojo en la mira, pequeños matorrales de hojas muertas decoran la radiante mancha de pelo blanco que le sube desde el vientre. Muevo el percutor hacia atrás para amartillarlo del todo. Quiero matarlo de un solo tiro. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida, aparte de mis hijos. El punto de mira permanece fijo en su pecho y trato de tranquilizarme. Me acuerdo de los días en Parris Island, cuando nos dijeron que nos quedásemos quietos y apretásemos el gatillo, que no temiésemos el retroceso de la escopeta. La sostengo con firmeza y toco el gatillo con suavidad, disparo, estruendo y cachetazo de la culata, simultáneos, y el animal cae derribado. Se pone a patear con fuerza sobre la hojarasca. Introduzco otro cartucho en la recámara y vuelvo a apuntarle al pecho. Patea con violencia, revolviéndose sobre las hojas. Pero no creo que vaya a levantarse. No quiero volver a dispararle. Ya me ha resultado demasiado doloroso dispararle la primera vez.

En menos de diez segundos deja de moverse. Mantengo la mira en su pecho y observo. Dios mío. Lo he matado. Yace muerto.

Vuelvo a poner la escopeta a medio amartillar y voy a su encuentro. Está enmarcado por una resplandeciente mancha soleada sobre las hojas pardas, con la brillante sangre roja derramándose desde el agujero del pecho por donde ha penetrado el proyectil Winchester de once gramos que le ha revuelto los pulmones y el corazón. La cabeza apuntalada por la cornamenta, los ojos vidriosos comienzan a apagarse y pierden su brillo.

Primero descargo la escopeta, expulso los cartuchos del cargador y de la recámara, la vacío para que no haya ningún peligro. La dejo a un lado, apoyada en un tronco. Me siento a su lado y palpo su abundante pelaje, acaricio su piel parda grisácea. Me fijo en el nido de pelo blanco del vientre, y le miro los cuernos. Es el más grande que he matado en mi vida. Ha sufrido un poco. No mucho. Se sintió confuso y después murió. No muy distinto a Sam, años después. Ojalá fuese así para todos cuando llegue el momento.

Desenfundo el cuchillo. Le doy la vuelta para ponerlo boca arriba. Le corto los testículos y penetro en su cavidad corporal deslizando la hoja entre dos dedos extendidos para evitar abrirle las tripas, hasta el pecho, donde la protuberancia del hueso que divide las costillas me impide seguir. Macheteo el cartílago y lo secciono hasta la garganta, luego retrocedo a los cuartos traseros y corto con mucho cuidado alrededor del ano, lo extraigo con el puño y lo amarro con una tira de tela que corto de mi camisa. Sería mucho más fácil si tuviese a alguien que me ayudara, pero no me importa hacerlo solo. No se oye más que el viento en los árboles mientras hago de rodillas todo lo que tengo que hacer. El diafragma mantiene los órganos respiratorios apartados de los digestivos, y lo rebano con el Schrade. Vuelvo arriba, a la garganta, y le corto la traquea antes de tirar de las tripas y los órganos para arrancárselas. Saco agua del arroyo con la gorra y lavo la cavidad. Ya está eviscerado. Me lavo las manos ensangrentadas.

Me siento a contemplarlo mientras me fumo otro cigarrillo. El día se ha ido calentando y son poco más de las once. Me termino el cigarrillo, me llevo la escopeta al hombro y agarro al ciervo por un cuerno. Comienzo a arrastrarlo.

Descendemos unas laderas y subimos otras, calculo que pesará unos setenta kilos, un ciervo grande para Mississippi. Siento la dureza del cuerno en la mano, me hace daño y tengo que parar a menudo para descansar. Me acaloro y empiezo a quitarme ropa. La temperatura debe rozar los diez grados. Continúo tirando de él sin darme por vencido, me desvisto todo lo que puedo y me voy colgando la ropa en el hombro, pero sigue sin ser suficiente. El corazón se me empieza a acelerar. Me late más fuerte que nunca. Me detengo y nos tendemos el uno junto al otro sobre las hojas muertas. Me llevo un dedo a la muñeca, consulto el reloj y me mido el pulso, ciento treinta pulsaciones por minuto. Descanso, tiro otro poco, descanso de nuevo, tiro otro poco, cargo con la ropa y la escopeta, las moscas han empezado a revolotear sobre el cadáver y yo lo arrastro hasta coronar la última colina donde me aguarda la Chevy 67 de mi suegro, dejo la escopeta en la cabina después de volver a comprobar que está descargada, y con las pocas fuerzas que me quedan subo al ciervo a la caja y conduzco hasta la carretera que lleva a la Capilla de Vallis, una pequeña iglesia en lo más profundo del bosque donde una vez se celebraron misas y entre cuyos bancos silenciosos caminé un día y vi un avispero de casi medio metro y un búho pequeño posado en una repisa que al verme extendió sus pequeñas alas pardas para salir planeando sin hacer el menor ruido hasta perderse en la luminosidad del verano.

Me llevé el ciervo a casa y le hicimos unas cuantas fotos. Hay una que aún conservamos, en ella salgo yo con mis botas camperas alzándole la cabeza por los cuernos, dos cachorrillos que luego morirían de parvovirus hacen cabriolas a su alrededor, el pelo me tapa la cara, un tipo mucho más joven que el que está escribiendo esto. Fue hace diez u once años. Y no he vuelto a matar otro ciervo desde entonces. Habrá gente que probablemente no se crea que estas cosas son lo más parecido que hay a una experiencia religiosa. Pero aquel día yo sentí a Dios en el dedo que apretaba el gatillo, en el modo en que el ciervo alzó los cuernos y evaluó el viento tratando de olerme y de localizar el lugar donde estaba sentado completamente inmóvil y reducido contra aquel arbolillo, fumándome un cigarrillo, casi a punto de irme a casa.

Veo a esa gente que merodea por los contenedores. Veo sobresalir sus cabezas mucho antes de llegar con mis bolsas de basura. Por lo general, cuando veo gente metida en los contenedores, paso de largo y vuelvo más tarde. Si te paras, te abordan y quieren saber si llevas latas de Coca-

Cola o de cerveza, y si llevas te piden que las dejes en la parte de atrás de sus camionetas en lugar de tirarlas a los contenedores.

Nota: Por las tardes suelen llegar andando hasta los contenedores que quedan por encima de su casa un hombre y una mujer que viven en la antigua Autopista 7, él con una bolsa de plástico al hombro y ella en pantalones cortos, siempre con pinta de estar un poco ida o a punto de ofenderse porque se descubra lo que se traen entre manos. Tienen una bonita casa de ladrillos de tamaño medio. Ninguno parece discapacitado. Ella espera junto al contenedor con infinita paciencia mientras él manosea por dentro, dando zarpazos entre la mierda con la misma infinita paciencia. Por lo visto van todos los días, como lecheros o como carteros.

Nota: Una tarde me acerco a los contenedores con algo de basura y una bicicleta que ha desechado uno de mis hijos. Hay negros por allí, pescando en el río, vagando por los contenedores. Los acompañan algunos niños con pantaloncitos rotos y camisetas sucias. Muchas coletitas amarradas con hilo blanco en el pelo de las chiquillas. Alzo la bicicleta vieja por encima de mi cabeza al sacarla de la camioneta. No está muy estropeada. La cadena está oxidada y tiene una rueda pinchada. Aparte de eso, seguro que aún se puede montar. Me dispongo a meterla en el contenedor y una de las señoras me dice: ¿Señor? Señor. Me detengo. ¿Va a tirar esa bicicleta?, me dice. Sí, le digo. La miro. Sigo sosteniéndola por encima de mi cabeza. Parecen temerosos, intimidados. ¿La quiere?, le pregunto. ¿Usted no?, dice ella. La planto en el suelo. Los niños no le quitan ojo de encima. La miran fuerte, pero sin emitir el menor sonido. Es una bicicleta pequeña, modelo infantil, y en su día fue azul, ahora es azul oxidado. Lo mismo era de LeAnne. Lo mismo de Shane. La madre se acerca y le ofrezco la bicicleta, se la cedo y ella la coge y la revisa. No está muy estropeada, le digo. Hay que arreglar la rueda pinchada. Y poner un poco de aceite en la cadena. Puede echarle un poco de WD-40 y ya verá cómo se suelta. Sí, señor, dice ella. Nos la quedamos seguro. Entonces se acercan los niños, con muchos Ooohs y Aaahs de admiración. Se retiran formando un grupito con su madre, palpando la bici, hablando entre sí en voz baja, asintiendo, aprobando, comienzan a sonreír.

Estamos entrenados para salvar vidas, y eso es lo que tratamos de hacer. Una vez al año, todos los años, nos imparten un curso de RCP. Viene a enseñarnos un agente del Departamento de Policía de Oxford, nos echamos al suelo con una muñeca traída de Suecia, o de vete tú a saber dónde, que se llama ResucitAnnie y hacemos prácticas con ella, despejamos sus vías respiratorias, le hacemos la RCP solos o en pareja, también practicamos con un muñeco bebé, pero no tiene nombre, nos limitamos a llamarlo el Muñeco Bebé.

Aprendemos a hacer la Maniobra de Heimlich, que ayuda a la gente a expulsar el bistec, y hacemos chistes. Asistimos al curso de Primeros Auxilios de la Academia de Bomberos del Estado y lo aprendemos todo, desde los métodos de extracción a la toma de la presión arterial, pasando por la asistencia de partos. Uno nunca sabe cuándo va a tener que recurrir a cualquiera de esas cosas.

Nota: Shane Brown, de unos cuatro años, se traga un trozo de filete en el Dino's Pizza Parlor, deja de hablar y se lleva las manos a la garganta. Lo saco de la silla, lo pongo boca abajo sobre mi antebrazo y lo golpeo con fuerza entre los omóplatos para que expulse la carne. No sale. Lo

mantengo colgado, lo sacudo, que le den por culo a los mirones. Continúo golpeándolo entre los omóplatos y, al final, escupe el trozo de carne. Un altercado sin mayor importancia tras el que volvemos a sentarnos a la mesa como si nada.

Nota: LeAnne Brown, de unos cinco años, se traga una uva grande en la mesa de la cocina de mi madre, deja de hablar y se lleva las manos a la garganta. La cojo en brazos, le doy la vuelta y empiezo a golpearla entre los omóplatos. Tose y le entran arcadas, pero la uva no sale. Comienza a babear. Sigo golpeándola y sigue sin salir. La niña se está ablandando entre mis brazos y la uva sigue negándose a salir. Le meto el dedo en la garganta para intentar despejarle las vías respiratorias, pero la tiene alojada en lo más hondo. No quiero matarla a base de golpes en mi intento de salvarle la vida. Vuelvo a colgármela del antebrazo boca abajo y sigo golpeándola entre los omóplatos; todo el mundo se ha puesto a chillar. Yo no sé ni lo que digo, pero algo digo, lo mismo hasta me he puesto a rezar en voz alta, lo mismo no. Ella tose y la uva cae y rueda por el suelo. En un momento se encontrará bien. Come con más cuidado, cariño, le digo.

Nota: Mary Annie Brown, de unos treinta años, se está comiendo un filete en la cocina de la casa de la abuela, deja de hablar y se lleva las manos a la garganta, al momento pega un brinco y corre hacia el porche trasero, conmigo detrás. Se para junto a un poste y se apoya con la mano, se dobla por la cintura y comienza a sacudir los brazos y las manos, sin decir nada. Llego por detrás, le planto el puño contra el estómago, justo por debajo de las costillas, lo recubro con la otra mano y presiono hacia arriba, a conciencia. El trozo de filete sale disparado de su boca y aterriza en la oscuridad del jardín. Ella se vuelve hacia mí y nos quedamos un rato apoyados el uno en el otro. Vuelve a menear la mano delante de su cara.

Come con más cuidado, cariño.

Nota: Uno de nuestros capitanes está en el Sizzlin' Steakhouse de Tupelo y el bebé de una señora empieza a ahogarse con algo. La señora se pone de pie y empieza a soltar alaridos y a darle sacudidas al bebé, se ha puesto histérica porque el bebé ha dejado de respirar. El capitán se levanta de su mesa y cruza el local, le quita el bebé de las manos, se lo cuelga del brazo y lo golpea suavemente entre los omóplatos. Sale lo que sea que tenga el bebé en la garganta, la mujer vuelve a agarrar al bebé y se va a toda prisa del restaurante sin decir nada.

Nota: Unos compañeros de otro turno se ponen a trastear para matar el aburrimiento, por pura diversión, sin mala intención, y no se les ocurre otra cosa que atar a uno de los encargados de los surtidores a una silla rodante con varios metros de cuerda para, acto seguido, empujarlo hacia el tráfico que baja de Price Hill. Dicen que sus gritos son dignos de oírse.

Nota: Recibimos un aviso de una casa en la zona sur de la ciudad, no hay duda, se está incendiando, pero cuando llegamos, sacamos la manguera, la enganchamos a la boca de riego y forzamos la puerta, resulta que no hay ni rastro de llamas. La casa se incendió en algún momento, tal y como atestiguan claramente las trazas de humo negro que manchan los plafones y las cornisas. Pero ahora mismo la casa está fría. Los propietarios salieron y se dejaron una silla con respaldo de tapicería gruesa delante de un calentador eléctrico que se encendió y prendió la silla que, al final, por suerte, se apagó sola.

Hay tres elementos a tener en cuenta en un incendio: calor, combustible y oxígeno. Elimina cualquiera de estos tres elementos y el incendio se apagará. La vivienda era estrecha y, una vez que se inició el fuego y empezó a arder, consumió y agotó el oxígeno disponible y se apagó solo. Apenas hay daños, pero ha habido bajas. En el cuarto de baño, detrás de las cortinas de la ducha, Johnny y yo encontramos dos gatos muertos.

Estos cabrones están bien muertos, capitán Brown, dice Johnny. Coincidió con él. Nos fumamos un pitillo y echamos un vistazo a nuestro alrededor. Tal y como nos enseñaron, los principios de la ciencia del fuego han vuelto a funcionar, de la etapa incipiente, o naciente, el incendio pasó a arder a sus anchas, para luego, tras una breve etapa de incandescencia, acabar sofocándose a sí mismo al no poder hallar un suministro fresco de oxígeno.

Por desgracia, los propietarios no tardan en presentarse, aparecen al poco de haber chequeado toda la casa para asegurarnos de que no haya focos de fuego ocultos en alguna parte. Es muy sencillo determinar cómo ha sucedido: el calentador se encendió, la silla se prendió y llenó la casa de humo, los gatos buscaron una vía de escape por la bañera, como hacen siempre, y murieron por inhalación de humo antes de que el fuego se sofocase a sí mismo. Caso abierto y cerrado. Nos sentimos un poco detectives. Lo único es que ahora vamos a tener que salir al jardín para comunicar a los propietarios lo de sus mascotas.

La señora ya está hecha un mar de lágrimas. Ve que su casa no se ha incendiado. Pero no deja de gritar por sus «bebés», quiere saber si sus «bebés» están bien. Vamos a tener que conducirnos con mucho tacto, vamos a tener que defraudar a esta mujer con la mayor delicadeza posible, vamos a tener que derrochar todo nuestro cariño al decírselo. La mujer se está retorciendo las manos cuando Johnny y yo salimos al jardín. Creo que Johnny lleva puestas las gafas de sol.

Oh, dice la señora. Oh, ¿y mis «bebés»?

Lo siento, señora, dice Johnny. Están muertos.

Trabajé con un bombero excepcional que se llamaba Ted. Cerca de tres años juntos en el Parque nº3, imposible encontrar uno mejor. Aunque, en realidad, empezó a servir a la ciudad como auxiliar de ambulancia. Un día, años antes de que nos juntasen, Ted y su equipo recibieron un aviso para acudir a una granja apartada de la ciudad con la misión de liberar a un hombre al que se le habían quedado atrapadas sus partes privadas en una ahoyadora para postes con motor de gasolina. Al volver, Ted contó que el hombre estaba en un estado lamentable, la barrena que hacía los agujeros le había pillado la ropa y se la había retorcido. No me acuerdo de cómo lograron soltarlo, lo más probable es que cortasen la ropa o algo así; pero, sea como fuere, liberaron su aparato y el hombre quedó extremadamente aliviado y agradecido.

Ya de regreso en el parque, llamó alguien del *Oxford Eagle*, nuestro periódico local, para que le diésemos el parte diario de incidencias, y Ted intentó explicarle la naturaleza de la incidencia de la que acababan de regresar. Yo estaba allí sentado, escuchándolo.

Ted era, y sigue siendo, un hombre extremadamente educado. Casi nunca suelta tacos. También fue campeón de boxeo de peso medio de la Tercera Flota siendo cabo en los Marines. Y estaba intentando transmitirle a aquel periodista del modo más discreto posible lo que había sucedido.

Bueno, dijo Ted, se enganchó el, eh, el... eh, el «escroto» en una ahoyadora.

Evidentemente, la persona que estaba al otro lado del teléfono no lo entendió y volvió a

preguntar.

Bueno, dijo Ted, se enganchó los, eh, los... eh, los «genitales» en una ahoyadora.

La persona al otro lado del teléfono seguía sin pillarlo.

¡Las «pelotas»!, dijo Ted.

Mi gatito murió. Me temo que se metió debajo de la camioneta de Billy Ray para acomodarse en el neumático de repuesto y debió saltar en algún momento entre mi salida marcha atrás por el sendero de entrada, los tres kilómetros y medio de carretera que recorrí antes de girar a la izquierda, los otros cinco kilómetros y medio antes de que volviese a girar a la izquierda, y los dos kilómetros más que avancé antes de parar.

Al volver vi un gatito amarillo muerto en la carretera con la cabeza ensangrentada y me dije: Mierda, seguro que no es. Regresé a casa y ni rastro del gatito por ningún lado. Ni pequeñín y amarillo, de ese tamaño exacto y ese mismo color, ni de ningún otro. Así que volví hasta allí con la camioneta. Era él. O ella. Nunca llegué a saber si era macho o hembra. Había sido culpa mía y me sentí fatal, porque siempre había mantenido una relación de amor-odio con los gatos y estaba convencido de que el día menos pensado acabaría topándome con *mi* gato.

Me detuve en medio de la carretera y me quedé mirándolo fijamente. Era él, sin duda. Con la cabeza ensangrentada. En las varias horas transcurridas, los coches que iban y venían habían ido desplazando su cuerpecito de un lado a otro de la línea central de la carretera y para entonces, ya bien avanzada la tarde, no era más que un tirita de pellejo amarillo, como si nunca hubiese tenido huesos ni nada. Mi intención era parar y recogerlo, pero no lo hice. No, porque el daño ya estaba hecho. Siempre temí que algo así acabaría ocurriendo, pero no supe ponerle remedio. Ya había llegado al punto de tener que agacharme siempre desde la puerta de la camioneta para asomarme y darle al embrague y al freno y asegurarme de que no había ningún gato por allí abajo, y casi siempre había uno. Varias veces me vi en la tesitura de tener que persuadirlos para que saliesen antes de poder sacar la camioneta del garaje. Ahora le había pasado a uno y podía volver a suceder, y no parecía haber remedio. Criar gatos y asesinarlos por accidente. El caso es que los perros nunca se verán en una situación semejante. Puede que sea por eso por lo que siempre los he preferido cuando he tenido que elegir.

Me largué del lugar del crimen y me di una vuelta por la región. Estaba muy consternado por lo sucedido, pero al mismo tiempo también era muy consciente de que si no se levantasen de ahí abajo para acomodarse en la rueda de repuesto, luego no tendrían que elegir entre saltar o no saltar cuando fuese por la carretera a cien por hora.

Supuse que debió ser una cuestión de desgaste. Se quedó ahí mientras arrancaba la camioneta y lo mismo se puso un poco nervioso, lo mismo pensó: «Bueno, aquí está pasando algo, pero no sé si lo bastante malo para salir ahora mismo de aquí abajo o no»; acto seguido, metí marcha atrás para salir del garaje por el sendero de entrada, el polvo comenzó a formar remolinos debajo de la camioneta y empezó a volar la grava, puede que el gato en ese momento se dijera: «Vaya, esto está cogiendo velocidad y me da a mí que al final voy a tener que saltar»; pero entonces, como a veces no vienen coches en ningún sentido, salgo a la calzada y gano velocidad y él quizá piensa: «Bueno, pues ahora sí que la hemos cagado, esto va cada vez más deprisa y hay una cosa negra pasando por debajo con rayas amarillas, pero es demasiado tarde para saltar, así que vamos a aguantar a ver si esto frena un poco y puedo salir pitando de aquí»; pero después meto tercera y cuarta y, por lo general, en ese momento ya voy tomándome una cervecita, o buscando algo

decente en la radio, o alguna cinta en la guantera, y ni se me pasa por la cabeza que pueda llevar de pasajero a un gato en un radial Michelin. El gato en ese instante estará pensando: «Oh, mierda» o «Esta condenada cosa no frena, así que si aprecio en algo mi vida lo mejor será que me agarre fuerte», y así durante cinco o seis kilómetros más. Si parase en el vertedero, le brindaría la oportunidad de salir, si él quisiera; si me hiciese saber que está ahí abajo, lo cogería y lo metería en la cabina conmigo, le dejaría que se me subiese a los hombros y saltase a los respaldos de los asientos, pero lo más probable es que esté mareado y desorientado, y para cuando tenga tiempo para pensárselo yo ya me habré llevado la bolsa de basura al hombro y la habré metido en el contenedor y estaremos de nuevo rodando a toda pastilla por Hartsfield Hill, metiendo quinta para coronar bien las crestas. Está claro que ahí no ha querido bajarse, el sitio que, por lo visto, elige para hacerlo está, más o menos, a un kilómetro y medio, y ni siquiera veo por el retrovisor esa cosa que sale rodando por la calzada. Voy escuchando a Clint Black, o a quien sea, y estoy tratando de encenderme un pitillo. Mi intención es bombear un poco de agua en el estanque que tengo en Tula, tío, en ese momento estoy a otras vainas. Voy a tener que conseguir una excavadora si desciende el nivel del agua. No tengo tiempo para ponerme a cavilar sobre una pandilla de gatitos insensatos.

Pero llego a Tula y todo está tranquilo y en orden. Nada más llegar entiendo por qué Thoreau se largó a donde se largó. Creo que algún día escribiré un libro que se titulará *En el estanque de la señorita Lutte*. Tratará de la paz y la calma que se respira en la casita que tengo por allí, y acerca del sabueso sarnoso y calvo con medio rabo que me encontré durmiendo en una de las camas de la casa después de que un día me dejara la ventana abierta, y sobre el vecino que vino una tarde de agosto de calor mortal, cuando yo estaba intentando pintar el tejado, a contarme una historia horrible sobre el horripilante accidente de coche que había presenciado en cierta ocasión. Tratará sobre lo agradable que es sentarse con un buen vaso de whisky en el porche delantero cuando el sol se pone. Tratará sobre ser propietario de un pedazo de tierra con pinos altos, cedros corpulentos y garrapatas bien gruesas. Tratará sobre acariciar a un toro negro gigantesco que vive en el prado y sobre no disparar a las tortugas porque ellas también quieren vivir, y sobre los siluros de cuatro kilos que pesco en marzo mientras mi hermano me cuenta una historia sobre dos tipos que van a pescar, Frank y Kenny, y resulta que Kenny vuelve a toda prisa a casa desde el curro y su mujer le tiene preparada una cena fantástica, pero él no tiene tiempo para sentarse a cenar, le dice a su mujer: Cariño solo tengo tiempo para un bocado rápido, y claro, ella le había hecho tomates verdes fritos y costillas de cerdo, hasta había hervido quimbombó con los guisantes, y él va y se inclina sobre la mesa y picotea un poco de esto y un poco de lo de más allá mientras le dice a su señora que tiene que ir a por la caña de pescar porque ha quedado con Frank y ya va apurado. Han quedado en la tienda en un cuarto de hora. Carga sus cosas, la mujer se cabrea porque le ha despreciado la estupenda cena que le ha preparado con todo su amor, pero él hace caso omiso y se va a la tienda y ni rastro de Frank. ¿Dónde cojones está Frank? Lo espera diez o quince minutos, y Frank sin aparecer, ¿Dónde cojones está Frank? Sigue esperando y al final decide volver a casa y llamar a Frank, Frank, ¿dónde cojones estás? Kenny, me pillas metiendo las cosas en el coche, me he tenido que sentar a cenar, estaré ahí en cinco minutos, no te apures, tranquilo. Kenny vuelve a la tienda pisándole fuerte y ni rastro de Frank, ¿dónde cojones está Frank? Se sienta, y Frank nada. Al final, llega Frank. Frank, ¿dónde cojones estabas? Kenny ya está muy cabreado. Kenny es incapaz de introducir la caña de pescar por la ventana de lo cabreado que está, por lo que es Frank el que lo hace. Kenny va a tener que ir

sentado detrás porque la caña ocupa el asiento del acompañante. Llegan al lago y el sol se está poniendo, no disponen de mucho tiempo, no pescan nada, Kenny se pone de muy mala hostia. Se ha pasado toda la tarde esperando a Frank, se ha perdido una cena estupenda y no han pescado una mierda. El sol se ha puesto y hay que volver a casa. Frank le ha jodido la velada a Kenny. Se ponen a caminar de vuelta al coche y a Kenny le mosquea cada vez más que Frank le haya jodido el día de esa manera. Están pasando junto a un montón de piedras bastante grandes y Kenny decide coger una y matar a Frank, le va a reventar la puta cabeza de una pedrada. Así que coge una bien grande con ambas manos y se sitúa tambaleante detrás de Frank, la alza por encima de su cabeza y espera a que Frank se dé la vuelta para poder incrustársela en el cráneo. Frank se vuelve y le mete a Kenny la punta del cañón de un calibre 38 cargado por el orificio izquierdo de la nariz, y le dice: ¿Y ahora qué vas a hacer, Kenny? Kenny deja caer la piedra al suelo y dice: No sé Frank, algo se apoderó de mí, se me fue la olla. Frank aparta el 38 de la nariz de Kenny y vuelven juntos a casa, y es en ese momento cuando ese enorme siluro sube, y se traga mi pececillo, la caña se dobla y mi hermano grita: ¡Vas a perderlo!, y yo grito: ¡Joder, no puedo con él!, y hay salpicaduras de barro por todas partes, y consigo arrastrarlo hasta la orilla y el anzuelo se le suelta de la boca, pero salto al agua y lo agarro por las branquias y con paso de pato lo llevo hasta la orilla y mi hermano dice: Chico, pensé que ibas a perderlo.

Esa misma noche, tarde, vuelvo a casa y resulta que no solo ha desaparecido un gato sino que han desaparecido los tres y la mamá gato anda buscándolos preocupada, dando vueltas bajo la marquesina del garaje. ¿Dónde están? Miro debajo de la camioneta pero ahí no se han metido. A LeAnne le va a dar un patatús cuando se entere de que han desaparecido, porque se pasa un montón de rato jugando con ellos en el sofá, aupándolos hasta su cara y abrazándolos.

Vuelvo a la camioneta aunque sean las tres de la madrugada y hago el mismo recorrido, la carretera está desierta, las personas decentes duermen en sus camas. A unos cuatrocientos metros del gatito espachurrado veo a otros dos acurrucados a un lado de la carretera. Piso los frenos, me bajo y vienen a mi encuentro en cuanto me agacho junto a la cuneta y les digo: Minino, minino, minino; los recojo, me subo a la camioneta, los dejo en el asiento a mi lado y me dispongo a volver a casa. Lloran fuerte, están muertos de miedo y se suben por los respaldos de los asientos, se me cuelan por detrás del cuello en el momento en que doy la vuelta en la Iglesia Negra de Rock Ridge y vuelvo a pasar junto al gatito espachurrado, puede que su hermano, o su hermana, y regreso a casa con ellos. Su mamá viene a recibirles cuando les abro la puerta y saltan al jardín.

Más tarde, Shane quiere saber dónde está el gatito amarillo y yo le digo que ni idea. Me dice: ¿Seguro que ni idea, papá?, y yo le digo: Segurísimo, y él: ¿Seguro que ni idea, papá?, y me mira y veo que no se la estoy colando porque es un niño al que no se le puede vacilar, así que ahí me tenéis de nuevo retrocediendo por el camino de entrada para largarme a dónde sea. Eso es lo que hago.

Una tarde, en los viejos tiempos, cuando aún asistíamos a todo el condado, recibimos el aviso de que se estaba incendiando una casa cerca de Taylor, una pequeña comunidad a unos dieciséis kilómetros al sur de Oxford. Lo malo de prestar servicio fuera de la ciudad es el tiempo que se tarda en llegar al siniestro. El tiempo es esencial a la hora de sofocar un incendio, y por eso siempre tratamos de llegar lo antes posible, dentro del margen de seguridad. Conducir hasta donde sea fuera de los límites de la ciudad es arriesgado porque tienes que ir a mayor velocidad,

a menudo por carreteras asfaltadas de dos carriles, en ocasiones por caminos de tierra y por sendas de barro. Hay veces en que tienes que pasar con el camión cisterna por puentes de madera que no parecen lo bastante resistentes para aguantar su peso.

Esta vivienda resulta estar al final de un camino de cabras y, en cuanto dejamos el asfalto, la dirección nos la tiene que ir indicando la gente que se encuentra a los lados del camino, que señala con el dedo. Es a comienzos de mi carrera y no es que esté muy al tanto, pero lo que sí sé, nada más llegar, es que no va a haber manera de salvar esa casa. La estructura está ardiendo de arriba abajo y está empezando a desmoronarse. De todas formas, sacamos las mangueras y ponemos a bombear el tanque de setecientos cincuenta galones. Caliente no es la palabra. Esto te achicharra el culo aunque lleves el equipo de protección. Subimos y empezamos a lanzar agua, pero las llamas ni se inmutan. Casi al instante nos damos cuenta de algo muy malo: el tanque de gas licuado de petróleo de doscientos cincuenta galones que proporciona calefacción a la vivienda se ha calentado hasta adquirir una tonalidad rojo picota. Está instalado a no más de seis metros de la casa, y si estalla vamos a morir todos carbonizados, directos al Reino de los Cielos, a conocer a Jesús o al que esté en la puerta esperándonos. Solo podemos hacer una cosa: someterlo a un torrente constante de agua. Me ocupo yo, me arrodillo y me dispongo a hacerlo, abro el surtidor y el agua chisporrotea con una ferocidad horrorosa al impactar con la superficie del tanque. Pero el calor que se desprende de la casa a mis espaldas me está achicharrando. Nunca había estado a una temperatura tan alta en mi vida. Se me queman las manos, el cuello, la cabeza, la espalda, las piernas y los brazos. Alguien grita algo y, de repente, dirigen una manguera contra mí. Yo dirijo un chorro al tanque de gas y ellos dirigen un chorro hacia mí. Me mantengo en mi posición, aunque sea lo último que me apetezca. Voy a lograr enfriar el tanque, siempre que el fuego de la casa no acabe antes conmigo. Me ahogo en el agua que me lanzan y al mismo tiempo me achicharro. Tengo que cerrar los ojos y aguantar. Es terrible, pero es mi trabajo, y no puedo escaquearme, aunque nada me gustaría más. Lo único que me consuela es saber que llegará un momento en que nos quedaremos sin agua y no tendré más remedio que retirarme.

No sé lo que dura. El fulgor rojo cereza del tanque empieza a desaparecer. La casa se derrumba con un inmenso rugido de llamas. Mis compañeros lanzan más agua sobre ese lado de la casa y finalmente me dicen que puedo moverme. Me levanto y todos me miran y me preguntan si estoy bien. Pueden ver algo que yo no veo. Me apartan del tanque y me dicen que me deshaga de todo lo que llevo encima. Empiezan a desabrocharme el chaquetón a toda prisa y me lo quitan. Lo sostienen en alto para que pueda ver lo que me estaba protegiendo. Toda la espalda del chaquetón ha desaparecido, no quedan más que dos colgajos de lona negra carbonizada con bolsillos. Me dicen que me quite el casco y que le eche un vistazo. Lo hago y lo sostengo en mis manos. La parte de arriba está ampollada y llena de burbujas, completamente fundida.

Sonríen y sacuden la cabeza. Yo no es que sonría mucho.

Barbacoa. El departamento al completo. Pescar, beber cerveza, hacer esquí acuático o, si no, al menos salir un rato a remar, dado que aún estamos a marzo, en el lago Sardis, al norte de la ciudad. Vamos a asar un cerdo, pero primero tenemos que matarlo. El Capitán Louie y yo, que no soy más que un humilde encargado de los surtidores, llegamos a la pocilga para la ejecución a la hora prevista y miramos al cerdo, que es rosa y gruñe de curiosidad alzando el hocico en cuanto nos plantamos junto al redil. Llevamos semanas planeando esto. Vamos a coger nuestras

embarcaciones, nuestros remolques, nuestro equipo de acampada, nuestras tiendas de campaña, nuestras cocinas Coleman, nuestras parrillas y nuestros sacos de dormir, y nos vamos a pasar todo el puto fin de semana a orillas del lago, durmiendo bajo las estrellas y pasándolo pipa. La gente que se quede de servicio se nos unirá en cuanto acabe el turno. Va a estar de lujo. Pero primero hay que cargarse al cerdo.

Louis me pasa una Ruger del 22 cargada, una preciosa pistolita semiautomática. Me pesa en la mano. El cerdo gruñe y se acerca a la alambrada. Parece simpático. Si fuese un perro estaría meneando el rabo.

No es tan grande. Podría ser lo que se conoce comúnmente como un cochinito, un macho joven al que aún no le han cortado los huevos con un cuchillo afilado.

Muy bien, Brown, dice Louie. Dispara al hijoputa este entre ceja y ceja. Lo tengo a mi lado, apurando al máximo su cigarrillo, con una mano posada en la cadera, deseando acabar cuanto antes con esto para poder dejarlo listo. Los encargados de conseguir el cerdo somos nosotros.

Apunto al cerdo con el cañón de la pistola. Lo mira todo, olisquea el aire. Seguro que se piensa que hemos venido a darle de comer alguna chuchería. Le pongo el punto de mira entre los ojos —¿y si le disparo en el ojo?—, pero no deja de mover la cabeza de un lado a otro y lo mismo tengo que hacer yo con la pistola siguiendo sus movimientos.

Me está mirando, digo.

Mantén la cabeza quieta, hijo de puta, le dice Louis. Pero el cerdo erre que erre, gruñe, suelta sus *oink* a diestro y siniestro, ese ruido que hacen los cerdos.

No puedo, tío, y bajo la pistola.

Dame la puta pistola, me dice, y me la quita de un zarpazo. En un visto y no visto, sin que parezca que le haya dado tiempo a apuntar, quita el seguro y le descerraja un tiro justo entre ceja y ceja. El cerdo suelta un chillido y se desploma, se le agarrotan las cuatro patas, comienza a estremecerse en el suelo y se queda tieso.

El Capitán Louie descarga la pistola, se la mete en el bolsillo, dobla hacia abajo la alambrada del redil y pasa al otro lado diciéndome que lo siga para que le eche una mano, un poco disgustado conmigo, salta a la vista.

¿Alguna vez has limpiado un cerdo al vapor?, me dice Louie mientras pone en marcha la limpiadora a vapor en el local de su suegro, que es una especie de mezcla de desguace, taller mecánico y tienda de muebles de segunda mano. Aquí puedes comprar hasta fuegos artificiales. El cerdo está tendido en la plataforma trasera de la camioneta GMC de Louie, le sale un poco de sangre por la nariz. Louie explica que tendría que funcionar, joder, lo que se hace al escaldar uno en casa es echarle agua hirviendo encima y rasparle las cedras con un cuchillo. Este vapor está igual de caliente que el agua hirviendo, dice. A mí me parece que tiene sentido.

Louie comienza a echarle vapor encima y yo cojo un cuchillo y me pongo a rasparle el pellejo; como era de esperar, el pelo se le empieza a desprender, ablandado por el vapor. Vamos a tener a este hijoputa más suavcito que el culo de un bebé en un santiamén, dice. La gente se para a mirar lo que estamos haciendo.

Entramos con el cerdo en el aparcamiento de la parte posterior del parque de bomberos principal y todos los que están de servicio llevan un rato ahí fuera esperándonos. La barbacoa va

a ser por la tarde, pero primero tenemos que destripar al cerdo, limpiarlo, dejarlo listo para la fogata que le vamos a poner debajo. Todos están sobreexcitados y deseando no estar de servicio. Es como una fiebre que nos consume. La primavera está al caer y queremos estar ahí fuera, en plena naturaleza. Ellos se unirán a nosotros mañana al amanecer, cuando acaben el turno. Los que acampen esta noche, y tengan que entrar de servicio por la mañana, los relevarán. Es una barbacoa por turnos, B-C, C-A, A-B, pero se viene todo Cristo, mujeres y niños incluidos, todo el mundo.

Bajamos la compuerta trasera y se tienden varias manos dispuestas hacia el cerdo mientras les contamos cómo lo hemos limpiado al vapor. El cerdo está, en efecto, rosado y terso como el culo de un bebé. Cargamos con él hasta la puerta de atrás del parque de bomberos y lo dejamos en el suelo para sacarnos los cuchillos de los bolsillos.

Rob está de servicio y a cargo del turno, y hasta el último mono da su consejo sobre cómo proceder para destriparlo. Joder, ojalá no estuviese de servicio, dice Rob. Se acucilla junto al cerdo y le pellizca una tetilla del vientre.

¿Habéis oído la expresión «más inútil que las tetas de un verraco»?», dice.

Para cuando tenemos el cerdo destripado y de vuelta en la camioneta, puede que nos haya repetido cerca de cincuenta veces que ojalá no estuviese de servicio.

Aquí estamos. En el lago. Algunos ya han llegado. Las parrillas ya se han instalado y encendido. Hillbilly está de camino con un par de galones de salsa barbacoa que ha preparado un amigo suyo que trabaja en el Departamento de Comedores de Ole Miss, la universidad de Mississippi. Hay árboles que dan sombra de sobra, aún sin hojas, es cierto, pero acampamos justo a la orilla del lago.

Joder, ¿no es genial?, decimos todos. Vamos a tener que conferenciar sobre cómo asarlo mejor. Unos dicen que enterrado en brasas. Otros que despedazado y a la parrilla. Lo que decidimos al final es cavar un agujero, llenarlo de leña ardiente, ingeniarnos un espetón para empalarlo y darle vueltas lentamente sobre el fuego sin dejar de untarlo con salsa barbacoa durante toda la noche. Nos parece una buena idea y nos ponemos manos a la obra, vamos a por leña, cavamos el agujero y damos con dos árboles ahorquillados que cortamos para hacer los soportes del espetón. Algunos ya hemos empezado con las cervezas. Casi todos, a decir verdad.

En cierto momento me voy a tener que ir a buscar a MA, que está bastante embarazada pero todavía no le hace ascos a una buena acampada como esta y, aparte, van a venir las mujeres de los demás.

Cavamos, cortamos, apilamos la leña y llega Hillbilly con la salsa barbacoa. Ya es por la tarde y está llegando más gente. Comienza a parecer un aparcamiento, con todos los vehículos y las embarcaciones y las autocaravanas. Va a ser la hostia.

Avanzada la tarde, vuelvo con MA y, entre todos, empalamos al cerdo en el espetón, lo amarramos con perchas y encendemos el fuego. Nos ponemos de acuerdo para ir turnándonos a lo largo de la noche con lo de darle vueltas y embadurnarlo de salsa.

No tarda en anochecer. Nos lo estamos pasando de miedo. Hacemos hamburguesas, perritos calientes, pollo a la brasa, incluso conejo. El Capitán Louie está metido de lleno en la cría de conejos. Esto tiene lugar varios meses antes de que me meta yo en el negocio de la cría de conejos, del que nunca llegaré a recuperarme del todo, porque hay que matar a los conejos igual

que a los cerdos, pero ya digo que aún no me había metido en eso.

Nos llega la noticia de que Rob ha estado llamando a todos los que estaban fuera de servicio y que al final ha encontrado a uno dispuesto a cambiarle el turno esta noche, y que está de camino.

Se ha presentado hasta Tío Bunky, de vez en cuando se mete una rayita detrás de su coche y vuelve al fuego.

Nos hemos puesto de cuclillas alrededor de la fogata, hablamos, nos reímos. Es maravilloso. El cerdo tiene una pinta increíble, muerto y con la cabeza chorreándole de salsa barbacoa. Utilizamos una pequeña brocha para untarle de salsa y de vez en cuando le damos vueltas. Sabemos que nos va a llevar toda la noche, pero hasta el último está dispuesto a ayudar. Todos dispuestos a renunciar a unas horas de sueño por el bien común, por la barbacoa común.

Rob se presenta entonces con una caja de Miller Lite. Hablamos acucillados en torno al fuego. Hace más frío del que esperábamos. De hecho, hace un frío de cojones, y la gente se acurruca alrededor de otras fogatas. No paso mucho tiempo con MA. Casi no me separo del cerdo.

Ya bien entrada la noche, la mayor parte de la gente se va a dormir. MA se ha quedado roque. Casi todas las mujeres se han quedado roque. De hecho quedamos en pie cuatro gatos. Rob se levanta de vez en cuando a por otra Lite.

Hillbilly y yo seguimos en cuclillas junto al fuego, nos miramos y miramos al cerdo.

Aún más avanzada la noche, puede que a eso de las dos o las tres de la madrugada, Rob, Hillbilly y yo somos los únicos que siguen en pie. Todos los demás se han arrastrado hasta el agradable calorcito de sus furgonetas, autocaravanas, coches o camionetas para echarse a dormir. Rob se levanta, vacía su última Lite y dice: Tirad a ese hijoputa al lago o quemadlo, yo me voy a sobar. Desaparece en la noche y Hillbilly y yo nos miramos el uno al otro.

Durante lo que queda de noche, helados por un lado y ardiendo por el otro, Hillbilly y yo le damos vueltas al cerdo y le echamos salsa, casi sin hablar, esperando el amanecer, que parece llegar al cabo de una semana, pálido y frío desde el otro lado del lago. La mujer del Capitán Louie se despierta, viene al fuego, bosteza, nos prepara café. Un alma bendita, si es que alguna vez existió algo parecido. Nos da una taza a cada uno y no podemos estar más encantados.

Cuando se hace de día, Hillbilly me pasa un cuchillo, lo hundo en la carne, rebano un trocito y lo mastico. Ese trozo está bien, está hecho. Pero entonces hago un corte más profundo y resulta que está crudo, que se ha agriado, y nos miramos el uno al otro. El cerdo se ha echado a perder. Teníamos que haber utilizado carbón vegetal en vez de leña. La hemos cagado pero bien. Nos vamos tambaleantes a la cama a dormir un rato. Más tarde nos deshacemos del cerdo en el bosque. El Jeep de Rob se queda atascado en el barro al intentar botar mi lancha de esquí y el lago está cenagoso y turbulento, con grandes olas. La gente se marea. La gente empieza a marcharse antes de lo previsto. Se desata un viento frío y no hace un día demasiado bueno. En un abrir y cerrar de ojos, casi todo el mundo se ha largado. MA y yo regresamos a casa, una casa rodante en medio de un prado, y nos vamos a dormir, contentos de que todo haya terminado.

Nota: Es un día frío de febrero y estamos al amanecer en una colina yerma del condado de Calhoun, sosteniendo los plantadores sobre el fuego para calentar un poco los mangos, hasta que David nos dice que adelante y nos ponemos manos a la obra. Cargamos los sacos con los retoños de pino, nos los amarramos a la cintura y marchamos en grupo bajo un cielo gris como el acero, de un color sólido. Un cielo de nieve. El plantador de hierro tiene una cuchilla de diez centímetros de ancho y treinta de largo, con un pequeño peldaño instalado por encima para golpearlo con el tacón y que se hunda en la tierra. Los hombres avanzan a mi izquierda y a mi derecha con una separación de unos dos metros y medio. Hacemos el agujero con el plantador, nos agachamos y ponemos el pino dentro, luego clavamos el plantador por detrás, empujamos hacia adelante para cerrar el agujero alrededor del tronco, lo torcemos, lo extraemos, golpeamos el agujero con el tacón, avanzamos dos metros y nos volvemos a agachar.

Sopla el viento y las manos se nos congelan a pesar de los guantes. No hablamos. Nos encontramos en una especie de meseta, con kilómetros de cumbres abiertas ante nosotros. Hace frío y es triste. Nuestra jornada apenas acaba de empezar.

Al cabo de un rato, empieza a nevar, grandes copos húmedos que caen y se derriten silenciosamente sobre nuestros hombros. Cada vez nieva con más intensidad y el paisaje empieza a volverse blanco. Las colinas desaparecen a lo lejos y seguimos avanzando. Estamos lejos de la camioneta. Los negros que me acompañan son como fantasmas oscuros que atraviesan la nieve. Luego oímos el débil sonido de la bocina de la camioneta de David. Nos está llamando. Para que volvamos.

* * *

Esa misma mañana, más tarde, estoy apoltronado en el sofá del tráiler de David, bebiendo vodka a palo seco directamente de la botella, seguido de sorbos de una lata de Coca-Cola. No tiene zumo de naranja, ni de tomate, ni de pomelo, nada para mezclarlo, así que lo hacemos así. Nos acompaña Pat Coleman. De vez en cuando trabaja con nosotros.

Fuera sigue nevando. Cada cierto tiempo nos acercamos a la puerta y echamos un vistazo a ese terreno familiar, ahora tan blanco y ajeno.

Pat y David me dicen que me lo tome con calma con el vodka. No es que les importe que los deje sin bebida, es que temen que me emborrache. Al ver que no les hago ni caso, sonríen.

A eso de las diez, ya no me entra una gota. Dejo de beber, me levanto y les digo que me tengo que ir a casa. Me preguntan si voy bien. Les digo que sí. Les doy las gracias por los pelotazos y salgo.

La camioneta negra es una Chevrolet de 1953 sin calefacción, sin radio y con un solo faro trasero, vino así de fábrica. El abuelo de MA la compró nueva. Seis cilindros, la palanca de cambios en la columna de dirección, diferencial en el eje trasero y neumáticos de cuarenta centímetros.

No patino en la carretera a pesar de la nieve. Vuelvo a casa, a casa de la abuela. Ahora vivimos con ella y voy de habitación en habitación buscando un sitio donde ponerme a escribir. Ya he escrito un par de novelas y cerca de cien relatos en esta casa y casi nada bueno. Me pregunto si alguna vez llegaré a escribir algo que merezca la pena, si dejarán de llegar las cartas de rechazo, cuánto tiempo más me llevará aprender lo que deseo aprender. Lo que más me aterra es pensar que nunca lo logre, pero procuro no pensar demasiado en eso. Me limito a decirme que

tengo que seguir intentándolo, que el precio que estoy pagando por lo que deseo merece la pena.

Pero al final hoy no escribo nada. Entro y me tumbo vestido en el suelo con una almohada bajo la cabeza y la gorra tapándome la cara, y aquí me quedo, durmiendo la mona lo que queda del día.

Nota: Invierno, frío, oscuridad. Ando cargando leña desde los montones apilados en el jardín, roble rojo, sobre todo, con algo de roble palustre y roble blanco, pero la de roble rojo es la que se corta con mayor facilidad. Le compré a Harris Talley toda la carga de su camión. Harris es un negro gigantesco y de lo más cordial, sus hijos pequeños se suben con él y su mujer a la parte trasera del camión y me la descargan en el jardín. Yo la corto con mi motosierra Stihl 041.

El aroma a humo de leña inunda la casa. Un olor fantástico y un calor consistente. Shane tendrá unos dieciocho meses, Billy Ray cinco, LeAnne no ha nacido aún, ni siquiera ha sido concebida.

Los días que libro en el parque de bomberos trabajo en un sitio que se llama Cerámicas Comanche. Está unos kilómetros al norte, según sales de la ciudad. Entro a las ocho y salgo a las cinco, tengo una hora para comer que me paso escuchando música en el coche mientras me zampo lo que me haya preparado MA.

Vertimos yeso líquido en moldes de diferentes formas: macetas, cabezas de indio, leopardos, elefantes. Los metemos en una solución de cera, un sellado de protección contra las inclemencias del clima y los elementos. Los empaquetamos con una máquina que los envuelve en plástico caliente, luego los cargamos en camiones.

Parte de la gente que trabaja aquí viene de Haven House, un centro de rehabilitación para alcohólicos y drogadictos que queda por las inmediaciones de Old Sardis Road, es gente que ha llegado al final del camino y que está tratando de empezar de nuevo. Ninguno dura mucho. Acaban regresando a sus vidas, puede incluso que al alcohol y a las drogas.

Mientras curro, pienso en las cosas que intentaré escribir cuando llegue a casa. Y ahora que estoy en casa, en la cocina, y que ya hemos cenado, MA y los niños se van arriba a ver la tele, tratan de dejarme solo, de dejarme trabajar, de dejarme escribir. Me siento ante la máquina, una Smith-Corona nueva con la que pienso escribir hasta dejarla completamente inservible, hasta que no le funcionen las teclas, hasta que se descomponga el carro de retorno.

Estoy escribiendo una cosa sobre una familia que va andando por la carretera con todas sus posesiones, gente sin techo, temporeros, peones, un hombre adulto, su mujer, un niño, dos niñas. Sé que es el principio de una nueva novela, y en mi mente he empezado a llamarla *Nómadas*. Pero luego la titularé *Joe*.

Esto es lo que he elegido hacer, apartado de mi familia, a puerta cerrada, con la única compañía de personajes que se forman en mi cabeza y se trasladan al papel, símbolos negros sobre una página en blanco, solo eso. A cualquier otro puede parecerle que no tiene sentido, pero yo sé que hay un propósito en mi trabajo: años ante la máquina de escribir, escribiendo hasta hacerlo mejor, hasta que pueda publicar un libro, hasta que pueda ver ese libro en una biblioteca o en una librería.

Amo esto, aunque no sea recíproco.

Nunca es problema dar con el lugar del siniestro al que nos mandan, porque todos los demás

ya suelen estar allí, la Patrulla de Carreteras y las ambulancias. Tiene que tratarse de algo bastante jodido si nadie ha actuado antes de llamarnos. Somos algo así como el último recurso. Los paramédicos ya habrán hecho el reconocimiento inicial y habrán determinado que no se puede mover al paciente sin la herramienta de extracción, los «Separadores de la Vida». Se habrá formado un atasco, las parpadeantes luces rojas y azules de los rotativos se verán desde muy lejos.

El accidente del que hablo ahora ha tenido lugar a unos tres kilómetros al sur del casco urbano. Hay un Chrysler New Yorker último modelo a unos treinta metros de la carretera, a mano derecha, la puerta del conductor casi recostada contra un árbol, como resultado de una colisión frontal. El otro coche está en el arcén, cristales rotos esparcidos por todas partes, pero en este o no hay víctimas que extraer o bien ya se las ha llevado otra ambulancia al hospital.

Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer. Hay que tender una lona, montar las luces, sacar los bloques, las cadenas, el motor de gasolina que proporciona la energía hidráulica a la herramienta Hurst y la propia herramienta. Hay que conectar la línea de diez metros desde la fuente de alimentación a la herramienta, arrancar el motor, hacer un examen cuidadoso del paciente y, solo entonces, ponernos a ello. Está sometido a un gran sufrimiento y tiene las piernas atrapadas. El árbol no llega a bloquear la puerta, así que la forzamos, reventamos las bisagras y la puerta cae. Liberarle las piernas va a ser más complicado. El salpicadero se le ha venido encima y tenemos que hacer lo que se conoce como el *dash roll*, un procedimiento con el que se alza toda la estructura, incluyendo el volante y la columna de dirección, para liberar a la víctima. Va a llevarnos un tiempo y nuestra víctima lo está pasando mal. Lo que hay que evitar es empeorar su sufrimiento.

Lo primero, y que casi forma parte del procedimiento estándar, es deshacernos del techo. Sacamos el parabrisas, aseguramos las cizallas y hacemos cuatro cortes: uno en cada poste del parabrisas y dos en el techo, por detrás del asiento del conductor, uno a cada lado. Esto nos permite levantar el techo entero y doblarlo hacia atrás sobre sí mismo, de tal manera que podamos contar con una zona abierta para maniobrar y acceder al coche. Tenemos que meternos ahí dentro para analizar la situación o para operar con la máquina desde el interior.

Una de las cosas que no van a moverse mucho cuando apliquemos la increíble fuerza de los separadores Hurst es la carrocería. Y la pieza de acero más grande que está conectada al salpicadero es la columna de dirección. Así que ajustamos las cadenas a la carrocería y a la columna de dirección. Hay cosas que se parten, que pueden salir volando a causa de la presión y que podrían llegar a matar al hombre atrapado, por eso hay que engancharse a algo fuerte. Alzamos las cadenas desde la parte frontal de la carrocería, por encima del parachoques delantero, sobre el capó. Una vez que envolvemos la columna de dirección con el otro juego de cadenas, las tendemos sobre el tablero donde estaba el parabrisas y por encima del capó hasta dar con el primer juego. Pero no las unimos. Dejamos entre las cadenas un espacio de unos cuarenta y cinco centímetros y, luego, abrimos los separadores de la herramienta hasta ese punto. Lo único que tenemos que hacer es enganchar las cadenas a la herramienta con prendedores de acero y empezar a cerrar los separadores; contemplar y escuchar el inmenso desgarró del metal y el continuo crujido del plástico, el aluminio, la goma y el resto de materiales de los que esté compuesto el tablero de mandos a medida que la columna de dirección comienza a levantarse y a partirse en dos.

También podemos ir levantando el tablero desde el suelo. Colocar bloques sólidos de roble

debajo del coche, cosas que no cedan como cederá el suelo del vehículo, extender los separadores entre el tablero y el suelo lo suficiente para obtener un buen «mordisco» de algo de metal y alzarlo.

En este accidente tenemos que hacer, al final, las dos cosas. A veces, en las colisiones, todo se traslada hacia atrás y hacia abajo, y las cosas se aplastan de un modo increíble, y eso es precisamente lo que ha ocurrido aquí. No tardamos en sacar a la víctima, pero se arranca el collarín cervical en cuanto lo amarramos a la camilla y no para de quejarse de la correa que le cruza por el pecho hasta que los paramédicos se la sueltan. Solo cuando llegan al hospital y le hacen radiografías se enteran de que tiene varias costillas rotas.

Una vez que se han llevado al paciente, nuestro trabajo ya casi ha terminado. Siempre nos acompaña una autobomba para disponer de herramientas, agua o personal, y a veces para limpiar. Los agentes son los que tienen la última palabra; si quieren que reguemos la carretera, cargamos una línea y ponemos un hombre a su cargo que se dedica a barrer los cristales rotos y los deshechos hacia las cunetas y los hierbajos del arcén con la potencia del agua.

Recogemos el equipo, las mantas protectoras para la víctima, las luces, las cadenas, las cizallas, los bloques, el motor de gasolina, la herramienta, la lona, todo lo que descargamos al llegar, volvemos a poner la manguera en la bobina de la autobomba, damos media vuelta en la carretera mientras los agentes detienen el tráfico, los rotativos siguen en marcha, los apagamos y volvemos a la ciudad para repostar y revisar la equipación. Tiempo transcurrido: treinta frenéticos minutos de subidón de adrenalina.

El Capitán Louie no me coaccionó para que me metiese en la operación de la cría de conejos. Lo hice estrictamente por voluntad propia después de ver lo genial que lo tenía montado. Conejeras con autocomederos y autobebedores, a la sombra de un cobertizo con grandes ventiladores que soplaban aire fresco sobre los conejos a través de sacos húmedos para que no pasaran calor. Estábamos en verano y me lo explicó todo punto por punto.

Una mamá conejo tarda alrededor de veintiún días en tener a sus crías. Pones dentro una caja de madera y ella se arranca el pelo del pecho para construir una madriguera, luego nacen las crías y, al poco tiempo, la vuelves a cruzar, lo que no lleva más que un instante una vez que le presentas a papá conejo. La monta casi de inmediato, le mete unas cuantas embestidas muy rápidas, se vence, se queda tumbado de lado y se pone a tamborilear el suelo de la jaula con la pata trasera —evidentemente, ha disfrutado de lo lindo—, entonces lo sacas. En ocho semanas sacrificas o vendes esos conejitos —de cada uno saldrá alrededor de un kilo de carne—, y todo el proceso se repite de forma periódica. El Capitán Louie tiene cientos. Está hinchándose a venderlos a dos dólares la pieza. Así que me compré dos conejas y un macho sin pensármelo, los metí en el maletero del coche y volví a casa para empezar a construirme unas conejeras, preparado para que me lloviesen los dólares.

Al principio no pasó nada. Me llevó un tiempo descubrir que había metido a las dos conejas en la misma jaula. No había habido sexo así que al final junté a los tres y las cosas se resolvieron en un abrir y cerrar de ojos.

Fabriqué las conejeras con maderos de dos por cuatro, con suelo y paredes de rejilla de alambre con huecos de ciento veinte milímetros y cubiertas de madera contrachapada. Seguíamos viviendo en el prado y me di cuenta de que la hierba brotaba mucho más densa y verde debajo de las conejeras. Toda esa comida para conejos de Purina, que le estaba comprando a Leslie Stewart

en la fábrica de piensos en sacos de veinte kilos, entraba y salía de aquellos conejos a toda velocidad. Pero aquel año aproveché el fertilizante que generaban para echárselo a las tomateras y jamás obtuve tomates más hermosos. Muchacho, me decía para mis adentros, hasta beneficios adicionales.

No mucho después, una coneja, blanca y negra, se volvió rara. Se puso a dar brincos y como a gritar dentro de la jaula. Yo no sabía qué le pasaba, pero hice los cálculos y determiné que ya le había llegado el momento de dar a luz, así que le dije a MA que la iba a meter en el tráiler, en la bañera, para poder observarla, y eso fue lo que hice. Me senté sobre la tapa del inodoro y me quedé mirándola un buen rato. Siguió pegando alaridos y dando brincos ahí dentro, y luego se murió. No me lo podía creer. La saqué al jardín y le hice una cesárea con un cuchillo afilado, a la luz de una linterna. Descubrí ocho conejitos bien formados, casi lampiños, con las orejitas arremetidas hacia abajo, recubiertos cada uno en su diminuta bolsa amniótica, esperando a nacer, y muertos; y mi pequeña mamá conejo, blanca y negra, muerta también. Mal presagio, nueve conejos muertos en lugar de nueve vivos.

Nos afectó mucho. No me acuerdo si MA estaba embarazada de BR o si ya había nacido. Pero sé que una mañana, no mucho después, MA gritó y entró corriendo por la puerta trasera del tráiler diciendo que había algo en la jaula de la otra mamá conejo, algo espantoso. Fui a mirar y había cinco crías diminutas, rosadas y sin pelo, lloriqueando y buscando una teta. Vi que las cosas empezaban a salir bien y compré unos cuantos conejos más, machos y hembras, para no cometer incesto.

Bueno, pues como suele pasar, la cosa evolucionó hasta llegar a la etapa incómoda. Ya he escrito sobre eso en uno de mis libros. Los conejos crecieron, cumplieron ocho semanas y llegó el momento de noquearlos y descuartizarlos. Oh, y lo hice. Lo estuve haciendo durante bastante tiempo. Lo hacía y trataba de no pensar demasiado en ello. Utilizaba el mango de un martillo o lo que tuviese más a mano. Hay que alzarlos por las patas traseras y darles un golpe seco, al momento no son más que carne muerta, algo que hay que limpiar, no muy diferente a los mapaches, las ardillas o los ciervos que hayas podido matar en el bosque. Los limpié, los despellejé, los despiecé y los freí, y estaban buenísimos. Siempre que preparaba una buena sartén de conejo frito con su salsita, todos los compañeros del parque de bomberos elogiaban lo exquisito que estaba; pero no tenían ni la más remota idea del drama que se vivía en casa.

Yo había visto nacer a esos pequeñines. Mis hijos se dedicaban a domesticarlos. Para matarlos, tenía que aprovechar los momentos en que los niños no estaban y luego tenía que decirles que la puerta de la jaula se había abierto y se habían escapado. Tenía que ocultar las pruebas de mis crímenes, y no dejaba de concebir nuevos métodos para asesinarlos. A veces les pegaba un tiro.

No tardé en darme cuenta de que estaba criando a aquellas criaturas tiernas y apacibles, que no le habían hecho el menor daño a nadie, con el único propósito expreso de matarlos, y si aquello continuaba, la sangre de cientos de animales mancharía mis manos. En muy poco tiempo, según iba seleccionando a los machos de las camadas para criar futuras proles, las conejeras se les fueron quedando pequeñas y no me quedó más remedio que trasladar toda la tribu a la granja abandonada que había en los terrenos de mi suegro y cerrar la puerta. Les volcaba la comida en el suelo, agarraba unos cuantos de vez en cuando, los mataba o los cruzaba, les llevaba agua, fregaba y recogía sus mierdas, les lanzaba fardos de heno para que se fabricasen sus madrigueras, y sus cabecitas asomaban por todas las ratoneras y grietas del edificio.

Pero un día llegó el día. Estaba llevando otro saco de veinte kilos de pienso Purina para conejos a la vieja granja, entré y me topé con ellos: conejitos dando brinco por todas partes. Casi ni se podía andar. No estaban enloquecidos ni asustados. Podía agarrar al que más rabia me diese. Ni siquiera me mordían. Me puse a acariciarlos, toda aquella piel sedosa. Y me dije a mí mismo: No puedes seguir haciendo esto. Así que les abrí la puerta. La abrí de par en par. Y me puse a pegar gritos y a golpear las paredes hasta que eché al prado hasta al último que había en la granja, veinticinco hectáreas de la mejor tierra de pasto del condado de Lafayette, un hecho reconocido por mi profesor de agronomía y consejero de los FFA³ en el instituto.

Aquellos conejos eran de color pardo, negros, blancos, blancos y negros, pardos y blancos, todos con hocico blanco. Sabía que se volverían salvajes y se reproducirían con los conejos cola de algodón que poblaban nuestro terreno.

Me alegré de poder olvidarme de aquel asunto. Me sentí como el asesino a sueldo que empieza a sentirse mal después de demasiadas muertes.

Muchos años después, Sam seguiría capturando de vez en cuando un conejillo en el jardín, me lo traería orgulloso y lo dejaría a mis pies. Parecería un cola de algodón, pero con frecuencia tendría el hocico blanco.

Día de Año Nuevo, 1989: recibimos un aviso para una casa que está justo al salir de Access Road, una mañana fría, con un viento amargo y gélido. Al llegar nos conectamos a la boca de riego y extendemos la manguera por un acceso de tierra que comparten muchas otras casas. La casa del final está ardiendo y puede que haya veinte o treinta personas plantadas en el jardín, llorando y abrazándose los unos a los otros. Wally y algunos de los demás han sofocado la mayor parte del incendio, pero sigue habiendo chisperos aquí y allá. Apagamos unas cuantas llamas pequeñas a fregonazos, sacamos los muebles al jardín y al porche, tratamos de rescatar todo lo que podemos, pero el interior está demolido, secciones completas de pared entre las habitaciones han sido consumidas por el fuego, casi toda la parte posterior de la vivienda ha desaparecido, el humo y las llamas aguantan y persisten por los rincones, lamen las vigas del techo, arden detrás del revestimiento. Es una casa en ruinas. No sé si se podrá reconstruir. Ignoro si tendrán seguro.

Nos pasamos allí cerca de una hora y media, hasta asegurarnos de que todo está controlado, de que no va a reavivarse cuando regresemos al parque. Apartamos todo lo que pueda ocultar fuego, nos recorremos cada habitación una y otra vez. No tiene sentido irse para luego tener que volver. Estamos helados y embarrados, cubiertos de ceniza y hollín, las caras negras y estriadas de mugre. Wally está a cargo y es quien decide cuándo hay que largarse. Al final nos llega la orden, lo cerramos todo y nos ponemos a vaciar y a enrollar la manguera enfangada.

Solo cuando estoy a punto de subirme a la Unidad 4 para retroceder por el camino de entrada, me doy cuenta de que esta gente se había reunido para celebrar el Día de Año Nuevo, que algunos habrán venido desde otros estados. Vuelvo a mirar a la gente, su casa destruida, un niño ha sufrido quemaduras y se lo han tenido que llevar al hospital, todas sus posesiones arruinadas o bañadas en humo y agua. ¿Qué se les puede decir?

Uno aprende enseguida a tomárselo con calma, aprende que el calor y el humo suben hacia el techo, que el aire más fresco se encuentra a ras del suelo. Aprendes a abotonarte bien el cuello, a tirar de los manguitos de los guantes por encima de las mangas del chaquetón, que las ascuas van casi siempre a donde tienes la piel expuesta. Aprendes que no eres más que carne humana, que

no eres Superman y que puedes quemarte y consumirte como una vela.

Tratas de ser cauteloso con el aire de la bombona que llevas a la espalda, tratas de estar tranquilo y de no forzarte más de la cuenta, tratas de reservar fuerzas. Aprendes a agotarte y a dar todo lo que tienes y a tener que volver atrás para luego dar más. A aguantarte y a lanzarte.

Al final aprendes a no dejar que te tiemblen las piernas cuando hundes el pie en el acelerador camino a lo desconocido.

Un día, si ganas puntos, te ascenderán a conductor o a operador de la autobomba, o incluso a teniente, y descubrirás lo que se siente al llegar rodando a una estructura en llamas, a la vivienda de alguien, a una residencia universitaria en la que viven cientos de personas, o al comercio de cuyos ingresos depende la subsistencia de varias familias. Cambiarás en ese preciso instante, dejarás de ser el encargado del surtidor para ser el operador de todo el sistema del que los encargados de los surtidores estarán desenrollando las mangueras, y entonces serás consciente de que todos los conocimientos que te inculcaron durante las áridas sesiones de entrenamiento en el parque de bomberos han de llevarse ahora a la práctica a toda prisa, sin errores, porque hay personas que conoces cuyas vidas van a depender del suministro constante de agua a la presión adecuada, durante todo el tiempo que lleve apagar el incendio.

Y esa primera vez seguro que te pasará como a mí, estarás cagado de miedo. Pero no puedes dejar que eso te impida hacer lo que tienes que hacer.

Aprendes lo difícil que es alzar una escalera y tirar de la cuerda y subir las extensiones hasta la ventana de una segunda planta, y lo difícil que es subir por esa escalera con una manguera de una pulgada y media cargada para luego abrirla y aguantar en la escalera sin caerte.

Adquieres conocimientos sobre los distintos tipos de cuerdas y de cinturones de seguridad, sobre los guantes aislantes para manipular cables caídos de alto voltaje, la presión de los surtidores y la pérdida de fricción, y te aprendes la regla de oro para los surtidores de dos pulgadas y media. Aprendes a comprobar la presión de conducción de las bocas de riego y a qué huele el plástico quemado, las arcadas que te provoca, la tos y el vómito que te provocan esos gases cuando se te meten en los pulmones y eres consciente de que algo muy malo ha penetrado en tu cuerpo. Ves la muerte y escuchas los sonidos que emiten los heridos. Algunos días miras el teléfono de emergencias y tienes un mal presentimiento, fumas más, miras el teléfono y, a veces, suena. A veces te equivocas y la noche transcurre sin percances.

Aprendes a amar un trabajo que no es como meter comestibles en bolsas, ni como trabajar en una fábrica, o pintar casas, porque todo el mundo está pendiente de ti cuando apareces por la calle. Llevas un uniforme azul, con oro, plata o bronce, y consigues rosquillas gratis del día anterior en la panadería que hay bajando la calle. En Navidad, la gente te lleva pasteles, tartas, galletas, jamón, salchichas ahumadas, queso, botellas de whisky. Te dan las gracias por tu trabajo en las temporadas de buen ánimo. Una gélida noche de diciembre, se reúne toda la dotación del parque con ochenta filetes y Wally planta su cocina rodante, la llena con veinticinco o treinta kilos de carbón vegetal y se pone a cocinarlos, y tienes un montón de bebidas y juegas al bingo para ganar los premios que han donado los negocios de la ciudad, una linterna recargable de la tienda de repuestos de coche, una máquina para hacer palomitas de maíz con aire caliente de los grandes almacenes, una caja de cervezas del supermercado que hay al otro lado de la calle.

Extiendes la manguera bajo el mortal calor del verano, en una calle sin sombra, la conectas, decenas y decenas de metros, pones distintos surtidores cerrados al extremo de la manguera, y

subes la presión a veinte bares y la mantienes así durante cinco minutos. Si un trozo de la línea revienta y crea un aguacero en la calle, cortas esa sección y la tiras. Acto seguido la cierras, la escurres y apuntas el número de identificación de cada trozo de manguera que ha sobrevivido a la prueba y vuelves a meterlo todo en el camión, los noventa metros de mangaje, y haces nuevos dobleces y giros para que el revestimiento de goma de dentro no se pliegue y empiece a pudrirse.

Aprendes las principales arterias del cuerpo y los nombres de cada hueso, aprendes a entablillar una pierna o un brazo, a amarrar y a cortar un cordón umbilical. Aprendes a tomar la presión arterial, a administrar oxígeno. Ves cantidades de sangre inverosímiles, y no eres consciente, hasta que se derrama, de la cantidad de sangre que contiene el cuerpo humano. Te arrastras por debajo de las casas de los contribuyentes para rescatar a sus perros, te metes en alcantarillas donde puede haber serpientes ocultas para rescatar a sus gatos. Aprendes a hacer todo aquello para lo que se te requiera.

Nunca hay dos días iguales y das las gracias por ello. Temes el invierno y la aparición del hielo. Un día de agosto rezas para que la ciudad se comporte y te deje estar tumbado con el aire acondicionado leyendo un buen libro, ganando dinero fácil.

Aprendes que tus músculos, tus huesos y tus tendones envejecen y que no puedes permanecer eternamente joven. Compruebas la bomba del camión todos los días al entrar de servicio, te aseguras de que el depósito esté lleno de combustible, que esté limpio, con agua, que los extintores estén en su sitio. Compruebas que tu atuendo esté listo, colgado del gancho que tiene tu nombre escrito encima, y que los dos guantes estén en el bolsillo del chaquetón. Te aseguras de que la linterna funcione. Compruebas la sirena y las luces porque todo tiene que estar preparado. Lo cierras todo, das unos pasos atrás y contemplas la pintura Imron rojo intenso del camión, las florituras y las letras doradas, las válvulas y los tapones cromados, las palancas y las cadenas resplandecientes, los calibradores de presión llenos de líquido, los compartimentos llenos de tejido de nailon, los surtidores replegados sobre capas de manguera, las llaves de las bocas de riego acomodadas en sus soportes, todo en su sitio en esa magnífica máquina. Te aprendes al dedillo cada centímetro de tu camión y sabes en qué compartimentos están las herramientas para forzar entradas, los extractores para suprimir el humo, las sierras eléctricas, el generador portátil, los bicheros, las palas, las mantas de salvamento, las cizallas, las hachas, las cuerdas, la equipación de *rappel*. Lo miras todo una y otra vez y luego entras en el parque de bomberos y te tomas una taza de café, te sientas con una revista o un periódico y, una vez más, esperas a lo que se te ponga por delante.

Rowan Oak es la casa de William Faulkner y tiene un sistema de alarma contra incendios muy sofisticado. Es lo bastante sensible para que entre un insecto y la active; pero, aunque no sea nada, los camiones tienen que salir a toda pastilla. Rowan Oak es un monumento histórico y miles de visitantes vienen a Oxford cada año para pasearse por sus alrededores, echar un vistazo a sus habitaciones y ver los zapatos de Faulkner que aún siguen junto a su cama, en la segunda planta.

La primera vez que estuve en Rowan Oak fue un día, a finales de los años setenta, cuando vino aquel equipo de rodaje de Nueva York y se pusieron a filmar en el jardín, probablemente un documental, y querían un poco de lluvia, pero aquel día no tenía pinta de que fuese a llover. Así que nos llamaron a Ted y a mí para que improvisásemos algo. Rowan Oak contaba con su propia boca de riego en medio del jardín.

Si hay dos casas muy próximas y una de ellas se incendia, puede generar el calor suficiente para traspasar el incendio a la casa vecina. Una situación así se combate dirigiendo un caudal de agua sobre la casa no incendiada para mantenerla fresca mientras extingues el fuego de la otra vivienda, o creando lo que se conoce como una cortina de agua. Consiste básicamente en un tapón de manguera con una ranura estrecha. Preparas una línea de manguera y pones en el extremo el tapón de la cortina de agua en lugar del surtidor, cargas la línea y proyectas un muro de agua para proteger la casa expuesta.

Ted y yo fuimos a Rowan Oak, enganchamos una línea a la boca, pusimos el susodicho tapón al extremo de la manguera y los neoyorquinos tuvieron su lluvia. Mientras esperábamos a que acabasen el rodaje, me di un primer garbeo por Rowan Oak.

Es una casa grande, de dos plantas, bastante espaciosa y blanca. Las altas columnas de la fachada llegan hasta la galería de la segunda planta. Hay contraventanas verdes en todas las ventanas y se conserva muy bien para ser una casa de ciento cincuenta años.

Es fácil olvidarse de que estás en una ciudad cuando te plantas en el jardín del señor Faulkner. El ruido del tráfico enmudece y los grandes cedros que bordean el camino que conduce a la casa se inclinan y proyectan una sombra fresca. Casi todo lo que se ve desde el jardín es bosque. No se ve la avenida University, con todas sus estaciones de servicio y tugurios de comida basura, y tampoco South Lamar, con todas sus maravillosas viviendas antiguas y árboles enormes; pero se ve el granero del señor Faulkner, donde dejaba los caballos, el potrero cercado y la vieja cocina de campaña en la parte de atrás, donde los conejos se sentaban en la hierba.

Me gusta pasear junto a la vieja cerca de madera y mirar los árboles pensando en lo que hizo el señor Faulkner con su vida. Me imagino que no le prestaría mucha atención a lo que pudiera pensar el mundo. Se limitó a seguir adelante, a escribir sus novelas y sus relatos y, al final, a ganar el Premio Nobel. Yo nací en esta ciudad, sigo viviendo aquí, pero lo cierto es que tiene su aquel plantarse en medio de ese jardín, a una manzana de donde estoy ahora, y ponerse a pensar en esas cosas, en todas las novelas y relatos que salieron de esa casa. Conozco a un tipo que hizo de *caddie* para él y su hermano John. Me dijo que John siempre le daba una propinilla, William nunca. La señora Faye Bland me contó que William solía ir a The Mansion, un restaurante donde trabajaba ella de camarera, y que todas las noches se tomaba una taza de café y dejaba una propina de diez centavos. Me dijo que llevaba un chaquetón andrajoso con parches en los codos; me dijo, Larry, al mirarle te daba la impresión de que no tenía nada.

Pero sí que lo tenía.

Estamos en la ciudad de Nueva York, 1989. Al llegar miré por la ventanilla del avión y vi el puerto, la Estatua de la Libertad, los cientos de minúsculos puntitos blancos de los veleros que viraban al viento sobre las aguas de la bahía y, más allá, la gran ciudad gris, demasiado grande para creérsela, con sus calles rebosantes de vida que pronto tendría que recorrer.

Al final todas las horas de dedicación han dado su fruto, todas las irrelevantes notas de rechazo que he ido acumulando han encontrado su significado, se ha publicado mi primera novela, *Trabajo sucio*, y me han invitado a *The Today Show* para hablar de ella. Todos los compañeros del parque de bomberos van a estar pendientes de la tele, también mi familia, cualquiera que me conozca en Oxford y sepa lo que está pasando.

No quiero estar aquí. Llevo mucho tiempo resistiéndome. Pensaba que no iban a ser capaces de entender mi acento y temía cometer algún error, en directo, en la televisión.

Este lugar me resulta abrumadoramente fascinante e imponente. Uno lee acerca de todos los asesinatos, las drogas, las armas y la vileza. Lees libros como *Report From Engine Co. 82*, de Dennis Smith, y luego, cuando estás en estas calles y ves a esos hombres pasar en sus autobombas, tratando de abrirse paso entre el increíble caos del tráfico, te parece que nunca lograrán llegar a donde quiera que vayan.

Nueva York me resulta ajena, una experiencia visual tan alejada de lo que estoy acostumbrado que me cuesta mucho adaptarme. Estás cenando agradablemente en un restaurante, con mantel blanco de lino y cubertería de plata, y de repente un borrachuzo te planta la nariz y una botella contra la ventana y se pone a mirarte fijamente, lleva todas sus pertenencias en una bolsa de basura que viaja con él a todas partes. La gente se insulta y se grita desde los coches y nadie cede ni un milímetro. Gente durmiendo en las aceras, en los bancos, en los portales. Los peatones pasan por encima como si nada.

Los que viven en esta ciudad no parecen ver estas cosas. Te aconsejan que mires hacia otro lado, que no hagas contacto visual directo con nadie.

Hay humanos de todos los tamaños, tipos, edades y colores caminando por las calles, un desfile interminable en un lugar que nunca duerme, un lugar que te depara toda clase de sorpresas. Se ha juntado una multitud en una esquina para ver a un joven alto y atractivo de pelo largo y suelto que está dibujando un ángel esplendoroso en la acera con tizas de colores que sostiene entre los dedos de los pies, porque no tiene brazos. Las bocinas de los coches retumban, cambian las luces de los semáforos, los que visten con elegancia caminan junto a los pordioseros.

Después de darme una vuelta y ver la ciudad, estoy a punto de tomar una decisión, algo a lo que llevo dándole vueltas desde hace tiempo. No es una decisión fácil, y una vez tomada no habrá vuelta atrás. Será como dejar una familia que he tenido durante cerca de dieciséis años. Trabajamos juntos y jugamos juntos, nos vamos juntos de caza, de pesca, frecuentamos los mismos bares, salimos a pasar el día en el lago, asamos peces y bebemos cerveza de barril. Nos ayudamos mutuamente a ayudar a los demás.

Todo eso parece muy lejano, pero me consta que dentro de unos días estaré de vuelta en el parque, de vuelta en mis calles, de vuelta ante el volante de la Unidad 4 y la Unidad 10. Eso es solo temporal, no va a durar. Pero la escritura me acompañará el resto de mi vida.

Esa misma noche me planto frente a la ventana de mi hotel antes de meterme en la cama, se ve Central Park. El sonido del tráfico y de los cláxones es constante. Me va a costar dormirme cuando me acueste. Tengo demasiadas cosas rondándome por la cabeza.

Al día siguiente, me siento en la sala verde de la NBC y me tomo un café. Ya he pasado por maquillaje y me han hecho lo que quiera que me tenían que hacer. Me muero por un cigarrillo, pero aquí está prohibido fumar. Le digo hola al director de los servicios sanitarios, C. Everett Koop, pero él se limita a fruncir el ceño al identificar el paquete de Marlboro que llevo en el bolsillo. Luego, en el monitor, vemos su entrevista. Yo voy detrás.

Dos noches después estoy derribando un techo en Murphy's Marine, una tienda de cebos/supermercado/estación de servicio de Oxford, buscando chisperos. Nuestro equipo ha apagado enseguida el fuego, pero estamos a la busca de rescoldos, algo que pueda seguir ardiendo detrás de la pared o al otro lado del techo. Es una noche lluviosa y tenemos que subirnos al tejado para instalar unas coberturas de salvamento de vinilo para que no entre la

lluvia hasta que amanezca, cuando puedan empezar con las reparaciones.

Lo que quiere saber todo el mundo por encima de todo es si Jane Pauley es tan guapa en persona como en la tele.

Sí, está buenísima, les cuento. Lo que no puedo contarles es que salir en ese programa de televisión ha hecho que todo cambie, la forma, el orden y la regularidad de mi mundo. La gente ahora sabe dónde encontrarme, y pueden llamarme al parque de bomberos cuando estoy de servicio. Un tipo me llama y me larga una historia horripilante e interminable sobre cuando le expulsaron del ejército y quiere que escriba una película o un libro sobre ello. Un tipo me llama y me larga una historia horripilante e interminable sobre un litigio de tierras en el que se ha visto involucrado y que ha causado el suicidio de su hermana. Quiere que escriba un libro o una película sobre ello. Me llama un abogado y me dice que está llevando el caso más interesante de la historia, del que está seguro que podría salir una película grandiosa, o un libro. Me llama una mujer y me cuenta que su vida es una combinación de *Silkwood* y no sé qué otra película, y quiere, naturalmente, un libro o una película. Chiflados, cretinos, predicadores, desesperados por verse publicados. Ya no puedo seguir escondiéndome de ellos. Si *Trabajo sucio* funciona moderadamente bien, esto va a ir a peor.

Tengo suficiente dinero en mi fondo de jubilación para vivir quizá un par de años. Hasta si fracaso, hasta si no puedo ganarme la vida con lo que escriba, hasta si tengo que volver a ponerme a los mandos de un montacargas, a pintar casas o a meter comestibles en bolsas en la tienda de turno, al menos dispondré de esos dos años para intentarlo, para poner toda la carne en el asador, para jugármela.

Una noche de la primavera de 1990 un amigo y yo circulamos sin prisa por la Vieja Autopista 6, bebiéndonos una cerveza, camino de mi casa para cenar. Hablamos, nos reímos, escuchamos música. La ciudad me ha hecho una bonita ceremonia de retiro, metieron mi placa, mi insignia y el parche del hombro en una urna, y me entregaron un comunicado especial de la oficina del alcalde. Insistieron en que dijera unas palabras, pero no se me ocurrió qué decir. ¿Cómo se despide uno de su familia?

Se nos aproximan unas luces rojas por detrás a toda velocidad, viro y me detengo a un lado de la carretera. La camioneta roja nos adelanta a toda pastilla, seguida del camión de emergencias con las siglas del Departamento de Bomberos de Oxford (OFD) inscritas en las puertas. Sé que se dirigen a algún accidente y quiero ver de qué se trata y quién va a ocuparse.

Arrancamos y los seguimos, aunque al momento se nos escapan y nos dejan atrás, pero me imagino que no tendremos problemas para dar con el lugar del accidente si continuamos por la vieja Autopista 6.

Recorremos kilómetros y kilómetros, pero en cuanto veo los coches estacionados a ambos lados de la carretera, a unos diez u once kilómetros de mi casa, no me cabe duda de que lo hemos encontrado.

Aparcamos, nos apeamos y nos acercamos a la escena del accidente. Han encendido los potentes reflectores halógenos para iluminar el coche que se ha estampado contra un árbol, tiene toda la parte delantera aplastada y estrujada. Los bomberos están en la cuneta junto al coche, el zumbido de los separadores Hurst resuena fuerte en la tranquilidad de la noche. El personal sanitario aguarda mientras la patrulla de carreteras dirige el tráfico. Puede que haya cien personas mirando cómo se desenvuelven los bomberos. Creo reconocer a algunos bajo los uniformes y los

cascos: Johnny, Tony, Bill, Ed, Michael, Vern. Están concentrados en lo que hacen, las bandas reflectantes de sus uniformes brillan en la oscuridad. Trabajan en equipo para liberar a la persona que se ha quedado atrapada en el coche. Este hermanamiento: esto es a lo que renuncié. Esto es lo que dejé atrás.

Estamos entre un pequeño grupo de espectadores que sigue el desarrollo del rescate, pero debemos estar demasiado cerca porque enseguida viene un policía de tráfico y nos ordena con impaciencia que retrocedamos, que nos quitemos de en medio y que dejemos a los bomberos hacer su trabajo.

En ese momento me doy cuenta de cómo son ahora las cosas. Y cruzo al otro lado de la carretera.

Ya he abandonado todo eso para siempre, aunque en mi corazón sigo siendo uno de ellos. Los chicos continúan ahí, en la estación, con los camiones resplandecientes estacionados en posición de salida, y cuando los problemas llegan, salen rodando a su encuentro, berreando bajo las hojas de los grandes robles que flanquean la calzada y dan sombra a North Lamar.

SOBRE EL FUEGO
Un comentario de Dwight Garner

The New York Times, 2 de junio de 2017

El escritor, oriundo de Mississippi, Larry Brown (1951-2004), no fue a la universidad. En su lugar, entró en los Marines. Cuando volvió a casa, condujo camiones y montacargas hasta que, en 1973, se unió al Cuerpo de Bomberos de Oxford, Mississippi. Un trabajo que conservaría durante dieciséis años.

En algún punto del camino comenzó a escribir relatos. «Lo de escribir fue una bola con efecto que no vi venir», escribió en *Sobre el fuego*, sus memorias de 1994. «No creo que se pueda decir una cosa más inverosímil y que suene más idiota que: “Voy a ser escritor. Voy a aprender a escribir un libro”. Pero yo se lo dije un día a un buen amigo mío hace poco más de doce años, estábamos en un prado junto a un estanque al que solíamos ir a pescar, y no se rio».

Brown escribió, en tardes robadas y días libres, hasta hacerlo más que bien. Lo mejor de su ficción —los libros de relatos *Dar la cara* (1988) y *Amor malo y feroz* (1990), la novela *Joe* (1991)— es sobrio, potente y rebosa de fatalidad, aunque con vetas superpuestas de múltiples formas de gracia. Los críticos han intentado sellar su obra en un tarro con la etiqueta de «grit lit», pero no es tan fácil de enfrascar.

Mi libro favorito de Brown siempre ha sido *Sobre el fuego*, el primero de sus dos libros de memorias. Es uno de los mejores libros que conozco sobre la clase trabajadora estadounidense, sus recompensas y sus frustraciones. Es también sucio y divertido, y sus evocaciones a ras del suelo sobre el valor y la camaradería están repletas de detalles imborrables y emotivos.

Al menos dos veces al año, alguien me pide que le recomiende un libro para una persona que no lee tanto como debiera. Casi siempre contesto: *Sobre el fuego*, de Larry Brown. Es una droga que te engancha. Un tipo de literatura que te dice: ven tal y como eres.

Estoy en contra de soltar advertencias, pero *Sobre el fuego* quizá debería incorporar unas cuantas. Este libro hará que quieras volver a fumar. (Hasta que recuerdes que Brown murió, según parece, de un ataque al corazón, con solo 53 años). Hará que quieras beber cerveza mientras conduces tranquilamente contemplando el mundo, bajo la última luz de la tarde, escuchando música en el asiento de tu camioneta —una de las actividades favoritas de Brown—. En conciencia, no puedo recomendar tales cosas. Pero Brown las hace sonar verdaderamente apetecibles.

Varios capítulos de *Sobre el fuego* tratan sobre cosas como los perros, la caza y la familia. Brown describe sus batallas, en su casa rústica, con las arañas, los ratones, los coyotes y las garrapatas. Esas descripciones, en su mayor parte, no se pueden imprimir en las páginas de este periódico.

Sobre las garrapatas escribe:

«Llegamos a pensar en quemar la casa para deshacernos de ellas. Hizo que nos sintiésemos gente inferior, aunque sabíamos que no era culpa nuestra. Cuando venían visitas no dejábamos de deslizar los ojos por todas partes, tratando de localizar si había alguna avanzando».

Casi todo este libro trata sobre Brown y sus compañeros del Cuerpo de Bomberos de Oxford yendo a incendios tremebundos o a terribles accidentes de tráfico. De camino a los siniestros, su mente baraja experiencias e hipótesis:

«Quitarle el coche de encima a la víctima, no al revés. Puedes tener que hacer frente a lo que sea. Un coche volcado sobre dos personas, una muerta y la otra viva. Una colisión frontal, dos muertos, dos vivos, uno de cada en cada vehículo. Un coche volteado contra un árbol, el conductor entre el techo y el árbol. Un coche en llamas con los ocupantes vivos atrapados en su interior».

Brown escribe vívidamente sobre sus temores: el temor a que alguien muera a causa de un error suyo o a fallar a sus compañeros. Pero es igual de bueno al describir el orgullo que se desprende de la destreza adquirida.

«Me gusta cómo se instalan las luces a un lado de la carretera en un accidente, me gusta la fuerza increíble con que se abren los separadores hidráulicos Hurst, me gusta cómo estrujan los pilares del techo del vehículo, me gusta cómo las puedes forzar por debajo de las bisagras de la puerta para reventar los pernos, dejar que la puerta caiga y asomarte para ver las piernas del accidentado y determinar en qué posición se encuentran».

Continúa:

«Me gusta conducir hacia cualquier siniestro, me gusta encender la sirena, ir a toda velocidad, pero con cuidado, por las calles de la ciudad. Me gusta el olor del humo y la sensación de miedo que se apodera de ti al ver que el incendio ya ha llegado al tejado y está lanzando sus lametazos al cielo, porque sabes que estás a punto de ponerte a prueba una vez más, los músculos, el cerebro, el corazón».

Es igual de bueno —y discúlpennme por tanta cita— cuando se pone a describir el tiempo libre de los bomberos:

«[...] las películas que nos tragamos en el parque y las comidas que nos preparamos y las dianas a las que disparamos con los arcos al caer la tarde, lavar los coches y los camiones en las cocheras y sentarnos en las sillas que sacamos frente a la fachada por la noche y gritarle a los conocidos que pasan por la calle».

Al principio de su carrera a Brown le molestaba que le etiquetasen como «el bombero escritor». Sonaba a listillo. Ahora que hace ya tiempo que se desembarazó de ese sambenito, su libro sobre los bomberos necesita ser más conocido.

Si usted se encuentra entre las decenas de millones que nunca han leído a Larry Brown, este libro es la introducción perfecta. Brown siente la vida con profundidad, posee un vasto conocimiento de su mundo y presta atención a lo que de verdad importa. Su decencia básica resplandece en estas páginas.

Brown se encuentra entre el grupo de escritores sureños que jamás abusó del almíbar. Su

prosa en *Sobre el fuego* es ágil y fresca, y está dispuesta a lo que sea. Si este libro fuese un restaurante, iría a comer todos los días.

DIRTY WORKS
— Est. 2014 —

dirtyworkseditorial.com

NOTAS

¹ Los Códigos 10 son mensajes codificados que representan nombres, lugares, situaciones y frases comunes de manera rápida y estandarizada. El 10-4 puede ser: «Mensaje recibido», «Afirmativo», «Ok», «Cambio y fuera» o, como en este caso, «Comprendido». (*N. del T.*)

² «Federal Housing Administration», «Administración Federal de Vivienda», entidad gubernamental creada en 1934 en el marco del New Deal por la administración de Franklin Delano Roosevelt. (*N. del T.*)

³ Siglas de la organización juvenil «Future Farmers of America», «Futuros Granjeros de América». (*N. del T.*)